

Publicado por:

**NovaCasa Editorial**

www.novacasaeditorial.com

info@novacasaeditorial.com

© 2022, **Ana Coello**

© 2022, de esta edición: Nova Casa Editorial

Editor

**Joan Adell i Lavé**

Coordinación

**Cristina Zacarías Ribot | Anna Jiménez Olmos**

Cubierta

**Yamuna Duarte**

Maquetación

**Elena López Guijarro**

Corrección

**Abel Carretero Ernesto**

Impresión

**PodiPrint**

Primera edición: septiembre de 2022

ISBN: 978-84-1127-404-3

Depósito legal: B 11400-2022

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra ([www.conlicencia.com](http://www.conlicencia.com); 917021970/932720447).

ANA COELLO

Luces  
Ven la  
tiniebla



ERES EL MOTIVO DE MIS HORAS



Nova Casa | Zelá





## Prefacio (sugerencia)

*Un sentimiento puro, que solo pudo surgir en el infierno de una realidad que no tendría que existir.*

Yerik es y ha sido todo, desde el inicio, aquella tarde que entré a ese sitio donde todo se matizaba de amargos momentos, de ilusiones destruidas, pero su mano extendida, sin saberlo, iluminó mi existencia, cambió mis días. Su corazón siempre ha estado suspendido, su mirada plagada de peligro, su alma herida, traicionada, y pese a eso, jamás se ha ido.

Sufrir, huir, defenderse es lo que hemos aprendido. Las sonrisas son escasas, los momentos dulces casi inexistentes, pero a su lado he aprendido a vivir, a sentir, a querer. Nuestras realidades nos marcaron, decisiones de las que no fuimos parte nos transformaron, sin embargo, elegir seguir teniéndolo a él, ha sido más sencillo.

Sentirse parte de algo, de alguien, en estos casos, es lo único que te mantiene vivo, es la diferencia. Lo cierto es que nuestro futuro murmura, advierte, y ni él ni yo podemos detenerle porque es parte de nuestro destino.



# PRIMERA PARTE

- Zinnia -



*Midiendo los segundos*





## Capítulo I

—¿Y lograron vivir felices por siempre? ¿Eso se puede? —quiso saber Mateo, el más pequeño de los que vivíamos ahí.

Dejé salir un suspiro lastimero al escuchar su vocecilla haciendo semejante pregunta, luego sonreí con tristeza ante su ingenuidad. Yo no lo creía.

—Esos no existen, es solo un cuento —declaró Manuel, otro de los niños, con suficiencia, conocedor de esa verdad.

—Shh...

Sabía que era él. Los chicos se emocionaban al escucharlo y subían el tono de su voz. El hecho de saberlo ahí, con ellos, me relajaba.

Después de eso ya solo oí sus susurros. Continuaba narrando aquel cuento como cada noche. Sonreí. A pesar de todo, esos momentos eran agradables. Su voz, ya un tanto masculina pese a tener diecisiete, me hacía sentir tranquila, como siempre desde que había llegado a aquel lugar del que no deseaba atesorar ningún recuerdo, sobre todo de ellas, de esas mujeres: porque de él mi memoria estaba llena.

Cerré mis ojos haciéndome un ovillo; tenía frío, una frazada no era suficiente, pero peor era nada. Sol, una chica de once años, dormía plácida a mi lado, mientras Rocío, que contaba con diecisiete, seguramente tardaría un poco más pues solía quedarse con la mirada fija en la oscuridad durante horas. No éramos muy

cercanas como para saber lo que cavilaba, pero solía ser extrovertida y con una lengua bastante aguda.

La voz del otro lado del pasillo se esfumó y dejé salir un suspiro cargado de desilusión. Seguramente ya no tardarían en dormir y él en escaparse como cada noche junto con Clemente, otro de los chicos de casi dieciocho años que vivían ahí desde que tenían nueve.

—Apuesto lo que quieras a que no llegarán hasta el amanecer —dijo Rocío sin el menor afán.

Abrí los ojos. Las demás dormían.

—No entiendo cómo no los descubren —musité casi en un susurro.

—Les conviene, seguro saben a dónde van y qué hacen... Deben reportar ganancias —dijo.

No me gustó nada su tono.

—¿Ganancias?, ¿crees que salgan a trabajar a estas horas?... Lo dudo —apunté un tanto molesta, girándome hacia el otro lado.

Apresé aquel cuero con un ámbar de colgante que él me había dado once años atrás, cuando llegué a ese repugnante y desesperanzador sitio.

Jamás olvidaré cómo se acercó a mí; traía conmigo solo lo que llevaba puesto y el león de peluche que no tenía idea de dónde saqué y que, hacía años, ellas lo habían destrozado. Lo miré asustada. Sabía por qué me dejarían ahí, pero ya estaba tan cansada de preguntar, de llorar. Tenía apenas seis años y ya había estado en más casas comunitarias de las que podía recodar.

Al parecer mis padres habían muerto.

No logro recordarlos, contaba con tres años cuando eso ocurrió, pero por mucho que me esmero, nunca llega a mí una imagen nítida de ellos. Es tan frustrante, tan doloroso, con dificultad sabía mi nombre e ignoro si tenía hermanos. En fin, mi familia, la que debía acogerme cuando quedé huérfana, no lo hizo y... se desentendió de mí, eso era lo que sabía.

Aquella tarde, Yerik, mi mejor amigo, mi cómplice y lo más importante de mi mundo, casi de mi edad, tomó mi mano al ver que salía corriendo para esconderme tras una puerta como un animalillo asustado. No quería salir de ahí jamás. Él, sonriendo de esa manera que aún me hace sentir tan segura, tan bien, acarició mis dedos y me guiñó un ojo proporcionándome toda esa seguridad que tanto necesitaba. Existió algo desde ese instante: lo cambió todo.

—No te asustes, pequeñito colibrí, ponte esto y verás que nunca te pasará nada malo. No estarás sola, lo prometo —declaró.

Con manitas dudosas me mostró ese colgante. Sonreí un poco más animada. Algo en su mirada de tan solo siete años me hizo sentir que podía creerle, que ese amuleto, como lo nombré en aquel entonces, tendría alguna especie de poder protector y permití que me lo pusiera.

Nunca me lo he quitado, salvo cuando el cuero se rompió, pero él rápidamente lo reemplazó ya que me alteré mucho al sentirlo en torno a mi cuello.



—Seguro hacen negocios, o algo que a «esas» les conviene —aseguró.

Arrugué la frente sentándome en la cama de un movimiento. Sus palabras me habían sacado de mis recuerdos.

—¿Negocios? —repetí.

La escuché bufar, tapándose el rostro.

—De verdad que eres ingenua, te ha protegido demasiado. Pregúntale a ver si se atreve a negarlo, a ti te cuenta todo, ya ves que contigo es otro —refunfuñó.

Me froté los brazos debido al escalofrío que me generaron sus palabras.

Él no haría nada que lo pusiera en peligro, siempre me lo había prometido.

Estuve tentada a bajar de aquel lugar al que llamaba cama y que en realidad era un catre viejo e ir a preguntarle. No lo hice. Primero: por miedo a que una de esas mujeres me encontrara fuera de mi lugar y descargaran en contra de mí aquel cinto que solían usar para mantenernos a raya. Y dos, porque, si de verdad no sabían que salían, podía alertarlas con mi intrusión.

Me dejé caer en las sábanas percutidas rogando por que no estuviera haciendo nada de lo que después tuviera que arrepentirse. Cada vez quedaba menos tiempo para cumplir la mayoría de edad y entonces nos iríamos de ahí, como sea.

No dormí nada bien; miedo, gritos y mucha soledad me embargaban, no era que viviera diferente, pero su presencia me hacía la vida mucho más sencilla.

—¡Anden, holgazanas, es hora de hacer el desayuno! —gritaron las dueñas de la casa.

Desperté con mucho esfuerzo. Me coloqué aquella ropa desgastada que nos habían regalado debido a donativos, o que en el taller me daban, en tiempo récord. Ayudé a Cami, que con tan solo seis años era muy lenta, a ponerse su uniforme, y me fui directo a la cocina junto con Rocío; ella y yo éramos las mayores.

Al salir me lo topé. Mi corazón sufrió una pequeña arritmia, como siempre. Lucía agotado, su cabello castaño despeinado, leves ojeras enmarcaban su piel apiñonada y sus ojos oscuros se veían casi negros. Adoraba sus labios, así que me detuve ahí un poco más sin vergüenza. Ladeé el rostro olvidándome de todo como cada vez que lo tenía cerca. Me sonrió con ternura, esa que solo aparecía cuando yo estaba en su campo de visión.

—Hola, Colibrí —me saludó con su voz rasposa.

Alcé la mano y acaricié su mejilla. Él soltó ese suspiro al que ya estaba acostumbrada cuando lo tocaba. Significaba tanto, o quizá todo en mi vida.

—No traes buena cara, Yek —dije.

Abrió los párpados, tomó mi mano y la besó despacio.

—Tú tampoco, ¿pasó algo? —quiso saber entornando los ojos.

Sonreí negando. Escuchamos voces en el corredor. Nos separamos de inmediato. Los Cuervos, como les llamábamos entre nosotros a las responsables de ese lugar, no nos daban tregua.

—No, pero... me gustaría hablar contigo —le pedí bajito.

Asintió intrigado.

—¡Te estoy esperando, Zinnia! ¡Yerik, a lo tuyo!

Gruñó por lo bajo mirando de reojo a esa mujer que detestábamos y ya estaba a unos metros.

—Te veo en la esquina, te acompaño a clases. —Pasó del lado rozando apenas mi mano.

Bajé casi corriendo.

Entre Rocío y yo preparamos los huevos de ellas, y los frijoles de los demás con tortilla, no había más para nosotros. En la mesa todos esperaban serios, con cara de hastío, como cada mañana. No se podía hablar, no se podía decir nada, solo comer sin hacer ruido y jamás desperdiciar.

Al acercarme a Nora, uno de los cuervos responsables de nosotros, manoteó y la comida salió disparada hacia la ventana. Ahogué un grito aterrada. Se puso de pie furiosa, estirando la mano para buscar su cinturón. Yerik apareció de pronto entre nosotras, mirándola desafiante mientras ella lo observaba con furia en cada una de sus horrendas facciones. Mi corazón estaba desbocado, sabía lo que ocurriría y eso me dejaba con ganas de llorar.

—Zinnia, sirve más, yo levanto —ordenó él sin moverse.

¡No, Yek!, pensé asustada de que esa mujer descargara su cólera en él, no lo soportaba. Intenté acercarme, pero me detuvo con su mano.

—¡Quítate! ¡No estamos para desperdiciar! —vociferó nuestra cuidadora, amenazante.

Él sacó un billete de su bolso y se lo tendió con desdén.

—Con eso puede comprar un kilo más de huevo y hasta tocino, pero no la toque —exigió.

Mis ojos se anegaron. La mujer lo estudió con fiereza. No tenía idea de qué ocurriría, pero rogaba por que no saliera lastimado. Alzó una de sus cejas asintiendo y bajando ese objeto al que tanto temía. Casi solté el aire, aunque mi corazón seguía desenfadado.

—Bien, pero quiero dos kilos, dame más —exigió.

Yerik se lo dio sin chistar, mientras que con su otro brazo me pedía que saliera de ahí. Todos los chicos estaban en silencio, esperando.

¡Malditas! ¡Ese dinero era de él, de su trabajo! Y así, por nada, le había quitado días de sueldo. Iba a decir algo cuando Yek giró y con gesto duro señaló la cocina con su barbilla. Asentí alejándome, no le temía, jamás podría pese a saber que era un chico demasiado imponente, pero en ese momento no tuve opción; algo podría salir peor y me arrepentiría de abrir la bocota, como ya me había sucedido en otras ocasiones.

Odiar las injusticias en un mundo que se maneja bajo ese precepto es tan difícil.

Cuando regresé parecía no haber ocurrido nada. Me senté en la esquina y comí sin mucho afán. Al acabar, Sol y Cami levantaron los platos, mientras Clemente y Yerik lavaban. En ese momento éramos diez en total viviendo en aquel sitio, pero por las edades cada uno tenía tareas específicas, además de varias extras. En mi caso, trabajar en un taller de costura a diez minutos de esa casa. La paga era pésima, pero yo siendo menor de edad

no podía pedir más. Por otro lado, el sesenta por ciento de lo que cobraba debía dárselo a Nora, uno de los cuervos, cada quincena. No tenía manera de mentirle, mi jefa y ellas se conocían. Lo que sobraba era para transportarme y subsistir, por lo menos me daban ropa para mí y los chicos, eso ayudaba bastante.

Salí unos minutos después rumbo a la escuela. Al doblar la esquina lo sentí a mi lado. Sonreí sujetando con mayor fuerza el asa de mi vieja mochila. Me acomodé un rizo suelto tras la oreja; no duraría ni medio segundo ahí, aun así, lo hice.

Me dio un pequeño empujón, juguetón. Se lo devolví y así anduvimos un trecho.

—¿Qué querías preguntarme, Colibrí? —indagó. Torcí la boca, comenzado a jugar con mi cabello que salía de la descuidada coleta—. No hay secretos entre nosotros, te responderé la verdad —prometió.

Me detuve en plena acera, contaba con poco tiempo. Lo observé indecisa, contemplando cada facción de ese rostro que en algún momento había dejado de ser infantil para tornarse casi masculino. Me sacaba ya una cabeza de altura: el último año había crecido demasiado, sus músculos se habían tonificado y su tórax ensanchado, ya no era como antes, no físicamente, pero sus ojos seguían encerrando todo mi mundo, mi razón.

—¿A... a dónde vas por las noches? —lo interrogué, nerviosa por su respuesta.

Ladeó la cabeza, sin apartar la mirada. Acercó su mano áspera a mi barbilla y la acarició con su dedo pulgar.

—¿Qué te inquieta? —quiso saber.

Me conocía tan bien. Suspiré como siempre ante esa forma que tenía de hablarme cargada de ternura.

—Temo que te estés metiendo en problemas, que hagas algo... estúpido. Yek, no podría sin ti.

Se acercó lentamente; sus ojos me observaban con fiereza, con decisión, con... algo que no supe descifrar. Su aliento acarició mi

rostro, lo sentía demasiado cerca y no era que nunca sucediera, pero encontré algo diferente. Sin saber por qué, humedecí mi boca, él observó mi gesto. Con las pupilas dilatadas dejó salir un bufido y besó mi frente con aprensión.

—Tú eres mi motivo, Zinnia, yo tampoco podría sin ti. No cometeré una idiotez, pero hay cosas que debo hacer para que tú salgas de este maldito pantano en el que estamos sumergidos, para protegerte, eso debes entenderlo. —Se separó y tomó mi rostro por los lados, sus ojos estaban llenos de certeza—. Saldrás de aquí, tendrás una vida como la que mereces, este sitio será un mal recuerdo y sonreirás todo el tiempo, eso te lo juro —declaró con seguridad.

Lo abracé de inmediato. Cuando hablaba así no me gustaba, nada más quería tenerlo a mi lado, eso era suficiente.

—Yo solo quiero que estés conmigo, son nuestros planes... Yerik, quiero que salgamos juntos, nada me interesa si tú no estás —y esa era mi única verdad.

Me apretó aún más. Sus músculos fuertes me daban esa seguridad que solo en él encontraba, su corazón latiendo bajo mi oreja iba rápido, más que en otras ocasiones, pero era definitivamente suyo, lo podría reconocer entre millones.

—Colibrí, siempre estaré en ti, lo sabes.

Alcé el rostro esperando encontrar su mirada, contemplaba el cielo que comenzaba a aclararse.

—Bien, eso es lo único que deseo... —zanjé.

Sonrió bajando la vista.

—Dime ahora mismo dónde me encuentro —me preguntó en tono ligero.

Rodé los ojos haciéndolo a un lado, ya jugaba de nuevo conmigo. De pronto recordé el motivo de aquella conversación. Coloqué mi dedo índice sobre su pecho, poniéndome seria.

—No respondiste mi pregunta. Y sabes que ya no tengo tiempo, me la debes. —No tenía idea de qué hora era, pero seguro debía correr para llegar.

—Paso por ti cuando salgas del trabajo, ¿bien? —propuso.

Entorné los ojos ante su evasiva, perspicaz.

—¿Es una chica? —quise saber, percatándome de que eso era altamente posible. Era muy guapo, más últimamente, además, inteligente, hábil y...

Negó poniéndose serio de repente, demasiado. El estómago bajó hasta mis pies y mi garganta ardió. ¿Qué significaba esa actitud? Se aferró el cabello girando un poco para no verme de frente.

—Hay que darnos prisa, Zinnia, no llegarás y odio que te regañen por mi culpa. Paso por ti en la noche —sentenció.

Sin más, comenzó a caminar a paso veloz. Me costaba seguirle el ritmo.

—¡Ey! ¿Por qué te enfadas? Era una pregunta —rezongué.

Tomó mi mano para cruzar una calle y luego me soltó. Odiaba que hiciera eso, me cuidaba más que a su vida, pero había ocasiones, más últimamente, en las que se alejaba y se tornaba frío, como en ese momento.

—Una muy estúpida, por cierto —soltó con ira. Me detuve rabiosa. Se dio cuenta unos metros adelante—. No mencionaste que planeabas hacerte la pinta. Porque parece que no tienes intenciones de llegar hoy a clases, Colibrí —habló en tono neutral.

Me acerqué muy molesta. En cuanto lo tuve en frente lo empujé.

—No me digas estúpida cuando es más que evidente que tienes una fila tras de ti esperando a que las mires, a que las toques, a que estés con ellas y eres bien consciente de eso... Y no me digas estúpida cuando te vas toda la noche y no apareces hasta el día siguiente con esas ojeras enormes. No me digas estúpida cuando...

Me tomó por las muñecas acercándose a su cuerpo con una chispa extraña en sus ojos. No solía gritarle, no solía enfadarme con él, no así, pero tampoco solía decirme cosas como aquella.

—Cuando, ¿qué? —me desafió interesado en mis palabras.  
Me zafé rápidamente, nerviosa ante su tono.

—Cuando no me dices nada, solo cosas a medias y, ¿sabes qué?, ya no quiero saber, por mí revuélcate con medio barrio, me da igual —y salí corriendo sin detenerme.

Sentía mis ojos húmedos, las mejillas también. Llegué justo cuando estaban por cerrar. Agitada, entré deseando regresar y olvidar mi rabieta, su extraño comportamiento. Me sequé el rostro y fui rumbo a mi aula sin detenerme, con una sensación horrible clavada en mi pecho.

Olga, una chica que solía hablarme, me sonrió al verme entrar. No pude responder el gesto, pues temblaba. Un chico que había entrado ese año escolar y que en un corto tiempo se había convertido en popular, me miró con insistencia. No supe descifrar su mirada, pero tampoco me interesaba, yo iba a lo que iba, y en ese momento mi pecho dolía demasiado como para ponerme a reflexionar sobre él o cualquiera.

Todo lo referente a Yerik tenía un poder absoluto sobre mí. Y de qué otra manera podría ser cuando alguien es el eje de tu existencia, la razón por la que sonríes y te levantas cada mañana, por la que sientes que has vivido cada momento de esa espantosa vida. Sacudí mi cabeza y me senté alejada de todos.

—¿Estás bien? —preguntó Olga.

Saqué mi cuaderno y negué.

—¿Cómo estás, Zinnia?

Alcé la mirada al toparme con esa voz que no conocía. Era Carlo, el chico popular. Casi rodé los ojos. Bajé la vista hasta mis cosas.

—Bien, gracias.

Era alto, desgarbado y nada feo, la verdad. Pero, en primera, odiaba las miradas de todas las demás sobre mí, no lo soportaba. Y segunda, no me atraía en lo absoluto. Para rematar, quién sabe qué diablos quería de mí, pero lo que fuera, me importaba un maldito rábano.

—¿Podría invitarte algo en el receso? —propuso. Posé mi atención sobre él solo durante un segundo buscando doble intención en sus ojos, no la encontré, aun así. No me fiaba, ese no era mi sitio, esos chicos no eran como yo pese a que la escuela fuera pública. Negué decidida, no quería problemas, no gratuitos—. ¿Quizá después? —deseó saber.

Arrugué la frente sin comprender.

Tiempo atrás, cuando cursaba secundaria, me había sucedido que un chico se ofreció a acompañarme a mi trabajo, nos llevábamos bien, no vi el problema. Por idiota me subí al auto de su primo. Esa ha sido una de las situaciones más traumáticas que me han pasado. Mi uniforme acabó roto por varios lados cuando él intentó propasarse en la parte de atrás, el coche no se detenía. Me tocó sin detenerse, pero Yek, desde muy pequeña, me había enseñado a defenderme, así que no lo dudé y lo golpeé como pude midiendo mis opciones, no era muy grande.

Encontré una llave de cruz en la parte baja del asiento y amenacé al chico que conducía con el artefacto para que se detuviera o lo golpearía. Me vio tan fuera de mí, que lo hizo. Llegué al taller hecha un manojo de nervios. Las mujeres me remendaron el uniforme mientras yo me desmoronaba en ropa interior dentro del baño llorando sin cesar.

La rabia que circula por el cuerpo ante una situación semejante es como si te inyectaran ácido directo al torrente sanguíneo, y peor después cuando la culpa llega, los autoreclamos y el miedo te come.

Yek pasó por mí aquella noche, y yo moría de vergüenza; mi mejilla tenía un cardenal y mi cuello un par de marcas de ese asqueroso. Intenté fingir que nada pasaba, pero lo intuyó, y en la esquina me abrió la blusa levemente pues la tenía cerrada hasta el último botón; eso no era normal en mí, uno o dos siempre dejaba sueltos. Sus ojos se oscurecieron, me colocó bajo la luz de una farola y estudió mi rostro.

—Lo mataré —aseguró en voz baja, con asesina furia.

Agotada emocionalmente, aún asustada, no pude más, lo abracé y rompí en llanto mientras le narraba todo.

Me cuidó, me arropó en su cuerpo y tuvo solo palabras de confianza, de cariño para mí.

Al día siguiente me acompañó hasta la secundaria, en cuanto lo vio se acercó a él con paso ligero, como a quien la vida le importa una mierda y por lo mismo se percibe peligro en cada uno de sus movimientos. Lo observé a los lejos con el rostro en alto, atenta. Nunca supe qué le dijo, lo cierto es que palideció y jamás volvió ni siquiera a mirarme.



## Capítulo 2

De vuelta al presente...

—No sé por qué querrías invitarme algo, pero preferiría que no lo hicieras, gracias —y abrí mis apuntes.

Casi solté una lágrima cuando vi en mi libreta la caligrafía de Yek. El día anterior por la mañana me había intentado explicar unas ecuaciones que yo no lograba entender. Apreté los puños, frustrada.

—Te dije que no habla con nadie —escuché decir en medio de barullos a uno de mis compañeros.

No me molesté en averiguar quién era. Me froté el cuello concentrándome en no mostrar mi real estado de ánimo. Pasé un dedo por su letra, sonriendo con nostalgia.

¿Qué estaría haciendo?

—Déjala —ordenó Carlo con firmeza. Lo observé intrigada, me sonrió guiñando un ojo—. Seguro será en otro momento, ¿verdad?

Asentí sin saber qué más decir. El que me defendiera me había dejado perpleja por unos segundos, eso no era lo común.

Pasé las clases sin ser muy consciente de nada. Cada dos minutos perdía mi atención en la ventana, ansiosa. Hacía mucho tiempo que no me molestaba con él.

Sonreí al recordar la última vez...

Casi dos años atrás, era Navidad, yo había ahorrado durante meses para darle una cadena de plata con un colibrí muy pequeño de colgante. La había visto casi al iniciar el año y desde ese momento no me detuve hasta tenerlo. Cuando al fin lo había conseguido, lo guardé muy bien en mi habitación.

Días antes de Nochebuena (que en realidad para nosotros no representaba nada salvo un momento cualquiera y que gracias a él podía llegar a ser divertido), en silencio, sin decir nada, iba por mí, tomaba mi mano y me llevaba a la parte trasera de aquella casona. Pronto nos encontrábamos en un cuarto destinado para cosas inservibles. No era grande, pero sí lo suficiente para colocar una vela y que él sacara algo de comida que le regalaban, que pedía, que compraba o... posiblemente robaba. Qué más daba, eran instantes tan preciados que no los empañaba con miedos. Luego, entre murmullos, hablábamos sobre tonterías. Llevaba algún cuento clásico y lo íbamos leyendo entre ambos, para acabar criticando a los personajes sin remedio, o simplemente tomarnos de la mano, acostarnos ahí, sin fijarnos en nada, en silencio, permitiendo que algo de paz se nos regalara en una noche que a muchos más les daba todo y que a nosotros nos brindaba lo único seguro: nuestra compañía.

En aquella víspera de las fiestas, ya le había dicho que le tenía algo especial y como un niño impaciente me preguntaba cada dos segundos qué era. Una noche, iba llegando del trabajo cuando Lilian, una chica que desde siempre me había caído mal, apareció en mi campo de visión. Clemente y él estaban a unos metros, en la esquina a tres cuerdas de la casa, junto con otros que pululaban por ahí. Pasé como solía: sin decir nada. La araña esa me obstaculizó el paso, se colocó frente a mí y me mostró el colgante, que yo le iba a dar a Yek, rodeando su garganta.

—Mira lo que me acaba de dar —presumió con arrogancia.

La rabia me hizo su presa; le di una bofetada que incluso lastimó mi mano y se lo arranqué. Todos se acercaron a ver qué sucedía. Cuando lo tuve frente a mí lo empujé con todas mis fuerzas. La ira corroía mi sistema.

—¿¡Cómo te atreves!?! ¿¡Cómo? —rugí y salí corriendo de ahí.

Por supuesto, me siguió sin comprender nada. Cuando me alcanzó me inmovilizó, yo no paraba en mis intentos de querer golpearlo. Suelo ser muy tranquila, pero sé defenderme, o por lo menos trato, así que eso era lo que pretendía.

—¿¡Qué te pasa?! ¡Tranquilízate! ¡Pareces luchadora, Zinnia! —pidió sin soltarme.

Pocas veces me llamaba por mi nombre, por lo que peor me puse. Le grité todo de una, dejándolo pálido cuando le aventé el colgante sobre el rostro y me marché llorando.

No pudimos hablar durante la cena y Los Cuervos no me dieron tregua; me pusieron a lavarles a mano un alterón enorme de ropa. Sin más, él apareció cuando no llevaba ni la mitad y tomó una prenda, me hizo a un lado con la cadera y comenzó a restregarla en el lavadero. Iba a chistar, pero me pidió silencio con su dedo sobre sus labios. Entre los dos acabamos casi a medianoche. Cuando íbamos a salir me detuvo.

—Cami encontró el colgante, se lo dio a Clemente y el muy imbécil se lo regaló a Lilian para sacar... provecho. No tenía idea de que era mío, que tú lo compraste para mí. Colibrí, ya no estés enfadada —me suplicó abriendo mi mano fría y depositando la cadena y el dije ahí—. De verdad lamento mucho todo esto, no debiste gastar para algo como eso. Tu presencia para mí ya es suficiente.

Observé el objeto, azorada. Sin pensarlo, lo abracé con lágrimas en los ojos.

—Discúlpame, no debí ponerme así —musité abrumada.

Acarició mi cabello con sumo cuidado.

—Yo en tu lugar me hubiese puesto peor, tranquila —me disculpó.

Abrí su mano y se lo di.

—Quería dártelo esa noche, pero la sorpresa está rota y ya nada salió como lo planeé —admití con tristeza.

Acomodó uno de mis rizos, observándome como siempre, cariñoso.

—Hazlo como lo tenías planeado, yo fingiré sorprenderme y tú olvidarás este mal trago.

—Le daré la comida a Clemente asquerosa el resto del mes —aseguré sonriendo con picardía, porque claro que lo haría y lo hice, de hecho.

—Me parece justo, yo ya le troné las pelotas por idiota.

Ambos reímos por aquello.



Cada año a su lado había logrado que no deseara desaparecer, que no buscara huir, que no cometiera alguna tontería y él decía que, sin mí, hacía mucho tiempo que habría perdido por propio pie la cordura.

No era fácil lo que vivíamos, lo que sufríamos. Curarle las heridas que le dejaba ese cinto cuando las desafiaba por defenderme, o él a mí, cuando no lograba esquivarlas; acompañarnos con murmullos tiernos cuando nos castigaban en ese pequeño cuarto oscuro por horas; lamernos nuestro dolor, buscar sonreír pese a que los motivos parecían tan escasos y en esos momentos comprender que lo vital de mi vida, lo que me ata al planeta, a seguir, es ese ser que me ha acompañado, que me ha dado fuerza, que le ha dado un sentido a mi existencia.

Verlo pelear cuando hacía un año ese chico quiso besarme a la fuerza en plena acera, pese a no estar tan grande como ahora, me dejó helada. Lo tumbó sin dificultad, le rompió la nariz y le advirtió a él y a todos los presentes que a mí jamás se acercaran. Para todos era bien sabido que Yerik y yo éramos inseparables,

pero no quedó claro hasta ese momento a dónde estaba dispuesto a llegar por mí.



Escondí mi rostro entre mis brazos. Quería que las clases acabaran, aunque no me servía de nada. Él entraba en el turno vespertino, por lo que no era probable que me lo topara si no quería.

Yo poco hablaba con los demás, no era sociable, pero, además, era tan difícil ese horario. Los chicos de mejores recursos y criados de una forma que envidiaba eran la mayoría, y a mí no me quedaba nada salvo contemplar sus rostros, que por mucho que deseaban expresar diferentes emociones, solo me mostraban que al llegar a sus casas tendrían probablemente a gente a quienes les importaba, que los querían.

Un par de compañeras solían hablarme, además de Olga, pero no era mis amigas. En el turno de la tarde había más variedad, sin embargo, tenía prohibido pedir mi cambio, ya esas mujeres me lo habían advertido: mi trabajo iba de por medio y nos querían separados a Yek y a mí.

Cuando me lo informaron, lloré tanto que él ya no supo qué hacer para contentarme. Aquel día, al salir de clases, pasó por mí y me dio una flor que nunca había visto. Sonreí con tristeza, la soledad en ese sitio se acentuaba de forma espantosa.

—¿Qué flor es? Jamás la había visto... —susurré cuando él se colgaba mi mochila al hombro.

—Es tu nombre, Colibrí, esa es una zinnia.

Lo miré arrugando la frente, sin comprender.

—¿Mi nombre? ¿Es una flor? —comprendí atónita.

Asintió con suficiencia.

—Sí. ¿A que es muy bonita? Y es muy preciada porque se conserva casi un mes después de ser cortada, es fuerte —dijo con orgullo.

Sonreí llevándomela a la nariz, encantada.

—Me gustan sus colores —admití pegándome a su pecho, repentinamente alegre.

Sonrió como solo él sabe. Rodeó mis hombros apretándome un poco.

—Así me gusta verte, alegre. Aguanta, queda poco y luego será tu vida, ¿sí? Yo también prefiero que estés en este horario —admitió. Me detuve negando con la cabeza, no entendía. Se acercó aún más y acomodó mis rizos tras la oreja mientras acariciaba mis mejillas—. Me conoces, sabes que no puedo estar sin ti, pero tu seguridad y bienestar son lo primero. El turno de la tarde está infestado de personas que no te convienen. Sé que no has hecho amigos, que te está costando trabajo, pero créeme, es lo mejor, me hace la tarea de cuidarte mucho más sencilla... No podría estudiar si te supiera por ahí, acosada por uno de esos idiotas, o al lado de una de esas chicas que se ponen en peligro sin percatarse. Anda, entiéndeme —me rogó.

Miré a los lados, un tanto molesta.

—Necesito que dejes de protegerme. Debo aprender a defenderme, Yek.

Sonrió negando al tiempo que se rascaba la nuca y su cabello castaño se mecía.

—Eres toda una leona, es solo que no quiero verte sacar las garras cada dos por tres, ya bastante tienes en casa con lo que vivimos, con lo que pasaste con el idiota ese —evocó.

Me encogí de hombros resoplando.

—Me tratas como cuando tenía diez, y ya tengo casi dieciséis... —expliqué.

Sus ojos se oscurecieron.

—Es precisamente por eso que lo hago, confía en mí, soy muy consciente de tu edad y tú debes de ser consciente de lo que devuelve la imagen en el espejo cada vez que te miras —reviró y me tomó de la mano aprovechando mi desconcierto. Luego siguió avanzando.

—¿Me estás diciendo que estoy bonita? —pregunté atolondrada. Se carcajeó contemplando el cielo oscuro como buscando paciencia.

—Más que eso, confía en mí... —musitó sin verme a los ojos. Lo observé atenta; su perfil, sus gestos, su cabello desgarrado, sus ojos oscuros.

—Tú también has cambiado y... estás más guapo —admití. Rio abiertamente, me tomó por los hombros y besó mi cabello. —Hace poco me decías que era un enano con cara de hobbit —me recordó.

Le di un empujón.

—Eso parecías —me quejé.

—Y tú eras... —me miró con atención, serio—. Tú siempre has sido hermosa, Zinn —declaró sin más.

Me sonrojé, no supe qué hacer. De pronto le di un toque y corrí, ese era un juego muy común entre nosotros.

—A ver quién llega primero —grité.

Lo escuché salir a toda velocidad.

—Quien pierda lava los calcetines del otro una semana —advirtió.

Reí a carcajadas sin detenerme. A su lado eso era ridículamente sencillo.



Al terminar las clases salí desanimada. Era casi mediodía, me sentía tan ansiosa, y a la vez como si una luz dentro de mí estuviese muy tenue. Anduve rumbo a la parada de autobús cuando una mano rodeó la mía, libre. De inmediato supe quién era. Bajé la mirada con el corazón retumbando como si hubiese presenciado juegos pirotécnicos a menos de un metro de distancia.

—Esta mañana fue un jodido infierno, Colibrí —murmuró con voz pausada.

Sin más me detuve y lo rodeé con mis brazos escondiendo mi cabeza en su pecho, buscando con mi oído los latidos de su corazón. Soltó un suspiro lleno de ansiedad y cubrió mi cuerpo de un movimiento.

—La mía también —admití con voz queda.

—Estaba cansado. Dormí poco, no debí hablarte así —se disculpó.

Me separé para verle directamente, esas ojeras que llevaban un tiempo instaladas bajo sus ojos ahí seguían. Sin embargo, lucía limpio, listo para el resto del día. Si las chicas se fijaban en él no había nada de lo que pudiera culparlas, Yerik era muy varonil con tan solo diecisiete años.

—Y yo no debí ponerme histérica como lo hice. Es tu vida y no debo meterme en ella... Además, no te di las gracias por lo que hiciste en el desayuno —me excusé.

Sonrió negando, besó mi frente y enroscó mi mano con la suya para dirigirnos a la parada del autobús.

—De nada y, de lo otro, estás equivocada, todo lo mío es tuyo y, mi vida, con mayor razón. —Me guiñó un ojo cuando giré un tanto desconcertada por sus palabras.

Últimamente hablaba más de esa forma que de cualquier otra. Sonreí con timidez.

—No me gusta que discutamos, siento algo incómodo aquí —confesé señalando mi esófago con desagrado—. Es horrible, Yek —me quejé.

Me jaló hacia un puesto de chucherías que solía estar afuera de la preparatoria.

—Anda, toma lo que quieras. Yo invito, Colibrí —propuso juguetón.

Le di un empujón sonriendo, lo peor ya había pasado.

—No llegarás a clases, anda vete, yo estaré bien —lo insté. Tomó distraído unas galletas y me las tendió, el relleno era de vainilla, tal como me gustaban—. Yek...

Arrugó la frente observando la comida chatarra y agarró un par de dulces más que sabía que eran de mis favoritos, también me los dio. Reí.

—¿Con eso perdonarás mi manera de hablarte por la mañana? —quiso saber con fingida inocencia.

Entorné los ojos al verlo pagar. Siempre tenía dinero, digo, no mucho, pero podía hacer ese tipo de cosas, o salvarme el trasero como en la mañana, lo que me llevaba a la misma pregunta de hacía horas. Lo observé en silencio.

—No me gusta esa mirada, me eriza la piel. Suéltalo —requirió.

Abrí el paquete de galletas y le tendí una. La agarró y se la comió de un bocado. Siempre hacía eso.

—No te preguntaré qué haces por la noche, solo... quiero que me digas de dónde sacas dinero... Quiero la verdad —pedí. Su rostro se tornó serio. Aproveché su aturdimiento y besé su mejilla. Mi autobús ya llegaba—. Te veo al salir, gracias por los dulces —y me subí notando su expresión tensa.

No me gustaba nada esa actitud. Por otro lado, sabía que no me mentiría y eso no sabía si era bueno o malo.

Cuando llegué al taller, después de haberme comido todo, me sentía más tranquila. Sin hablar mucho fui directo hasta mi lugar de trabajo. Observé la ropa que tenía por delante, dejé salir un suspiro de fatiga y me senté para comenzar.

Las otras tres mujeres eran mayores, me agradaba escucharlas hablar, a veces incluso tornaban amenas las horas ahí encerradas. Por ellas sabía ya bastante de costura e incluso, cuando se podía, me enseñaban de confección. Gracias a ello ya le había podido hacer con retazos una blusa a Cami y podía arreglar mucha de la poca ropa que teníamos los chicos y yo.

Trabajaba ahí desde los once años, esas mujeres me obligaron en aquel entonces, mientras a los demás los mandaban a diferentes sitios y los más pequeños se dedicaban a limpiar la casa.

Era abuso tras abuso, pero, si decíamos algo, como en su momento intenté: pasar hambre, encerrarme en aquel apestoso cuarto oscuro por horas, duchas heladas en la madrugada y dormir en la cocina, eran lo que conseguía, eso sin contar con que, en mi caso, me alejaría de Yerik. Así que decidí quedarme callada cuando él me lo suplicó. Me dijo que en otros sitios las cosas podían ser peores para mí, que ese lugar por lo menos era seguro, nos daba un techo y la posibilidad de estudiar, que no lo desperdiciara.

En aquella época, la desesperación de poder tener una mejor vida me invadió, pero logré, con el paso de los meses, alejándome de las chicas de mi escuela con las que me comenzaba a juntar y que venían de familias que deseaba para mí, volver a mi realidad, comprendiendo que nunca tendría aquello y que más valía no estar tan cerca de las personas que sí, pues sufría mucho menos al mantener esa línea que nos separaba.

A las ocho al fin la jornada se acabó. Frotándome el cuello al tiempo que me colocaba un suéter viejísimo que abrigaba poco, pero que de algo servía, me dirigí al baño. Ya iba a salir cuando la imagen del espejo captó mi atención.

Me acerqué un poco; el artefacto ya no se encontraba en sus mejores tiempos y estaba corroído por toda la orilla, eso sin contar la suciedad. Aun así, me observé. Mis ojos eran grandes, de aquel color grisáceo oscuro que los hacía tan atípicos, mi tez demasiado blanca los realzaba, mis labios anchos, carnosos y mi cabello con aquellos grandes rizos que llegaba hasta la parte baja de mi espalda, se hallaba sujeto por una coleta mal hecha que no alejaba todos los mechones negros por mucho que me empeñaba. Mis pestañas parecían haber crecido y mi nariz ahora era más delicada. Sonreí complacida por lo que ahí veía que, pese a no derrochar felicidad, me hacía sentir bien, extrañamente complacida conmigo.

Alcé una mano y toqué mi reflejo. Él creía que era hermosa. No supe por qué de repente esas palabras aparecieron. Me rubo-

ricé de inmediato, mis mejillas estaban tan sonrojadas que pese a la pésima luz lo noté. Yek era mi mejor amigo, mi hermano, mi compañero, mi cómplice y aunque jamás había buscado su aceptación, me agradaba saber que para un chico como él yo era alguien físicamente atractiva a pesar de mi desgarbo y las horrendas ropas que a diario portaba.

Cuando llegué a la calle, me llamó la atención verlo junto a Clemente y Lilo, un chico que vivía por donde nosotros y que tenía su fama en los alrededores. Arrugué la frente.

—Hola... —saludé desconcertada, había creído que iría solo él.

Yerik se acercó, me dio un beso en la frente y me hizo andar. Los otros dos me saludaron alzando la mano.

—¿Qué hay, Zinni? —saludó Clemente.

Él era delgado, un poco más pequeño que Yek, de piel tostada y mirada peligrosa, pero que había decidido por alguna extraña razón no irse de la casa, hasta que le conviniera. Eran raros, tenían su manera de pensar y por mucho que me esforzaba no los comprendía. Lilo... ese era otra cosa, tenía casi diecinueve. Además, contaba con una reputación de miedo con las mujeres y era sabido que estaba en cosas chuecas, aunque ahí eso era lo común.

—Hola, Clem... —saludé y luego hice lo mismo con el otro que le dio una calada a su cigarro y comenzó a charlar con Clemente.

—¿Cómo te fue, Colibrí? ¿Muchos arreglos? —curioseó con ligereza.

Lo observé intrigada, ya caminábamos rumbo a la parada. No quedaba muy lejos del sitio donde vivíamos, pero debíamos tomar transporte.

—Pensé que hablaríamos... —susurré desanimada.

Me dio un leve empujón, buscando mitigar mi incomodidad.

—Ya habrá momento, lo prometo —respondió.

Rodé los ojos. No quería de nuevo molestarme, pero me parecía un plan para no hacerlo.

Llegamos a la casa minutos después. Caminé frente a él; me sentía arriba de una montaña rusa ese día. Me detuvo con aquella delicadeza.

—¡Ey! No quiero que vuelvas a enojarte, Colibrí —rogó.

Lo miré un tanto herida, los chicos se habían quedado en la esquina y ni cuenta me había dado.

—Entonces dime por qué tanto misterio. Entre tú y yo no hay secretos, ¿no es cierto? —lo desafié.

Negó serio.

—A veces... hay que hacer cosas, no siempre es lo mejor pero sí lo necesario —murmuró.

Me zafé asustada.

—No te comprendo, Yek, no me gusta cómo hablas.

Se acercó nuevamente y acarició mi rostro con suma atención.

—Necesito que confíes en mí como siempre lo has hecho, solo hazlo, pronto saldremos de aquí. Encontré un sitio, lo estoy arreglando para que nunca más debas soportar una humillación o un golpe más. Estoy cansado de eso, Zinnia, no lo soporto, solo déjame hacer las cosas a mi manera, te prometo que todo irá bien, estaré bien —buscó convencerme.

Mis ojos lo estudiaron entre sorprendida y preocupada.

Yerik era capaz de todo por mí, eso era una de las cosas que más claras tenía y a veces temía por ello. Podía ponerse en peligro con tal de lograr que yo estuviera bien y no se daba cuenta de que sin él mi vida no tendría ningún sentido, que si algo le sucedía ya no desearía seguir.

—Necesito saber que no te ocurrirá nada, eres lo único que tengo, yo estaré bien si tú estás bien, debes comprenderlo —intenté explicar.

Me tomó por la espalda y me abrazó con fuerza.

—Yo estoy bien, pero debo hacer esto, necesito darte la posibilidad de otra vida —espetó.

Aferré su sudadera negra, esa que solía traer consigo y que con la capucha tapaba su cabellera. Olía a él, solo a él.

—Y yo necesito que me jures que no harás una estupidez —supliqué.

Se tensó, lo percibí.

—Ya estoy sacando cosas de aquí, Colibrí, encontré el sitio donde guardan nuestros papeles. En cuanto los tenga, nada podrá detenernos. Si las cosas son como he visto, no nos buscarán mucho, ya somos mayores y somos más una carga que otra cosa. Les pagarán más por tener niños que un par de adolescentes.

—Pero no les gustará quedarse sin el dinero que les damos —le recordé sin soltarlo.

Sentía su aliento en mi oreja. Era tan agradable que hubiera podido perderme en ese instante toda mi vida sin que nada más importara.

—No te preocupes, ya encontrarán otra manera de sacar dinero, y no nos regresarán solo por esa razón, créeme —afirmó.

Respiré su aroma asintiendo. Pronto nos iríamos, la idea ya era más una realidad que un sueño. Me separé recordando algo. Me observó con cautela.

—Tengo un poco ahorrado, no es mucho, ya sabes, casi no me sobra nada, pero te lo daré y así será más sencillo —propuse.

Soltó la carcajada negando con desenfado.

—No, olvídalo, guarda eso, es tuyo. Si lo necesito te diré, ¿de acuerdo?

Hice un mohín, admirándolo sin remedio.

—Pero yo también quiero ayudar en esto, no puedes hacerte cargo solo —me quejé.

Agachó su rostro y lo acercó al mío, solo nuestros alientos los separaban. Sentí la boca seca de inmediato.

—Puedo hacerlo, y lo haré, este mundo no es para ti, Zinn, no lo es, yo sé moverme. He trazado esto durante años, permite

que lleve mis planes como los tengo pensados, no me quites mis sueños —pidió con dulzura.

Sonreí ante sus palabras.

—Te quiero, Yek —admití sin tapujos.

Sus ojos se oscurecieron de una forma irreal. Ladeó su cabeza, observándome.

—Lo sé, Colibrí, eres el motivo de mis horas. —Me guiñó un ojo y volvió a abrazarme.

Los días pasaron. Yek seguía saliendo por las noches, lo escuchaba irse, con el corazón en vilo y regresar en la madrugada. Por la mañana comenzó a acompañarme hasta la preparatoria, para después irse a su trabajo en una abarrotera donde, debido a su habilidad, ya era el responsable en su turno. El dueño era un buen tipo, se llevaban bien, por lo que en ese sentido no tenía preocupaciones.

Una mañana me pidió tener todas mis pertenencias en una mochila escondida bajo mi lugar de dormir. No sabía cuándo nos iríamos, pero deseaba que tuviera todo listo, podía ser en cualquier momento. No objeté, era algo que ansiaba, así que lo hice.

En la escuela, Carlo solo me miraba, mientras Olga hacía de todo para que yo bajara la guardia, pero mi mente estaba tan lejana a esos asuntos de adolescente que no le hacía mucho caso. Imaginaba, casi todo el tiempo, cómo sería vivir junto a Yek sin tener que estar midiendo los segundos, simplemente pasar el día a día a su lado, sin más.

Éramos demasiado jóvenes y no pensaba que entre nosotros pudiese surgir algo más que eso tan intenso que teníamos pues para mí era suficiente. Por otro lado, sabía que para él era como su hermana, su familia, y para mí, también. Sin embargo, desde siempre había existido esa extraña conexión que nos unió y que sentía que con los años se había solidificado hasta un punto que sería imposible algún día romperla.



## Capítulo 3

El frío de enero aumentaba, no podía dormir bien debido a eso, mis pies no hallaban manera de calentarse y mi nariz se sentía helada. Me hice bolita esperando que el sueño me venciera.

Era lo mismo cada año, solo esperaba no enfermarse. La última vez fue horrible. El virus se propagó por la casa, a Los Cuervos les importábamos un rábano por lo que, entre Clemente, Yek y yo, juntamos nuestros ahorros y llevamos a los niños a un médico de una farmacia rogando por que nos alcanzara. El hombre, gracias a Dios, se compadeció y por ello todos logramos salir de ese cuadro que cada día se complicaba, sobre todo para Cami que no dejaba de tener fiebre, o Yek, que lucía demasiado ojeroso y pálido, por lo que yo intentaba partirme en mil pedazos para que todos estuvieran bien, logrando así también enfermarse. Todo por no tener la alimentación y calor suficientes.

Me dolía dejar a los niños tanto como a él, sin embargo, ya lo habíamos hablado. No podíamos hacernos cargo de ellos, en ese momento iba de por medio la posibilidad de salir de una vez, y de todas maneras cuando lo echaran por cumplir la mayoría yo no soportaría la separación, así que, pese a que me costaba un mundo, tuve que mantener la cabeza fría y seguir lo trazado.

Rocío se levantó de golpe y salió corriendo de la habitación. Casi amanecía. Yek y Clemente no tardarían en llegar y yo nece-

sitaba con urgencia un fogón bajo mi cuerpo. La observé regresar con cautela.

—¿Estás enferma? —pregunté bajito para no despertar a las niñas ni a nadie. Por la poca luz que se filtraba de aquellas ventanas que solo las cubría una cortina corroída, con varios agujeros, vi que negó sentándose en el borde del catre, agarrándose el vientre, quejándose. Me levanté y me acerqué a ella, me coloqué en cuclillas—. ¿Qué pasa, Rocío?

Alzó la mirada, pálida. No era mi mejor amiga, pero la estimaba mucho. Su carácter era difícil, sin embargo. Pero quién podía ser fácil en una situación como aquella. Acaricié su rodilla, preocupada.

—¿Quieres que te traiga agua?, ¿algo? No te ves bien.

—Regresa a la cama, ya pronto amanecerá, Zinnia —pidió.

Volvió a quejarse. Arrugué la frente. Me levanté y fui por agua a la cocina. Si despertaba a Los Cuervos no me importaba, Rocío lucía muy mal. Cuando iba a subir los desgastados escalones, Yek me sorprendió besándome la cabeza. Lo fulminé con la mirada, tras él venía Clemente con su sonrisa de artista, como solía.

—Me asustas —farfullé bajito, tirando medio líquido.

—¿Qué haces despierta, Colibrí? —quiso saber.

Clemente pasó a nuestro lado, bostezando.

—Nos vemos en un rato, Pajaritos.

Así solía decirnos.

Le saqué el dedo medio, como siempre por lo que él me aventó un beso. Yek solo rodó los ojos.

—Rocío no se ve bien y le llevaba agua, lo haré cuando termine de limpiar esto —expliqué quejosa, ansiosa por subir.

Acomodó mi cabello suelto tras mi oreja.

—Ve a dárselo, yo limpio, si necesitas algo me dices. —Besó mi frente y se fue rumbo a la cocina.

Subí de inmediato. Ella ya se encontraba recostada sobre la cama, doblada debido al dolor. Me miró apenas. Me arrodillé y le tendí el vaso.

—¿Qué sucede? Me estás asustando —le hice ver, notando que el cabello se le adhería al rostro.

—Estoy... estoy perdiendo al bebé —me informó afligida. Retrocedí asombrada, anonadada, muda. Abrí mis ojos de par en par. ¡Un bebé! ¿De qué hablaba? Negué aterrada con la mano en la boca. Rocío lucía muy mal—. Él me dijo que estaría a mi lado, que me sacaría de aquí, el hijo de puta me engañó —logró decir con la voz cargada de odio.

Me acerqué en shock, nuevamente.

—¿De qué hablas? No puedes estar embarazada. Rocío, ¿qué hiciste? —la interrogué atónita.

Me tomó con debilidad por la muñeca, con rabia y rencor profundos en sus negros ojos.

—¿Qué parece, Pajarito? No todos tenemos a un Yerik que nos cuide como tú. La vida apesta, Zinnia, grábatelo en la cabeza. Nuestra existencia es algo que no debió ocurrir y no traeré un niño al mundo para que pase lo que yo, olvídalo —rugió despacio, muy bajito.

En mis ojos se agolparon lágrimas y una pequeña arritmia apareció.

—Lo... lo estás perdiendo a propósito —comprendí azorada.

—Por supuesto, y si me vas a juzgar es mejor que te des la media vuelta. Nadie sabe lo que estoy sintiendo, lo que estoy viviendo, nadie —y se giró dejando salir un gemido de dolor.

Con mi mano temblorosa la toqué en el hombro, lloraba, lo sabía.

Nuestra vida era un infierno bajo el océano de máscaras que se veía a diario y se llamaba sociedad. Nadie deseaba ver la pobreza, las cosas realmente bajas del mundo de frente. Preferían fingir, señalar, criticar y pasar de largo. Pero estar enterrado en aquella realidad escalofriante te hace pensar diferente, sentir diferente y te marca para siempre.

—No estás bien —solo dije.

Me miró por el rabillo, negando.

—Estoy sangrando demasiado y se supone que eso no debía ocurrir —explicó despacio.

Me senté a su lado, esperando, pero cada minuto era peor que el anterior, hasta que llegó un punto en el que empecé a temer que no durara viva más tiempo. Pensando bien lo que debía hacer, decidí pedir ayuda. Rocío parecía estar inconsciente.

Crucé el lúgubre pasillo y abrí con sigilo la puerta de su habitación. No se escuchaba ni un ruido. Sabía de memoria el camino hasta su improvisada cama y en cuanto lo tuve cerca se sentó frotándose los ojos, despeinado.

—Rocío está muy mal, Yek, debemos llevarla al hospital —le pedí.

Clemente se irguió al escucharme. Ellos dos se sentían responsables de lo que vivíamos en aquella casa y de alguna manera habíamos logrado hacer un equipo.

—Tranquila. ¿Qué tiene? —quiso saber poniendo los pies el suelo.

—Está perdiendo a su bebé —solté sin tapujos.

Ambos chicos se levantaron de golpe. Yek se frotó el rostro, mientras Clemente parecía estar en shock.

—Le dije que ese hijo de perra solo se la quería coger, ¡mierda! —soltó Clemente negando con enfado.

En menos de un segundo ya estaban en mi habitación, por supuesto las otras niñas se dieron cuenta del barullo. Rocío estaba inconsciente. Su abandono me dejó estática.

—¿Está... bien? —quise saber cuando Clemente tocó su cabeza.

—Está viva, pero no sabemos qué carajos se metió y todas las cobijas están manchadas de sangre —bramó con ira. No fue hasta ese momento que lo noté. Abrí mis ojos realmente consternada—. Tenemos que sacarla de aquí, si no puede morir. Estas cosas no suelen acabar bien, Yerik —le recordó.

El aludido asintió serio, igual de pasmado que yo, pero cavilando. Lo conocía perfectamente como para saber que esa expresión encerraba ya una idea.

—¿Qué carajos pasa aquí?! —gritó uno de Los Cuervos desde el pasillo.

Mi corazón se desbocó y sentí que ya no me sería fácil respirar. ¿Por qué teníamos que vivir todo aquello?

Yerik rodeó mi mano, buscando que me tranquilizara. No tardó ni dos segundos en entrar ahí Irma, la otra mujer que más odiábamos en el mundo. Encendió la luz, llevaba en la mano aquel objeto que ya había dejado algunas cicatrices en mi cuerpo, lista para descargarse

—¡Con que rompiendo las normas! ¡Ahora sí, escuincles hijos de perra!

—Rocío necesita un hospital —soltó Yerik poniéndose frente a mí.

Cerré los ojos, no quería saber lo que ocurriría. La mujer se detuvo un segundo, lo hizo a un lado de un empujón y, con ojos agudos, la observó

—Donde sea un jodido truco para salvarte de lavar la ropa, escuincla —la amenazó.

Al notar las sábanas llenas de sangre dejó de hablar. Clemente aprovechó su aturdimiento y elevó en brazos a nuestra compañera. No se movía, era peso muerto. Sentí la piel erizarse y ácido cubrir mi esófago.

—Está perdiendo mucha sangre, deben atenderla —urgió angustiado, rogando por que esa mujer de piedra se apiadara.

Negó con desdén.

—Si tanto te agobia llévala tú —zanjó. Se acercó a Rocío, sujetó su rostro y luego lo soltó como si le diera asco—. Quién sabe qué mierdas hizo para estar así. No es mi problema —determinó.

Yerik se tensó de inmediato.

—Si muere será su responsabilidad... Irma —le recordó.

La mujer se detuvo apretando los puños. Las niñas se hallaban ya despiertas en sus camas, sin desear moverse ni un poco para que la atención de ese monstruo no les fuera concedida. Lo desafió con la mirada lo que parecieron horas en las cuales mi amigo no se amedrentó.

—Está muy mal, por favor —supliqué con lágrimas en los ojos al notar que Rocío no daba señales de despertar.

—Maldita mocosa, súbela al carro. ¡Pero esta me la paga! —garantizó y salió rabiando de ahí.

Apreté la mano de Yerik y besó mi frente con aprensión.

—Apaga la luz, y métanse a la cama de nuevo, no hagan que Nora venga, por favor —rogó y se fue casi corriendo.

Las otras niñas de inmediato me miraron, Cami fue la primera que se acercó para que la abrazara.

—¿Se va a morir? —preguntó asustada.

Negué una y otra vez meciéndola, no tenía idea de qué sucedería solo rogaba por que eso no, que Rocío viviera.

Media hora después apareció Nora, con esa cara de amargada que no podía con ella.

—¡A trabajar, holgazanas! Y tú, Zinnia, limpia el desastre de esa mocosa —ordenó señalando la cama manchada.

Asentí apresurándome, aún muy impactada por lo acontecido.

Mientras le servía el desayuno a El Cuervo, Irma llegó echando lumbre por la boca, por los ojos. Se acercó a mí y sin detenerse me tomó del cabello con fuerza. Gemí sujetando sus manos, me arrancarían el pelo. Ya estaba habituada a eso, aun así, creaba heridas.

—¡Nada más que tú seas igual de zorra que ella y te largas de aquí! ¿Entendiste?

Me soltó logrando que cayera en el piso.

—¿Está... viva? —necesitaba saberlo.

Me fulminó con la mirada, carente de algún sentimiento noble. ¿Por qué nos alojaban ahí si era evidente que no soportaba hacer su trabajo?

—Es una estúpida, claro que lo está, pero en cuanto salga se larga de aquí. Ya hablé con el comité, no quiero una cualquiera dando mal ejemplo. Así que más te vale que no salgas con una sorpresita, porque, aunque te quede poco tiempo aquí, te acordarás siempre de ese error. Esta estupidez saldrá cara y, antes de eso, sacan sus sucios traseros de aquí, no me dejarán sin este negocio —sentenció.

Enseguida se fue rumbo a su cuarto en la planta alta.

Nora siguió comiendo como si nada hubiese ocurrido. Me levanté aliviada de que hubiese sobrevivido, preocupada por su cabeza, por lo que su futuro sería. Aún podía escuchar sus palabras, sentir su odio. No me gustaba pensar en esa realidad que me tocó, pero a veces era inevitable no desear que las cosas hubiesen sido diferentes.

Me dirigí a la preparatoria, desanimada. Yek y Clem no habían regresado, seguro se habían quedado allá, con ella, y eso me tranquilizaba de alguna manera. No me atrevía a juzgarla, quién era yo para hacerlo, la única razón por la que sonreía era él, mi motivo, pero de no tenerlo, no tengo idea de qué hubiera sido de mí en medio de ese infierno.

Pasé la mañana ensimismada, haciendo en los recesos las tareas como solía pues en la tarde no me daba tiempo de nada, además, no contaba con el material para realizarlas. Sentada en una banca, junto a la biblioteca, intentaba resolver un problema de Física. Tomé el libro que había sacado y volví a revisarlo, no me era muy claro pese a que el maestro lo había explicado ya varias veces. Resoplé frustrada.

—¿Quieres ayuda?

Alcé la mirada, Carlo se acercaba con un par de chicos más. Sandra, una de mis compañeras y una arpía peleonera, nos mira-

ba y con su dedo me indicó que dijera que no. Arrugué la frente rodando los ojos. No quería más problemas de los que tenía, ella no me hacía en su mundo, yo menos en el mío, pero era bien sabido cómo era.

—No... —respondí bajando la cabeza de nuevo.

No se movió, podía ver sus pies.

—¿Te he hecho algo? Parece que te caigo mal... No entiendo, solo quiero ser cortés —explicó desconcertado.

Elevé el rostro, estudiándolo, sus amigos ya no estaban a su lado.

—Nadie me cae mal... Tampoco bien... No sé qué buscas, pero en mí no encontrarás nada, no soy nada y mucho menos tengo algo que dar...

Me levanté tomando mis cosas con la intención de irme. ¿Por qué insistía? Me detuvo por el brazo, serio, intrigado.

—Seamos amigos, nada más, Zinnia, permite que yo decida si vales o no la pena —pidió.

Sonreí con sarcasmo.

—Ni mi familia quiso hacerse cargo de mí —y me zafé—. No valgo la pena, no pierdas el tiempo.

—Me tienes miedo —soltó dejándome perpleja.

Las víboras aquellas seguían atentas a mis reacciones, era evidente que se derretían por él. Me concentré en Carlo. Me acerqué a su rostro, sonriendo con sarcasmo.

—Si tú hubieras visto la mitad de lo que yo, niñito bueno, créeme, sabrías que existen muy pocas cosas a las que temo, y tú, definitivamente, no eres una de ellas.

Fuera de quedarse con cara de póquer, sonrió.

—Me agradas más de lo que imaginé, Zinnia, mucho más —declaró.

Me guiñó un ojo, metió sus manos dentro los bolsillos del pantalón y se fue. Pestañeé desconcertada.

—No te quiero cerca de él, ¿entiendes, ratita? —me amenazó la engreída víbora.

Sonreí girando hacia ella, se hallaba a un metro. No estaba para sus tonterías.

—No tengo mamá, por si no lo recuerdas; nadie me dice qué hacer o no... Pero no te preocupes, es todo tuyo.

—Cierto, eres huérfana, y sucia. —Se tapó la nariz con asco. Rodé los ojos, ya estaba acostumbrada a esas cosas.

—Lo mío con un baño se quita, pero tu putrefacción... Dios, creo que viene desde adentro del estómago —me burlé.

Rugió lista para irse encima de mí, di un paso adelante, pero sus amigas la detuvieron.

—No vale la pena, Sandra —le aconsejaron.

La miré con odio profundo, como Yek me había enseñado.

—Tócame un solo cabello y jamás olvidarás haberlo hecho, yo no te tengo miedo, y lávate la boca, hazle un favor a la humanidad.

Dicho eso me di la media vuelta decidida a desaparecer de ahí. Era varios centímetros más alta que yo, eso sin contar con que su complexión era más ancha. Esperaba que con eso hubiera sido suficiente, si no, tendría que defenderme y más problemas no eran precisamente lo que necesitaba.

—No se quedará así —la escuché decir.

Solté un suspiro, lo que temía. Sentía mi piel temblar. Giré en la esquina de uno de los edificios y me recargué en el muro mirando el cielo. ¿Cuándo las cosas podrían ser diferentes si es que existía la esperanza de que alguna vez lo fueran? Aferré mi mochila ya rota por varios lados, pegándola a mi pecho.

—¿Estás bien? —preguntó Olga, ella era de perfil bajo, agradable y de pocas palabras.

Asentí sonriendo apenas.

—Debo acabar las tareas.

—Ya van a llamar a clases.

Solté un bufido.

—¡Maldición!, solo eso me faltaba.



Llegué al trabajo sin noticias. Albergaba la esperanza de que Yek apareciera, pero no, ni él ni Clemente. La tarde pasó tan condenadamente lenta, pero en un descanso que nos dieron acabé con los deberes e ingerí algo. Desanimada, esperaba el autobús.

¿*Cómo estará Rocío?*

—Colibrí.

Mi sangre se detuvo, mi mundo volvió a girar. Lo abracé de inmediato. Me pegó a su cuerpo frotando mi espalda de esa manera única.

—Lamento buscarte hasta ahorita —se excusó.

Negué separándome.

—¿Cómo está? —quise saber.

Dejó vagar la mirada en la oscuridad de la calle, reflexivo.

—Perdió al bebé, y casi la vida, tenía una hemorragia. En un par de días estará fuera, lo que me preocupa es que... no quiere seguir adelante —admitió.

Asentí acongojada.

—¿Crees que haga algo? Nora no la querrá más ahí —cuchi-cheé agobiada.

Tomó mi barbilla observándome con atención, acariciando con su pulgar mi piel.

—No, ya averiguamos de una casa para mujeres, puede ser que ahí la acepten en lo que termina la escuela, eso si ella quiere. No sé en qué estaba pensando... —susurró con tristeza.

—En que estamos solos, Yek, en que él podía quererla, que podía pertenecer —expliqué afligida.

Sonrió arrugando levemente las cejas, intrigado.

—¿Eso sientes, Colibrí?

Sus fuertes manos viajaron hasta mis hombros.

—Siento que si tú no estuvieras en mi vida quizá hubiese acabado igual que ella, o peor. Das luz a mi tiniebla, Yek, para mí todo es diferente debido a ti.

Me abrazó de nuevo.

—Entonces seamos nuestras luces en la tiniebla, Colibrí.

El sábado no me permitieron salir de casa hasta que todas mis «responsabilidades», como las llamaban, estuviesen listas; consistían en limpiar, barrer, sacudir y demás, ahora sin Rocío era más la tarea. Como a las cinco huí corriendo. Quería verla.

El hospital era un lugar tan deprimente como la casa donde habitábamos. En medio de muchas camas la encontré, pálida, con la vista perdida. Sentí una pena infinita, dolor de lo que en su mente pasaba, de los pensamientos que deambulaban.

—Rocío —la llamé.

Giró levemente, solo contaba con unos minutos. No se aceptaban muchas visitas en aquel sitio. Lucía realmente perdida. Alzó su mano temblorosa hasta la mía. La sujeté con un enorme nudo en la garganta, nuestros ojos se tornaron vidriosos.

—No eres como yo, como los demás, Zinnia, sal de esta realidad, cueste lo que cueste —susurró con voz quebrada. Me agaché y acaricié su cabello, su llanto se desbordó—. Jamás me perdonaré lo que hice —sollozó—, no puedo vivir con esto, pero... tampoco quería que pasara lo que yo... No merezco nada, no quiero seguir, no debo.

Pegué mi frente a la suya.

—No digas eso, Rocío, estarás bien, ya verás.

Negó en pleno llanto, alejándose un poco para verme. La intensidad de sus ojos logró que hipara. Lucían... vacíos.

—Los motivos son el motor para existir... —dijo seria. Ya parecía de nuevo distante—. Sal de este apestoso lugar —me urgió aferrando mi mano con fuerza—. Yerik te cuidará, creo saber lo que hace, tiene una idea fija y puede que sea acertada, solo toma

lo que la vida te da y jamás mires atrás. Júramelo, Zinnia —insistió. Asentí sin comprenderla, con resquemor. Apretó más mi mano—. Dilo —me apremió con voz ronca.

—Te lo juro, pero...

—Shh, ahora vete, este es mi infierno y yo sabré qué hacer con él, vete —ordenó.

Intenté acercarme, pero me lo impidió.

—Rocío... —la nombré con la voz rota.

Negó volteándose.

—Quiero estar sola... Adiós, Zinnia.

Sus palabras penetraron en mi mente de una forma brutal, sentía que se despedía, que no volvería a saber de ella.

—No hagas una estupidez —le supliqué seria.

Sonrió sin verme.

—Nunca más —aseguró.

Me alejé negando, asustada, profundamente desconcertada.

Al salir, Yerik, Clemente y Lilo me estaban esperando. Les narré todo, y entre ellos se miraron, circunspectos. El primero tomó mi mano y caminamos sin decir nada. El silencio era doloroso, sabíamos que en su cabeza el desorden gobernaba, no era la primera compañera que perdíamos, aun así, el pecho me sangraba.

Esa noche no pude dormir, entre el frío, lo difícil que estaba siendo la situación en casa ya que las cosas estaban demasiado tensas y yo siendo la mayor que quedaba, parecían desear desquitarse conmigo.

A hurtadillas, sintiendo que mi cuerpo no podía más y sabiendo que Yek ese día no se iría como me lo prometió, al notar me tan agobiada y ayudarme a las exageradas labores de la casa, entré en su habitación. Pocas veces lo había hecho, solo cuando sabía que un regaño sería menos fuerte que lo que en mi interior sentía. Me acerqué con sigilo, muriendo por entrar en calor.

—Ven —lo escuché hablar casi como al viento. Llevaba mi lamentable cobija enrollada en los hombros, me recosté a su lado

mientras él elevaba su colcha, no más gruesa que la mía. Me abrazó de inmediato soltando un suspiro y me pegué a su cuerpo buscando calor. Escondí mi cabeza en su pecho y pronto el sonido de su corazón, un poco más acelerado, me envolvió, la somnolencia comenzó a absorberme. Su aliento sobre mi cabello, su tórax adherido al mío, sus manos rodeando mi espalda. El frío desapareció y esa anhelada calma me sobrecogió—. Duerme, nos vemos al amanecer. Todo irá bien —susurró.

Asentí agradecida, creyéndole por completo. Él era mi razón, el motor de mi existencia, comprendí cediéndole mi último pensamiento a ella.

Desperté sintiendo caricias en mis mejillas, llevaba días sin dormir tan bien. Al ser consciente del olor que se colaba en mi sistema respiratorio, sonreí.

—Debes irte, no quiero darles motivos —lo escuché adormilada.

Asentí disfrutando del momento, no quería salir de ese maravilloso sitio, no deseaba dejar su calor, la sensación de tenerlo tan cerca.

Sacudió mi barbilla con suavidad. Abrí los ojos a regañadientes. Su mirada marrón me atrapó pese a la oscuridad. Ambos nos miramos de esa manera intensa, diluyendo los momentos, las emociones e intercambiando los pensamientos. Mi corazón comenzó una marcha desbocada, mis labios pronto se sintieron extraños, como si estuviesen esperando algo porque puedo jurar que, en cada terminación nerviosa de ellos, algo ocurría, algo que incitaba, que me motivaba. Un calor diferente subió hasta mis mejillas y fui consciente, como nunca, de sus rasgos masculinos, de su ceño tosco, de sus labios carnosos, de su nariz recta, de lo cuadrado de su quijada, pero sobre todo de lo que en su interior dominaba: yo.

—Si llegan, la lastimarán, y a ti te echarán —habló Clemente desde su lugar con voz pastosa.

Yek reaccionó antes que yo, se irguió dándome la mano, la tomé sin remedio y, aún aturdida por lo que ocurría entre ambos, al igual que él, que parecía evitar mis ojos, me fui casi corriendo.

Al llegar a mi habitación me enrollé en la frazada con la mirada perdida. ¿Qué había ocurrido? Sentía que las cosas entre ambos estaban cambiando y no podía adecuarme a esta nueva manera y a la vez me invitaba a seguir, a avanzar.



## Capítulo 9

El domingo poco estuvo en casa, lo suficiente para hacer lo que le correspondía, o para regalarme miradas de soslayo que yo lo graba atrapar y que me dejaban un tanto perdida.

Rocío fue trasladada a aquella casa de mujeres, supimos más tarde por Clemente. Pronto llegaría otra pequeña para ocupar su lugar. Eso me entristecía. ¿Qué futuro tendría entre esas paredes?, pero, además, mi situación ahí el tiempo que me quedaba sería aún más complicada, agotadora.

La noche del martes, Clemente apareció en la cocina mientras preparaba la merienda. Sol me ayudaba en las obligaciones, hablaba lo necesario y la felicidad hacía mucho tiempo que se había ido de su lado. Lo observé de reojo mientras picaba un poco de tocino para la comida de Los Cuervos.

—¿Has visto a Yerik? —preguntó Clem.

Negué sin dejar de hacer mi labor, ahí no había descanso.

Se le escuchaba nervioso, preocupado. Lo encaré y me asombró notar sus ojos rojos y los puños heridos, parecía haber corrido sin detenerse. Se limpió una lágrima con la manga de su sudadera desgastada. Jamás, en todo el tiempo que habíamos vivido juntos, derramó ni un poco de ese líquido. Su mirada estaba extraviada en algún punto de su mente.

—¿Qué... qué te pasa? —quise saber limpiándome las manos con un trapo que tenía cerca.

Sin más me abrazó con fuerza, negando.

—Se suicidó, ella... se mató —soltó.

Enseguida supe a quién se refería. Sentí un escalofrío recorrer mi piel, desde los brazos hasta llegar justo en medio de mi pecho. Dolió demasiado darle sentido a aquellas palabras que hacía unos días me había dicho pálida en aquel horrendo lugar. Dejé salir un sollozo por la impresión, por el dolor, y lo aferré con mayor ahínco.

—No puede ser... Clem, ¿por qué? —gemí, escuchando el llanto pausado de Sol en el fondo de aquel lugar.

—Porque esto es un puto infierno, porque la mierda que nos come cada día nos marcó para siempre, Zinni, por eso. —Estaba tan tenso, tan asombrado como yo. Mal o bien, habíamos crecido juntos y los lazos de lealtad que se forman al ser parte de una realidad como la que nosotros vivíamos generaron hilos invisibles que nos unían los unos a los otros sin remedio—. Mataré a ese gran hijo de puta, lo juro —rugió.

Su rabia me consumió, alertándome de inmediato. Me alejé negando. Tomé su rostro entre mis manos para que me viera, pero los de ambos estaban completamente empañados.

—No, no hagas una estupidez, no lo hagas, Clemente —le rogué. Yek apareció en la puerta de la cocina, con su ceño fruncido, como solía. Siempre entraba a la defensiva, como si estuviese listo para atacar. Nos observó achicando los ojos—. Rocío, Yek, ella...

—Se suicidó hoy... y mataré a ese imbécil, no tengo nada que perder —bramó.

Negué asustada al ver su determinación. Yerik abrió los ojos ante la noticia, pero en cuanto Clemente pretendió pasar por su lado, lo detuvo con fuerza. Se miraron.

—No permitiré que acabes tus días en un jodido agujero por causa de ese cobarde... —lo amenazó con voz fría, tragándose el dolor que la noticia recién recibida le generaba.

Sentía el llanto brotar desde mi garganta, pero la preocupación por Clemente me tenía aun peor. Lo conocía y sabía de qué era capaz; era temerario y siempre decía que no había nada que lo detuviera. Ambos chicos criados de la peor manera, sabía cómo peleaban, conocía que nada los detenía, tanto que muchos por ahí les temían y en esa ocasión, dudaba que pudiese controlarse a tiempo.

—Si tú pretendes fingir que no ocurrió nada, yo no —e intentó soltarse.

—Rocío ya decidió —atajó. Clemente se pegó aún más a su rostro, rebasado de cólera. Yerik no se inmutó y con esos ojos que ya le conocía, (lo había visto en más de una ocasión; no reflejaban ni un ápice de lo que en su interior ocurría) lo desafió—. No somos vengadores de nadie, no somos los responsables de las decisiones de nadie, no harás una puta estupidez, no te dejaré —zanjó tomando su hombro, penetrándolo con la mirada.

Clemente se giró y le propinó un golpe a la pared tan fuerte que pudo haberse roto un hueso. Yek lo observó con los ojos también empañados. Sol lloraba en una esquina, cubriéndose la boca para no gritar.

—Clem —susurré acercándome al ver que se derrumbaba en el piso con la cabeza escondida entre sus rodillas.

Su mano sangraba, no tenía idea de si se había lastimado más, pero todo lo que estaba pasando ya dolía demasiado.

Rocío no debió quitarse la vida, no debió creer aquellas palabras dulces, no debió haber terminado de esa manera; no merecía haber vivido esa cruda realidad. Lo rodeé como pude con temor a que me rechazara, no lo hizo y comenzó a sollozar.

—¿Por qué la gente buena debe vivir cosas como estas? —cuestionó.

Recargué mi mejilla en su espalda, sintiendo que las lágrimas se atascaban en medio de mi garganta. Yek permanecía de pie, obstaculizando la entrada, notoriamente atormentado. Busqué

sus ojos, acongojada. Su mirada me atrapó infundiéndome algo de calor en ese invierno del que era presa mi corazón.

—¡Ah, no me digan que esto es una reunión familiar!

Nora apareció al lado de Yek. De inmediato me levanté. Clemente se tensó, mi mejor amigo lo agarró de un movimiento por el brazo.

—Vámonos... —ordenó señalando mi labor con los ojos.

—¿No seguirán? ¡Qué pena! —chilló la mujer con burla, fulminándonos con esos pequeños y espeluznantes ojos. Clemente se encrespó, pero antes de que pudiese abrir la boca Yek logró sacarlo—. Supongo que ya supieron lo que la estúpida esa hizo —continuó. Clemente rugió, rabioso. Todo fue en segundos, la mujer giró un tanto asustada, pero mi mejor amigo logró tomarlo por el cuello con toda su fuerza para someterlo y sacarlo de ahí. Mis lágrimas resbalaron silenciosas por mis mejillas. Podía odiarnos, pero no era posible que hasta el grado de disfrutar la muerte de alguien—. Tienen diez minutos para acabar eso, de lo contrario, dormirán afuera —amenazó.

Eran capaces, así que asentimos sin chistar.

La cena fue tan aplastante como siempre, solo que sin ellos dos y soportando bromas pesadas de esas mujeres sobre la partida de Rocío, fue peor. No podía pasar bocado, pero sabía que, si dejaba mi plato a medio comer, la consecuencia sería peor.

Por la noche, cuando al fin lo escuché llegar, me colé hasta su colchoneta, mi frío ya no venía del exterior, sino del interior. Me abrazó con fuerza y comenzó a frotar mi espalda con dulzura. Por fin pude derramar algunas lágrimas, ahí, en el único lugar seguro que conocía, al que pertenecía.

—Tu realidad será otra, Colibrí, te lo juro —prometió cerca de mi oreja.

Aferré su camiseta con mayor fuerza, negando.

—Nada sin ti, Yek, nada.

Lo escuché suspirar, pero no dijo más.

Cada vez que hablaba de ese modo me hacía sentir una lejanía que se comía mi interior como pirañas hambrientas, no me agradaba.

Los días siguientes fueron peor, esas mujeres no me quitaban el ojo de encima, eso sin contar la carga ridícula de tareas. No entendía por qué a mí; parecían desear dejarme sin aliento. Yerik se mostraba rabioso, lo conocía, y cuando podía, sin ponerme en riesgo, me ayudaba en un silencio cargado de pensamientos lamentables, dolientes.

Ninguno aún habíamos logrado superar lo ocurrido, todo era silencio, ese aplastante, que cala, que entumece y no permite vislumbrar nada salvo la crueldad de nuestra propia realidad.

La mañana del viernes me sentía exhausta, mi cuerpo dolía, cada músculo agarrotado por haber tenido que lavar el piso de la cocina con un estropajo y jabón. Al parecer el guisado de la cena me había quedado salado y encontraron eso para castigarme por mi falta de atención. Yerik se rehusó, y se ofreció a hacerlo. Ambas rieron con sarcasmo y, o lo hacía sola, o él se tendría que ir de ahí. Lastimosamente habían encontrado nuestro Talón de Aquiles y tan solo quedaban unas semanas porque en cuanto tuviera nuestros papeles en sus manos ya nada nos detendría. Cuando se aseguró de que dormían, entró a la cocina. Lo vi de reojo.

—¿No debes salir? —pregunté bajito.

La espalda y las rodillas me ardían, mis hombros escocían y mis dedos ya los sentía entumecidos.

—Hasta que acabemos esta idiotez —dijo rabioso. Se hincó a mi lado y detuvo mis manos con la suya, enorme. Lo miré a los ojos, lagrimosa—. No estás sola, Colibrí, solo dame unos días. —Me quitó el estropajo y comenzó a hacerlo él. Lo observé sin poder moverme, primero por el dolor en las articulaciones que ya estaban agarrotadas debido a la posición, y luego porque... su cabello resbalaba por su rostro, mientras su quijada se tensaba

al hacer la labor y sus cejas ensombrecían sus bellos ojos haciéndolo ver asombrosamente masculino pese a su edad. Al sentirse observado giró, sonriendo con intriga—. ¿Pasa algo? —indagó.

Negué sonrojada. Sonreí desviando la mirada y buscando sentarme en mi trasero, por lo menos unos minutos. De ninguna manera permitiría que lo hiciera solo.

—¿Sabes cuál es mi sueño? —susurré rodeando mis rodillas, recargando mi barbilla en ellas, perdida en mi mente.

Yerik se detuvo por un segundo y me vio, intrigado.

—Me gustaría saberlo —admitió serio.

Lo miré dejando salir un suspiro.

—Pasear tú y yo en un parque, tomados de la mano, adultos, y... —se sentó demasiado atento— sonriendo porque toda esta vida fue algo que solo sirvió para que nos conociéramos —terminé. Pestañeó moviendo las cejas de forma discordante—. Ya sé que es algo estúpido —me disculpé alzando los hombros, sonriendo con timidez.

—Es... perfecto, Colibrí —admitió ladeando la cabeza. Elevó su mano libre hasta la mía, alcé mis dedos y los enrollé con los suyos observando el gesto.

—Parece demasiado ingenuo, demasiado... cursi —acepté torciendo los labios.

—Parece algo que, si pudiera, sucedería —su tono se agrió de pronto. Lo encaré arrugando las cejas, no me veía, parecía demasiado perdido en lo que su cabeza maquinaba—. Solo espero lograr que tú salgas de esto y vivas sonriendo, Zinn, es lo que más quiero, mi motivo —declaró.

Quitó mi mano, molesta.

—¿Por qué últimamente hablas de esa manera? No me gusta, ¿sabes? Me irrita, me pone nerviosa —le expliqué. Me acerqué, lo tomé de los brazos y lo aproximé a mi rostro—. Júrame que harás todo para que eso suceda, vivo por ese momento, Yerik, no quiero nada si no es así, de esa manera —le intenté hacer ver.

Dejó de respirar. Perdió su mirada, que de pronto se dulcificó de una forma que desconocía, en mis labios.

—Zinnia... No me pidas eso... —rogó.

Apreté con mayor fuerza sus anchos brazos, con la quijada tensa.

—Júralo; Yerik, ahora —lo urgí.

Se deshizo de mi agarre y siguió lavando el piso.

—Aún queda mucho, debemos seguir —y me pasó un pedazo de su estropajo, colocando entre ambos el jabón.

Deseé gritarle, zarandearlo, pero de pronto comprendí que quizá él deseaba otra cosa, y no precisamente conmigo. Sentí un enorme nudo en la garganta crecer, atorarse ahí; de tal tamaño era que no logré hablar el resto de la noche.



Durante las primeras dos horas de clases, mis ojos se cerraban casi sin poder evitarlo, eso sin contar el dolor corporal.

—¿Te sientes bien, Zinnia? —Carlo se sentó en una banca contigua, observándome con atención.

Alcé el rostro, el timbre acababa de sonar y yo simplemente no pude ponerme en pie. Con el alma contraída, doliendo aún más que mi cuerpo sin entender muy bien por qué, negué ya sin resistirme.

—Parece que no dormiste, estás pálida y con ojeras —señaló. Bajé la mirada hasta mis manos. Sus dedos en mi barbilla se sintieron cálidos. Me topé con sus ojos sin remedio—. Solo permite que te conozca, que te ayude —me pidió con voz dulce.

Mis ojos se llenaron de lágrimas, no necesitaba ayuda, necesitaba que Yek quisiera lo mismo que yo, que ambos lucháramos por ello, pero... él no lo deseaba.

Al notar que lloraría, se acercó y me abrazó con fuerza. Sin contenerme más enredé mis brazos en su espalda, perdí el rostro

en su pecho y comencé a sollozar sin detenerme, como hacía años no me permitía hacerlo: cuando el alma está más cansada que el cuerpo, dejar salir los sentimientos de alguna manera es la única forma de no desear desaparecer.

El timbre sonó de nuevo, pronto todos entrarían. Me tomé de la mano y con la otra se colgó nuestras mochilas. Salimos de ahí. No deseaba preguntar nada, ni siquiera me importó, caminaba a trompicones por los pasillos debido al llanto que no dejaba de fluir.

Llegamos a la parte trasera de la escuela. Era un pasillo poco transitado, con motas de tierra y pasto en un equilibrio curioso y, a varios metros, una reja que daba al estacionamiento. Carlo dejó nuestras cosas sobre el piso y volvió a abrazarme. Su olor a limpio me agradó, la sensación de que a alguien más le importase sin saber nada de mí, me conmovía.

Varios minutos después me separé.

—Lo... lamento —hipé.

Sonrió negando, acomodándome un mechón tras la oreja.

—Me alegra que al fin bajaran las defensas... —admitió. Neugué sorbiendo el llanto, necesitaba limpiarme el rostro. Notó mi ansiedad—. Hay unos baños, derecho por el pasillo y a la izquierda. Anda, te traeré un jugo, ¿quieres? —propuso.

Asentí aún llorosa. Al regresar ya estaba ahí recargado con desgarbo en el muro. Me tendió un envase de vidrio, lo tomé y le di un trago largo.

—Eres como un acertijo, te veo y no comprendo cómo una chica de diecisiete años puede intrigarme tanto —formuló desconcertado.

Suspiré observando con atención la botella entre mis manos.

—No hay nada que esconda, Carlo, te desilusionarás antes de siquiera pensarlo.

—¿Por qué llorabas? —quiso saber.

Recargué mi cabeza en la pared cerrando los ojos. Lo único que acudió a mi cabeza fue él, con su aspecto oscuro, con su mi-

rada clavada en mí, con ese gesto peligroso, con su andar lleno de seguridad; aquella sudadera negra que escondía el tatuaje de un colibrí justo en su brazo.

¿Por qué de todo lo que estaba ocurriendo solo podía pensar siempre en él, solo en él?

—Es una tontería —murmuré.

Lo escuché reír. Se acercó y me dio un pequeño empujón.

—Anda, solo quiero ser tu amigo —soltó con simpleza. Lo miré alzando una ceja, eso lo dudaba. Sonrió con ingenuidad, sacudiendo la cabeza—. Por ahora. Juro que no repetiré lo que digas —aseguró.

Torcí los labios sintiéndome de pronto un poco más ligera. Me dejé caer sobre el piso y le di otro trago.

—Si lo haces quedarás sin descendencia. Lo sabes, ¿verdad? —lo intenté amedrentar. Asintió soltando una carcajada. Algo en él me daba confianza y, por otro lado, necesitaba hablar con alguien ajeno a toda esa espantosa realidad, a eso que estaba creciendo en mi pecho—. Vivo en una especie de casa hogar... —comencé.

Se acomodó a mi lado, atento. La siguiente hora le narré *grosso modo* lo ocurrido el día anterior y las últimas semanas. Abrió los ojos conmocionado, se rascó la cabeza y perdió la mirada en el vacío.

—Esas son suficientes razones para llorar como hace un momento —avaló.

Ahora yo le di un empujón.

—Gracias por el jugo y... por consolarme —agradecí con timidez.

Me miró sonriendo.

—Cuando quieras, Zinnia, creo que eres alguien a quien merece la pena conocer —manifestó sereno.

Rodé los ojos, negando.

—No lo creo, la verdad, pero como quieras —reviré tomando el último trago.

—¿Crees que... alguna vez podría invitarte a...? —Algo en mi interior se activó y eso no me pareció de repente buena idea. Carlo notó mi alteración—. Olvídalo, olvídalo, ¿sí? Ya me concediste más de lo que imaginé y podemos ir a tu paso.

—Carlo... No hay paso... No hay nada que pueda darte, solo amistad —le hice ver.

Sus ojos me observaron con insistencia.

—Tienes novio —afirmó con seriedad.

Arrugué la frente.

—¡Claro que no! Te estoy contando mi vida, ¿cómo se te ocurre? —le di otro empujón. Rio nuevamente. Algo en él me relajaba, era como sentirme tan solo una chica de diecisiete, sin presiones, tranquila, con eso que caracterizaba a los adolescentes; intensidad, ganas de comerse al mundo de un solo bocado.

—Parece que sí, no sé, hay algo cuando hablas que además de hacerte parecer mayor, me hace pensar que... hay alguien.

Yerik apareció en mi mente sin más, como siempre, solo que en esos minutos no lo había tenido en primer plano, aunque ausente nunca.

—Eso ha de ser porque tú pareces de trece —bromeé.

—Eres aguda —me la devolvió.

Me encogí de hombros.

—No soy una chiquilla que no se sepa defender, puedo hacerlo y sin ayuda y sin problemas —anuncié con orgullo.

—Es bueno saberlo, ¿dónde aprendiste? —quiso saber, intrigado. ¿Por qué todos los recovecos de esa conversación me llevaban a él? ¿Por qué nada parecía existir sin su rostro al lado?—. ¡Ey! Despierta. —Chasqueó los dedos frente a mi rostro.

Le quité la mano despejándome.

—Son cosas que tienes que aprender... —refunfuñé sin desear profundizar en el tema, no quería hablar de él, no estaba de humor para explicarle nuestra relación y traerlo a ese espacio de mi vida que, por un segundo, estaba siendo diferente—. Mejor

háblame de ti. ¿Cómo es tener una mamá? —Lo tomé por sorpresa con eso.

Carlo me observó serio, incluso palideció. Luego miró sus tenis por un segundo.

—No sé qué haría sin ella —admitió.

Comenzó a contarme cómo era ella, cómo era su familia y me encontré imaginando cada cosa que decía en mi mente, sonriendo con ternura ante cada palabra, ante cada descripción, imaginando que yo hubiera podido estar así, que... quizá algún día pertenecí a una.



Las clases transcurrieron diferentes. Carlo estuvo a mi lado, de alguna manera se las arreglaba para hacerme sonreír y que la miseria en la que me encontraba sumergida no se sintiera tan profunda. No me atraía, pero había algo en su frescura, en esa ingenuidad que proporciona el tener la vida resuelta, que me gustaba, que me hacía sentir a gusto. Logré, con mucho esfuerzo, no estarle dando vueltas a lo que me ocurría con Yek, a lo mucho que dolió su actitud la noche anterior.

A mediodía pasé a los sanitarios antes de irme, solía hacerlo pues en el trabajo apenas si tenía tiempo de nada. Me eché agua en el rostro, me pasé un papel para secarme y dejé salir un suspiro.

—Te dije que no te acercaras a él, sucia huérfana —escuché tras de mí.

Giré sin ánimos.

Varias chicas que se hallaban ahí salieron de inmediato.

Sandra me perforó con la mirada, su odio incluso podía sentirlo. Nunca le había hecho nada, y tal parecía que la antipatía de las personas no era difícil de obtener, eso estaba más que comprobado en mi vida. Me colgué la mochila fingiendo no escu-

charla. De pronto, tres de sus amigas, porque obviamente no era de las que amenaza sola —los cobardes no son así— se acercaron y me sujetaron con fuerza. Rabiosa, intenté zafarme, golpearlas, pero no pude; se posicionaron por detrás y me arrastraron a uno de los sanitarios.

—Ahora sí me conocerás, estúpida, nadie toca lo que es mío —gruñó.

Sabía lo que harían y no pensaba permitirlo.

—¡Suéltense! —grité con todas mis fuerzas.

Ella se rio.

—Es la peor hora para hacer eso, nadie te escuchará —se carcajeó.

Me resistí como pude e ignorándola seguí gritando. Esas chicas estaban enfermas, llenas de crueldad.

—¡Ayuda!, ¡ayuda! —No cesé, sin embargo, ya mi cabeza estaba muy cerca del inodoro. Sudé frío, mi corazón lo sentía latir como un desquiciado y la impotencia corría por mis venas. Estaba asqueroso, más lo que implicaba. No, no podía permitirlo—. ¡Estás loca! ¡Suéltense! —bramé llena de cólera.

No tenía ganas de llorar, solo de empujarlas y gritarles hasta quedarme sin aire, hasta que mis cuerdas vocales reventaran.

—Con esto tengo suficiente. Ahora, suéltense y vayan con el director, en este instante. —Oí una voz adulta. De inmediato sentí cómo aflojaban su agarre, por lo mismo casi caí de lleno en el escusado. Como pude me erguí. Mis brazos dolían, los hombros también por la forma en la que me tenían sujeta, eso sin contar el cuello, que era de donde una de ellas me aferró con fuerza, pero la suficiente como para no asfixiarme—. Esto costará su expulsión, se los aseguro —giré respirando agitada.

—No, solo estábamos jugando, maestra, ¿verdad, Zinnia? —mintió.

La profesora estaba furiosa, con un celular en la mano, negando, reprobando la actitud.

—Eres una jodida cobarde. —Me erguí ya por completo, llena de rabia—. ¡Una maldita desquiciada! —le grité apretando los puños, lista para dejarle una marca de mi mano en su asqueroso rostro.

—No lo hagas. —La voz de la mujer llena de advertencia y autoridad me detuvo por un segundo.

Apreté los dientes, abrí mis manos una y otra vez, no pude y sin más le di una bofetada que la hizo trastabillar.

—Eres una miserable —aullé con ira.

La maestra me tomó de la cintura pensando que lo haría de nuevo.

Alcé el rostro lleno de odio, amedrentando a esa repugnante chica que ahora me veía con temor, sobándose el golpe.

—Vete a casa, yo me haré cargo de ellas —ordenó. No me moví. La mujer me sacudió, tomó mi rostro e hizo que la mirase—. Ahora, Zinnia.

Salí de ese trance y asentí. Afuera varios chicos se arremolinaban y un par de profesores más. Carlo apareció en mi campo de visión y se acercó a mí de inmediato.

Yo temblaba. Sujetó mi mano y me alejó casi corriendo. A unos metros de la puerta se detuvo, me recargó en un muro y me abrazó sin que lo viera venir. Yo respiraba agitada, sintiendo cómo la sangre corría por mis venas, buscando desquitarse con fuerza. Su cálido cuerpo sobre el mío me fue relajando. No hablaba, no decía nada, solo estaba ahí, conteniéndome. Sin pensarlo elevé mis manos y rodeé su espalda baja tranquilizándome con cada segundo ahí.

—¿Estás mejor? —preguntó sin soltarme.

No asentí hasta que de verdad lo estuve. Me separé lentamente.

—Debo irme... —expresé completamente desorientada.

Tomó mi barbilla con una mano. Era atractivo, da cabello oscuro, tez apiñonada, ojos chispeantes, siempre sonriendo.

—No permitas que empañen más tu día —me rogó agobiado. Sonreí con ironía.

—Si pudiera las ahogaba en ese asqueroso inodoro y en toda la mierda del jodido planeta... —gruñí elevando los hombros. Me quité de su agarré, él rio negando—. Debo irme... Gracias por todo. —Alcé una mano a modo de despedida y caminé hacia afuera aún con los pensamientos revueltos, temblorosa.

Mis sentidos se agudizaron sin preverlo y... lo vi. Dejé de respirar. Me miraba de una manera que no reconocía, con el rostro ensombrecido, tenso, las manos a los costados, con los puños apretados, sus cejas peligrosamente juntas, respirando con dificultad.

Por instinto, volteé hacia el interior de la escuela. Carlo ya se alejaba con la cabeza gacha, en dirección contraria. Sentí un extraño alivio. Algo en la postura de Yerik me alertó. Aferré mi mochila, acercándome. Aún no me recuperaba de lo ocurrido, sin embargo, en cuanto lo vi todo volvió de una manera absurda a su sitio, tanto que incluso logré sonreír levemente. No se movía, y su gesto no cambiaba. Mis labios, secos, los humedecí ya a un paso de su cuerpo tenso.

—Hola... —susurré.

Su mirada me perforaba como nunca, era como si de pronto fuese un ser al que odiaba, que... lo ponía en riesgo. Alcé un brazo para tocarlo. Se apartó, molesto.

—Nos vemos después —dijo escueto y enseguida entró a la escuela.

En ese momento sentí que ya no podría más, que mis piernas no resistirían y caería de lleno sobre el suelo.

—Zinni... Debes abrir los ojos —susurró de pronto Clemente, besando mi frente y siguiéndolo.

Permanecí muda en aquel sitio por un par de minutos, con las lágrimas nuevamente pujando por salir, con la mirada de varios de sus amigos sobre mí. De nuevo la rabia apareció, la arrollado-

ra necesidad de acabar de una maldita vez con todo. Me limpié con el suéter las lágrimas que salieron y corrí, corrí desesperada por sacar todo eso que me ahogaba, buscando que saliera de una maldita vez todo aquello que me consumía.





## Capítulo 5

La tarde pasó en medio de costuras y telas que unir. A las ocho y treinta ya llegaba a la casa. Él estaba en aquella esquina, serio, mientras los demás reían, fumaban y la resbalosa de Lilian se pegaba a su costado sin que él pareciera notarlo.

Lo observé con tristeza. Clemente le dio un codazo y se giró en mi dirección. Sus ojos me atraparon, por varios segundos solo fuimos nosotros, esa conexión profunda que no lograba descifrar pero que existía sin poder combatirla. Con todo y eso Yerik rompió el contacto de forma abrupta, bajó la vista, tenso y ya no me miró. Mi corazón, que no podía encogerse más, se sintió demasiado pesado.

Después de cenar ellos se hicieron cargo de la cocina, las mujeres ya se hallaban en su estudio, donde sí había televisión, computadora, teléfono, obviamente todo bajo llave, solo ellas tenían acceso a ese lugar, mientras Sol y yo doblábamos la ropa limpia. Deseaba dormir, solo eso.

—¡Zinnia! —Al escuchar sus gritos, rodé los ojos, gimiendo porque sabía que no me darían de nuevo tregua.

Sol me observó con tristeza.

—Acaba esto, ya regreso —le pedí en voz baja.

Al salir me crucé con Clemente, Yerik y Manuel, que pronto cumpliría diez. Mi mejor amigo parecía alerta, pero no me habló, el otro par solo lucían agotados.

Llegué con Los Cuervos. Nora me esperaba de pie junto a la puerta.

—Los muebles del comedor están asquerosos, lava las sillas, sacude todo y acéitalos —ordenó.

Asentí exhausta.

—¿Puedo hacerlo mañana? —pregunté conociendo la respuesta. Ella rio negando.

Sin verlo venir, su mano salió proyectada de lleno sobre mi mejilla. Me tomó por sorpresa. Trastabillé quedando un par de pasos más lejos de donde esa repugnante mujer se hallaba.

Se carcajeó.

—O lo haces ahorita, o lo corro —advirtió señalando tras de mí. Supe de inmediato a quién se refería.

—No tiene que amenazarla, y menos golpearla, Nora —gruñó Yerik, contenido, sin mirarme.

—Ahora lo hago —acepté sin remedio pasando en medio de ambos.

—¡Cállate! Últimamente tus salidas en la noche no se están justificando, así que ya sabes —graznó y cerró la puerta con fuerza.

Lo miré de reojo, sintiendo, por primera vez desde que lo conocía, que no debía acercarme, que no soportaría un nuevo rechazo.

Pasó frente a mí, sin mirarme.

—Vamos, tenemos trabajo —dijo con tono serio.

No me moví y él se percató. Se detuvo dándome la espalda. Podía resistirlo todo menos ese comportamiento.

—¿Por qué te estás portando así conmigo? —pregunté bajito.

Alzó el rostro, colocando sus manos entrelazadas tras su cuello. Sabía que sus ojos estaban cerrados, lo conocía tanto.

—Si quieres terminar hoy, debemos comenzar, Zinnia —indicó caminando de nuevo.

El hecho de que no me dijera Colibrí partió en dos mi endeble mundo. Mis pulmones, contraídos, dolieron, eso sin contar

el agujero ya inmenso en mi pecho. Con él jamás necesitaba actuar ni pensar en lo que debía decir, menos preocuparme por mi comportamiento o reacciones, pero hacía semanas que ya nada era como solía y eso me tenía, además de aterrada, pues se trataba de él, muy cansada.

Pasé a su lado, molesta.

—Es mi tarea, tú ve a «justificar» tus salidas, Yerik. —No me detuve.

Ya en la cocina agarré lo que necesitaría y, al voltear, me topé con él. Si no me hubiera aferrado por los brazos habría caído hacia atrás.

—No lo harás sola —ordenó quitándome el aceite. Mi pulso estaba disparado, un rubor cubrió mis mejillas al sentirlo de nuevo tan cerca. Su mirada parecía distante, aunque concentrada en cada una de mis facciones—. Yo lavo, tú aceita —dispuso tomando lo que necesitaría.

—Si vas a estar así, no quiero que me ayudes —expresé cuando se alejó.

Giró desde la puerta de la cocina, estudiándome con atención, entornando los ojos.

—No puedo estar de otra forma, y esta no es solo tu tarea —sentenció, serio.

—No quiero que me ayudes, ya te lo dije —repetí irritada.

Se acercó hasta quedar a unos centímetros de mi rostro, clavando sus bellos ojos avellana en los míos. Pasé saliva con dificultad, sosteniendo su mirada.

—No seas infantil, Zinnia, y no hagas rabietas, conmigo no funcionarán, ¿comprendes?

—Quiero que me dejes sola —solté enojada por sus palabras, con el corazón acelerado.

—No hasta que estés donde debes, así que te recomiendo que comiences a aceitar si deseas dormir —gruñó por lo bajo, después salió sin inmutarse.

Bufando fui tras él. Deseaba crisparlo, que me dijera de una maldita vez qué ocurría.

—¿Estás enojado por algo? ¿Te hice algo? ¡Dime! —le grité a su lado, importándome un rábano que salieran las mujeres esas a callarnos, pero él ya estaba arrodillado tallando el asiento.

Río con sarcasmo.

—Comienza con la mesa, anda —masculló.

Odiaba que no me respondiera.

—Es la última vez que te preguntaré, Yerik, y si no respondes, puedes irte al infierno... ¿Por qué carajos estás así? —exigí saber.

No se detuvo.

Ya no llevaba la sudadera puesta, por lo que sus bíceps se marcaban en sus brazos con cada movimiento bajo esa camiseta desgastada y su cabello ondeaba con ese vaivén que daba al tallar. Mi estómago sufrió una embestida de búfalos frenéticos de tan solo observarlo.

—Ya vivimos en el infierno, Zinnia —contraatacó con voz críptica.

Di un golpe en el suelo con mi pie, harta.

—¡Púdrete! —Y me fui al otro extremo para comenzar.

Tenía ganas de estrangularlo, de gritarle hasta caer rendida, de sacudirlo, de llorar, de hundirme en un sitio en el que nadie me pudiera alcanzar. No lo hice, solo me dediqué a limpiar como posea hasta que ese maldito lugar quedara limpio, tal como ellas querían. Por muy enojada que estuviese con él, no podía permitir que lo echaran de ahí, eso simplemente era impensable.

Durante casi tres horas no nos dirigimos la palabra, ni siquiera nos miramos. Era tan extraño estar así después de tantos momentos compartidos, de pensar que nuestra relación jamás cambiaría. Dolía, dolía demasiado. Ese día no podía ir peor.

El sábado no fue diferente, su silencio ya estaba logrando hacerme sentir deprimida, angustiada, perdida. Mi corazón se hallaba hundido en mi pecho todo el tiempo y me agobiaba pensar

que las cosas de ahora en adelante serían así entre ambos. Podía soportar esa miserable vida, pero no sin él.

Pasaba a mi lado y ni siquiera me veía, parecía que me había borrado de su mapa mental. No me hablaba, e iba y venía un poco más serio de lo normal, pero en general con los demás como solía.

El domingo por la mañana salió solo, así que ya harta de la situación busqué a Clemente, él debía saber lo que estaba pasando. Lo encontré en el patio de atrás barriendo unas hojas, riendo con Mateo, el más pequeño de los niños y Lucio, otro chico de ocho años, que le ayudaban abriendo la bolsa para que este echara la basura en ella.

—Clem, ¿podemos hablar? —pregunté.

Me miró intrigado.

—Luces cansada... No sé qué ocurre con Los Cuervos, pero planean consumirte —señaló resentido.

Me crucé de brazos indiferente a lo que decía.

—¿Sabes qué le ocurre a Yerik? —lo cuestioné.

Se rascó la cabeza, asombrado.

—Si no lo sabes tú no sé por qué lo sabría yo —respondió con simpleza.

—No te hagas el tonto, el otro día me dijiste que debía abrir los ojos —le recordé.

Dejó la escoba en manos de Mateo, la bolsa a Lucio y se acercó.

—Y lo sostengo —confirmó imitando mi postura.

Rodé los ojos. Si se lo proponía era odioso, lo cierto es que solo él podía ayudarme; la relación entre ellos era estrecha: complicidad, camarería, hermandad, lealtad.

—¿A qué te refieres con eso? —insistí.

Se encogió de hombros.

—Descúbrelo, Zinnia, estas son cosas entre ustedes, no me meteré —determinó y se dio la media vuelta.

Lo detuve aferrando su brazo.

—Por favor, no sé qué le ocurre, no es el de siempre y ya no sé qué hacer... —murmuré afligida.

Ladeó su rostro, contemplándome con ternura, como si fuese una pequeña no mayor a los chiquitines que nos observaban.

—Todo irá bien, Zinn, tranquila, hablaré con él, ¿de acuerdo? —propuso.

Asentí a punto del llanto, pero me contuve. Mi amigo dejó salir un bufido, negando apenas perceptiblemente.

—No sé cómo manejar esto —admití con voz quebrada.

Me dio un rápido abrazo.

—Él vive por ti, no lo dudes, y creo que ambos no saben manejarlo, no te preocupes —me tranquilizó. De pronto uno de Los Cuervos me llamó. Gemí frotándome el rostro—. Anda, ve, no me gustaría que te dieran otra bofetada. —Acarició mi mejilla ya solo amarillenta.

Resignada asentí.

La tarde la pasé sumergida en la lavandería.

Creí, por estúpida, que siendo domingo ellas saldrían y podría descansar, pero no fue así: permanecieron en casa, los chicos jugando afuera, yendo y viniendo y yo lavando. Yerik en todo el día no apareció, ni siquiera fue a comer, para la noche además de sentir que mi cabeza y mi cuerpo no podían más, estaba sumamente angustiada.

Llegó a la hora de la cena y fue directo a la habitación de una de ellas; sin más, volvió a irse no sin antes intercambiar unas palabras con Clemente quien asintió serio. No podía más, mi cuerpo exigía un descanso o colapsaría. Recosté a Cami y Lina. Tenía tanto frío y sueño que no lograba dormir.

Lo escuché llegar en la madrugada. Suspiré perdiéndome en mis pensamientos. Qué triste era todo aquello. Mis dientes castañeteaban, mis manos estaban llenas de pequeñas heridas debido a las tareas hechas. Por si fuera poco, mi cabeza estallaría, pero qué más daba, sin él nada me importaba.

Cerré los ojos fantaseando, como a veces hacía, para olvidar lo que me rodeaba. Una casa llena de risas, pequeña, alegre, decorada con cosas sin sentido, pero que armonizaban el lugar, afuera el sol estaba en su esplendor, tanto que se filtraba por las ventanas. Todo era calidez, el olor a panqueques cubiertos de miel casi lograba sentirlo en mis pulmones, tanto que humedecí mis labios. Yo, él, música de fondo, bromeábamos, reíamos y sabíamos que así serían cada uno de nuestros días. Ahí había paz, seguridad y amor, tanto que podía sentirlo.

El lunes en la escuela, cuando íbamos a cambiar de clases, mis piernas no me respondieron. Me recargué en un muro buscando aire, este no llegaba y una pequeña capa de sudor permeó mi frente.

—Zinnia, ¿estás bien? —Era Olga.

Asentí cerrando los ojos.

—¿Qué tiene? —Carlo se escuchaba preocupado, no lo había sentido acercarse.

—Me mareé... —admití intentado sonreír para quitarle importancia.

Lo cierto es que la sensación no se iba, el negro estaba ganando terreno. Él me tomó por la cintura mientras le pedía a Olga que fuese por algo dulce. Me sentó en el piso, donde no estorbáramos.

—No te ves nada bien, Zinnia, estás pálida, ojerosa —expresó.

Sonreí, abriendo con esfuerzo los párpados.

—No he dormido bien —admití.

Mi amiga apareció con un enorme vaso de zumo de naranja. Le di tragos lentos al inicio, sin embargo, conforme iba adentrándose en mi sistema, se fueron haciendo más voraces. Ambos sonreían.

—¿Quieres otro? —preguntó Olga notoriamente más tranquila.

Me sentía un poco mejor.  
—¿Has comido bien? —quiso saber Carlo  
Lo miré de reojo, aunque no respondí. Le pidió a Olga que se quedara ahí y desapareció.  
—Le gustas mucho.  
Reí negando. Mi cabeza iba aclarándose.  
—Es un buen chico, pero... no sucederá nada entre nosotros.  
—No creo que piense igual —aseguró.  
Me encogí de hombros, recargando mi cabeza en las rodillas flexionadas. Qué sueño tenía.  
—No soy dueña de sus sentimientos, solo de los míos y fui clara con él —refuté.  
Asintió mirando el edificio que se hallaba en frente.  
—Expulsaron a Sandra y a las otras tres —soltó con burla—. Ojalá la expulsaran también del país, o del mundo.  
Reí negando, con los ojos cerrados.  
—Ojalá —admití importándome ya poco eso que sucedió.  
Carlo apareció unos minutos después con varios recipientes en sus manos. Me los tendió, no sin antes también ofrecerle a mi amiga. Me erguí negando, asombrada.  
—¿Qué es esto? —pregunté descompuesta, incrédula.  
Se encogió de hombros al tiempo que pinchaba un trozo de sandía del plato con el tenedor y me lo acercaba, sonriendo.  
—Come —dijo.  
Reí alzando una ceja. ¿Era en serio?  
—¿Te crees mi padre o algo similar? —bromeé.  
Entornó los ojos siguiéndome el juego, pero sin bajar el cubierto. Lo agarré y me lo metí a la boca. Jamás había disfrutado tanto algo. Sin más acerqué el plato y comencé a ingerirlo. Mis amigos conversaban entre ellos mientras yo atacaba la fruta y tres quesadillas que estaban recién hechas: sabían a gloria.  
—¿Mejor? —preguntó él al notar que había terminado.  
Asentí mirándolo fijamente. Era tremendamente tierno.

—Gracias —les dije a ambos, realmente conmovida.

—Para eso estamos los amigos, Zinnia.

Se levantaron y me tendieron la mano para que los siguiera. Tenía un montón de sueño, pero por lo menos el dolor de cabeza ya había disminuido y sentía un poco de fuerza.



Los tres íbamos caminando rumbo a la salida, tranquilos, con esa amistad que surgía y era tan agradable. Carlo tenía un auto destartalado que sus padres le dieron para poder ir a la escuela y al pequeño restaurante, que en realidad era una fonda, donde sus papás eran los dueños.

En pocos días ya sabía bastante de su vida; era un chico feliz, cuyos problemas radicaban en las travesuras que le hacía su hermana menor, o en no sacar buenas calificaciones y tener que estar castigado en algunas ocasiones, a veces no poder comprar algún capricho, cosas así. Su frescura me hacía sentir optimista.

De alguna manera debía lograr que el rumbo de mi vida cambiara, con Yerik o sin él.

Se había ofrecido a llevarme. Me negué. Él tenía sus cosas que hacer y no me gustaba pedir favores, ya bastante había hecho en la mañana, además, después de la última vez que acepté subirme al auto de un chico, todo salió fatal y aunque no imaginaba a Carlo encima de mí buscando besarme, no deseaba atraer esos recuerdos. Nos estábamos haciendo amigos, así estaba todo bien.

Alcé la vista, riendo por algo que Olga había dicho. Yerik estaba ahí, de nuevo, de pie al lado de las enormes rejas abiertas, mirándome con insistencia. Carlo notó mi cambio de expresión.

—¿Lo conoces? —quiso saber intrigado.

Asentí sin soltarle la mirada al dueño de mis desvelos. Sus ojos, tras esas cejas, lo hacían ver tan peligroso, pero su postura, pese a ser amenazante, me generaba unas ganas terribles de abra-

zarlo, de rodearlo y jamás soltarlo. El nudo en la garganta ya me ahogaba.

—Yo ya lo había visto, viene en la tarde. Es tu amigo, ¿no, Zinnia? —intervino Olga.

Avancé sin responderles hasta él. Me ubiqué a menos de cincuenta centímetros de su rostro, alzando el mío; cada día estaba más alto. Clemente y un par de chicos más estaban a un par de metros, pero el primero nos observaba con atención, como en guardia.

—No te atrevas a seguir mirándome de esa manera si no piensas hablar conmigo, Yerik, te lo advierto, estoy ya harta de esto, de tu comportamiento... Luego no digas que la infantil soy yo, porque tú pareces un maldito bebé —rugí.

No cambió su expresión, así que pasé a su lado rozándole el hombro.

No se movió, no me siguió, no nada.

En el autobús permití que de nuevo un par de lágrimas escaparan, en unos meses más cumpliría dieciocho y me largaría de ese maldito lugar. Ya no podía más, menos con él así, de ese modo.

Llegué por la noche a la hora de siempre, no lo vi en la esquina que solía. Cociné junto con Sol. No apareció para la cena; Los Cuervos parecían estar de acuerdo con eso, seguramente ya había justificado de más sus ausencias. Algo estaba haciendo para sacar más dinero y la sola idea de pensar que se estuviera poniendo en peligro me hacía temblar de una manera ridícula.

—¿Crees que Yerik tiene novia? —preguntó de pronto Sol.

Doblábamos entre las dos la ropa que había lavado el fin de semana, mientras Cami la iba separando y Lina, de ocho, se comía una paleta que le di. Sentí que me ahogaba al escucharla. Alcé la vista hasta su rostro trigüeño, con aquellos ojos negros que eran tan tristes. Respiré con dificultad, mis manos se acalabraron y mi piel la sentí irritada.

—Yerik es novio de Zinni, no puede tener otra novia —apuntó Lina con simpleza.

La miré con el llanto atascado en la garganta. Eso podría estar ocurriendo y quizá era la razón de su alejamiento. Pestañeé agobiada, sintiendo cómo mi cabeza se inundaba de imágenes que no deseaba jamás imaginar.

—¡Camila! ¡Ven acá!

Las tres nos erguimos. Nora gritaba furiosa. Olvidé de inmediato lo que hablábamos. La niña me miró muerta de miedo. La tomé de la mano negando, buscando calmarla.

—Tranquila, yo te acompaño. Sol, termina con eso —solicité con tono maternal.

Ella asintió asustada, mientras Lina se pegaba a su regazo, temblando.

Llegamos al estudio. Irma agarró del cabello a la pequeña con rabia desorbitada en cada una de sus facciones. Di un grito de horror.

—Tú robaste el teléfono, ¿verdad? —rugió.

Camila comenzó a llorar negando, haciendo de todo para que la soltaran.

—Tiene seis años, ¿¿por qué lo haría?! —grité buscando defenderla.

Eso era una brutalidad. No iba a permitirlo.

—No te metas, Zinnia —me advirtió Irma, pero al comprender que Nora la golpearía con aquel cinturón, me puse en medio rodeando el pequeño cuerpo de la niña. Nora gritó aferrándose al cabello con todas sus fuerzas, aun así, no la solté, no dejaría que le hicieran daño, no más—. ¿A caso fuiste tú? —me preguntó con rabia.

—No fue ella, solo permitan que se vaya —les rogué con lágrimas en los ojos mientras Camila se aferraba con fuerza a mi cintura con aquellas manitas.

Un golpe sobre mi espalda casi hizo que la soltase, pero logré mantenerme firme pese al dolor.

—Claro que lo fue, siempre agarra lo que no debe, lo había dejado en el comedor y ya no está —explotó iracunda.

—Pero no tiene pruebas de que lo haya agarrado —le hice ver con voz rota.

Otro golpe. Grité aferrando a Cami. Mi piel escocía, pero no iba a soltarla.

—Bien, alguien pagará por eso y si quieres ser tú, no hay problema. —Entre ambas lograron que soltara a la niña, esta intentó acercarse de nuevo, pero negué con firmeza. Giré a la puerta: Lina, Sol, Mateo, Lucio y Manuel se hallaban ahí, llorando, asustados—. ¡Dejen de estar ahí de metiches, vayan a buscarlo y hasta que no lo encuentren no dejaré de golpearla! —amenazaron.

Los niños se quedaron petrificados.

—Tranquilos —mascullé buscando parecer fuerte—. Tranquilos. Camila, sal de aquí —ordené.

Manuel la agarró del bracito, alejándola pues era un mar de llanto. De nuevo sentí el golpe sobre mi cadera. Cerré los labios con fuerza, doblándome del dolor.

—¿Qué esperan?! —lo instó.

Llorando, todos salieron corriendo.

No supe cuánto tiempo pasó, pero con cada golpe sentía que mi alma iba diluyéndose, perdiendo peso, tonicidad. Mis piernas fallaron al quinto golpe. Me dejé caer sobre el piso. No gritaría, eso los pondría más nerviosos. Solo rogaba por que lo encontraran rápido si no acabarían conmigo. Otro más, y otro. Sentí la sangre escurrir a los costados, la piel arder: jamás me habían golpeado tanto. Estaba furiosa Nora, y no paraba.

—Creo que es suficiente —dijo de pronto Irma, con voz tensa.

—No, no dejaré de hacerlo hasta que esas ratitas miserables no lo traigan. ¡Fueron ellos, lo sé! —Otro más.

Cerré mis ojos, los puños y me hice un ovillo en el piso, gimiendo ante el dolor que experimentaba. Conforme pasaban los

segundos fui perdiendo la esperanza de que parara. Me comencé a perder en mi sueño, ese que a veces me acompañaba, era la única manera de no seguir sintiendo que caía al vacío. Más golpes siguieron, tantos que perdí la cuenta.

—¡Para! —ordenó Irma—. Si la hieres más tendremos que llevarla al hospital, nos quitarán la licencia y... todo. ¡Detente ahora mismo! —Nora me dio un último golpe.

Enseguida me levantó tomándome del cabello. No lograba enfocarla, no lograba hilar nada...

—Dormirás afuera, perra. —Me arrastró hasta uno de los patios, aventándome como si fuese un bulto mientras Irma la intentaba hacer entrar en razón. No la escuchó.

Caí sobre el piso y cerró.

El dolor era ardiente, como si mi piel se estuviera quemando, eso aunado al frío del exterior, a que mi ropa estaba rota, a la sangre que corría; lograron que perdiera mi mente al fin. Sonreí al ver su risa, su mano tomando la mía.

Si eso era el cielo, me agradaba, prefería vivir ahí para siempre.





## Capítulo 6

—¡Zinnia!, ¡Zinnia!

¿Quién me llamaba?, ¿por qué no me dejaban en paz? No quería abrir los ojos, no lo haría, no.

—Colibrí, por favor, te lo suplico, mírame. —Su voz caló en mi interior haciendo un eco doliente. Una onda cálida me atormentó, pues en cuanto fui consciente de mí el ardor en mi piel me hizo gemir—. Colibrí, anda, mírame —sollozaba, lo sabía.

Con mucho esfuerzo y apretando los dientes, abrí los párpados. Yerik estaba hincado frente a mí, se limpiaba las lágrimas con ansiedad.

—Ya despertó —era Clemente.

Manuel estaba a su lado, asustado, conmocionado. El frío que hacía ahí se adentró de golpe en mi sistema.

—¡Las mataré, las mataré! —rugió Yerik rabioso.

Mi angustia se disparó.

—La sacarás de aquí de una jodida vez y no harás una estupidez. Chantajéalas, con esto ya tienes lo que necesitas, llévatela, ahora.

Mi mejor amigo lloraba al tiempo que acariciaba mi mejilla. Yo no lograba hablar, menos moverme, solo verlo, perdiéndome en su expresión afligida.

—Debe tener bajo su cama una mochila, yo le dije que la pusiera ahí, ve por ella, Manuel, y no hagas ruido. Clemente, trae una cobija, le hablaré a Lilo, necesito que venga ahora —señaló.

Se acercó a mi rostro, besó mi frente y luego pegó su nariz a la mía, mirándome fijamente casi recostado en el suelo, a mi lado.

—Todo cambiará, te juro, mi Colibrí, tus alas estarán sanas de nuevo... —prometió con vehemencia.

Una lágrima resbaló por mi mejilla. No lograba hacer contacto con mi cuerpo, o no quería. Lo escuché hablar en murmullos, nervioso, como nunca lo había visto. Cerré mis ojos, exhausta. Creía en sus palabras y, pese a que ya había tocado el infierno, deseaba creer que de alguna forma conocería el paraíso, por eso valía la pena vivir.

—Colibrí... —lo escuché en mi oreja—. Te moveré, dolerá, pero debo sacarte de aquí —me informó con dulzura.

Asentí. Me retorcí, gemí, pero no grité pues mantuve la boca bien apretada cuando él me elevó. Pese a hacerlo con sumo cuidado me estaba matando con cada movimiento.

—Son unos jodidos monstruos —bramó Clemente.

—¿Qué hacen? —Era Irma.

De inmediato me tensé. Cerré los ojos sollozando.

—Nos vamos de aquí —soltó Yerik con seguridad.

—No pueden...

Se acercó a ella conmigo en brazos. Sin saber cómo aferré más su sudadera.

—No, Yek —le rogué hablando al fin.

Bajó el rostro hasta el mío, desfigurado de ira. Cuando la tuvo en frente se detuvo.

—Sí, sí lo haré, y mañana vendré por nuestros papeles, y, o me los da, o las denunciaré, me importa una mierda absolutamente todo. Decida —la amenazó.

—Si nos denuncias, los mandarán a otra casa hogar, son menores de edad, eso sin contar con que tú muy probablemente terminarás en un tutelar, muchacho —apuntó. ¿Por qué decía eso? Mi respiración iba cada vez más rápida.

—Y a ustedes les convenía, ambos perderemos, Irma. Les dije que no la tocaran.

Ella me evaluó por un segundo, seria.

—Ven mañana a mediodía por sus papeles y toma esto, que un médico la revise. —Del bolsillo del pantalón sacó dinero y se lo dio—. No hospitales y cuidado con hablar de aquí, los niños lo pagarán.

—No podemos dejarlos —lloriqueé ahogada en la angustia, en el dolor. El corazón podía arder más aún que la piel profundamente lacerada, ahí lo comprendí.

—Yo me quedaré aquí. —Clemente miraba desafiadamente a Irma.

Esta se encogió de hombros.

—Para lo que te queda... Ahora, largo...

Me empecé a remover al ver que avanzaba rumbo a la puerta.

—Zinn, debemos salir de aquí —dijo con voz rota.

Negué llorando.

—Solo... bájame —supliqué.

Negó serio.

—No te soltaré nunca más, olvídalo —zanjó.

Me removí pese a que me hacía daño. Ellos solos... no lo toleraba.

—Quiero despedirme de los niños —rompí en llanto.

Cerró los ojos, un par de lágrimas resbalaron de los suyos. Me bajó con muchísimo cuidado. Como pude e ignorando a Irma, subí hasta la habitación. Las niñas permanecían despiertas, las tres en un catre, abrazándose. No me importaban las heridas, me acerqué y las rodeé llorando de forma desbordada. ¿Por qué? ¿Por qué habíamos tenido que ser parte de todo aquello?

—Regresaré por ustedes. Obedezcan, por favor —les rogué desesperada, las sentí asentir.

Besé sus cabezas. Una mano envolvió mi cintura.

—Debemos irnos, estás sangrando, Colibrí, por favor.

En cuanto me erguí mis piernas flaquearon. Permití que me tomara en brazos y me despedí con la mano de ellas. Mi cuerpo no importaba, mi alma estaba tan hondamente lastimada, mi destino era tan incierto y sus ojos tan clavados en mi ser que los golpes que abrieron mi piel no eran tan importantes.

El enorme auto de Lilo nos esperaba. En cuanto me senté sobre el respaldo gemí apretando los dientes.

—¡Esas viejas son unas salvajes! —masculló el chico que nos llevaba, molesto—. Pero un jodido día les incendiaremos la casa, no pueden seguir así, algo debemos hacer... La gente de por aquí debe darse cuenta de cómo son en realidad.

Eso sería complicado, las tenían en un alto concepto y todos por ahí las miraban con respeto por su loable labor. Ninguno dijo nada.

Yerik me ayudó a buscar una posición cómoda, lo cierto es que no la había. Mis lágrimas resbalaban sin contenerlas, sentía la ropa adherida a mi piel, cada herida lacerante abrirse con cada movimiento, mis manos estaban heladas y yo solo podía pensar en que lo tenía demasiado cerca, que besaba una y otra vez mi cabeza.

El chico condujo unos cinco minutos. Llegamos a otra colonia vieja que colindaba con esa en la que había crecido. Un portón blanco, algo oxidado, que no permitía ver al interior, estaba justo frente a nosotros cuando nos bajamos.

—Es lo mejor que pude conseguir, Colibrí, los abuelos de uno de los chicos viven abajo, les dije que éramos hermanos —se disculpó cuando abría la puerta.

Lilo sacaba de la cajuela nuestras cosas. Con su ayuda pude andar, tenía heridas en toda la parte trasera de mi cuerpo. El sitio era como una casa dúplex, limpio, viejo, pero cuidado. Un pasillo con piso de concreto, paredes de ladrillos pintados de blanco y macetas colgadas eran lo que alcanzaba a apreciar. Una escalera de metal se extendió frente a nosotros.

—¿Puedes subir, o te ayudo? —Su voz se rompía pese a que trataba de proporcionarme seguridad.

—Solo... dame la mano —pedí.

Con su tacto cálido fuimos subiendo escalón por escalón. Una puerta de metal y una ventana lateral con herrería blanca, era nuestro destino. Con dedos temblorosos abrió. Prendió la luz. Por un segundo me quedé de pie sin moverme. Apreté su mano con fuerza con el corazón completamente en pausa.

—Sé que es pequeño, pero servirá, aquí habrá paz. Además, es solo transitorio y...

—Es perfecto —musité con los ojos anegados.

Era un lugar minúsculo. Una cama de matrimonio, con dos mesitas de noche, de madera vieja a los costados. Del lado izquierdo, junto a la ventana, una pequeña mesa con dos sillas de plástico, frente a la cama un pequeño ropero, junto un minirefrigerador y una hornilla, con un mueblecito también de madera vieja sobre ellos, con apenas un par de platos, vasos y cubiertos. En seguida una puerta que daba a un baño diminuto.

Las paredes olían a recién pintadas, todo estaba limpio y, aunque no había más, para mí eso era un palacio.

—Tú lo... amueblaste —quise saber girando hasta su rostro que me miraba con expectación y preocupación.

—Sí... —admitió.

Alcé mi mano, con esfuerzo y acaricé su rostro. No se quitó, al contrario, cerró los ojos soltando el aire. Ahí estaba de nuevo el chico con el que había crecido. Eso me relajó pese a todo el maremoto que era mi mente.

—Gracias, Yek...

Besó mi frente con ansiedad.

—Esto no es nada comparado con lo que soy capaz de hacer por ti, Colibrí. —Me tomó de la mano y me acercó a la cama.

—Por favor recuéstate, iré a buscar ayuda. Te dejaré un poco de agua aquí —hablaba nervioso.

Asentí gimiendo por lo que provocaba cada movimiento. Me arropó con un manta que sacó del armario. Dejé salir un suspiro al recostarme sobre ese mullido lugar, el colchón evidentemente no era nuevo, pero, en comparación del catre, se sentía como estar en una nube.

—¿No tardarás? —pregunté temerosa.

Negó con seguridad. Se alejó y, al mirar mi cuerpo, cerró los ojos con el gesto contraído.

—Descansa, aquí nada pasará, es un sitio completamente seguro —y salió de ahí.

No pude concentrarme más en el lugar, en cuanto cerré mis ojos me dejé llevar por el sueño. Desperté al sentir su mano cálida sobre mi mejilla. Afuera ya amanecía.

—Zinn, te revisarán, ¿bien? —me informó.

Acepté adormilada, deseando dormir nuevamente. En cuanto me moví el dolor regresó. Me quejé. Yerik se sentó a mi lado en el colchón, mientras una mujer de unos treinta años me sonreía, venía vestida de enfermera.

—Hola, Zinnia. Para revisarte debo quitarte la blusa y el pantalón. ¿Está bien? —quiso saber con suavidad.

Mi amigo se levantó de inmediato. Se rascó la nuca, avergonzado.

—Esperaré afuera —dijo.

La mujer le sonrió con dulzura al verlo salir. Me mantuve imperturbable, no lograba sentirme distinta. Me ayudó a deshacerme de la ropa con delicadeza, gemí varias veces apretando los puños.

—Esas mujeres están locas en exceso —gruñó.

La miré asombrada. ¿Yerik le habría contado todo?, éramos menores, no nos convenía por ahora darnos a notar. Sonrió al ver mi expresión. Además, quienes las habían intentado denunciar a lo largo de ese tiempo se toparon con más golpes y humillaciones por lo que al poco tiempo desaparecían. No era sencillo salir de ahí, lo sabíamos muy bien.

—Tranquila, soy prima de Jazzo, no diré nada —expuso. Asentí más serena, conocía a ese chico—. Eres muy bonita, ¿te lo habían dicho? Tus ojos son llamativos —cambió de tema, sonriendo. Me ruboricé sin saber qué decir—. Soy Lulú, por cierto.

—Mucho gusto —susurré tendiéndome de nuevo sobre la cama bocabajo.

—Esto dolerá, debo limpiarlas. Luego las cubriremos para que no se infecten. No tienes todas abiertas, pero sí bastantes, te quedarán cicatrices.

—Lo sé. —Enseguida fui consciente de su mano sobre la primera.

Cerré los ojos ante el dolor. Aunque lo hacía con cuidado, ardía como los mil demonios. Mordí la tela de la almohada, apretándola con fuerza. Casi una hora después terminó.

—Creo que ya... Te colocaré un ungüento que ayudará a que los cardenales no duelan tanto y desaparezcan lo más rápido posible. No te estés moviendo mucho hoy y mañana, cicatrizarán rápido, si puedes darte una ducha más tarde y... que Yerik te limpie —propuso bajito.

—Gracias...

Me vendó y acarició mi rostro.

—Tienes un poco de fiebre —notó e introdujo en mi boca un termómetro. Mientras lo dejaba actuar buscó algo peinando la pequeña habitación—. Habrá alguna blusa o algo que te puedas poner encima —preguntó.

Me encogí de hombros sin saber dónde estaban mis cosas. Hizo un gesto con su mano restándole importancia y abrió la puerta, las pesadas cortinas no permitían ver desde el exterior, pero ya el sol estaba sobre nosotros. Entró un segundo después. Me quitó el aparato de la boca.

—Treinta y ocho y medio... —Se acercó a su maletín y sacó unas pastillas. Me tendió una y me acercó un vaso con agua. Se movía con tanta seguridad y naturalidad que no podía dejar de

observarla—. Tómatela, te ayudará a descansar y a que la fiebre baje.

Obedecí mientras abría un cajón y sacaba una camiseta grande. Era de Yerik. En cuanto me la tomé me ayudó a incorporarme y me la pasó por encima con cuidado.

—Esto servirá —me guiñó un ojo, recostándome de nuevo—. Duerme, come bien y descansa... Lamento mucho que estén pasando por algo semejante, nadie merece algo así —acotó acariciando mi cabello con dulzura—. Lo que necesiten solo tienen que buscarme, estaré al pendiente, y cuando se animen a denunciar, cuentan conmigo —avaló para salir de ahí un segundo después sin que pudiese siquiera agradecerle.

Con la vista perdida, esperé a que el medicamento surtiera efecto. Yek entró: lucía cansado, agobiado. Le sonreí desde mi posición. Me observaba con dolor, con... culpa.

—Estaré bien —le hice ver intentado cambiar su semblante.

Su gesto se relajó. Se acercó hasta quedar a la orilla del colchón, su rostro muy cerca del mío.

—Esa es la prioridad —declaró suave.

—No vuelvas a alejarte —le pedí con la voz quebrada, evocando los últimos días.

Clavó sus ojos en los míos, atormentado. Negó con seguridad.

—No lo haré —aseguró.

Moví la mano para que acercara la suya. Enroscó sus dedos en los míos. Ambos observamos el gesto.

—Temo por ellos —admití llorosa.

Suspiró dolorosamente.

—Yo también, Colibrí, pero... Clemente los cuidará, no podía dejarte un minuto más ahí, estas semanas han sido demasiado... Y mira lo que ocurrió.

Al recordar el evento sacudí la cabeza, nerviosa. De pronto me encontré narrándole lo ocurrido. Su quijada se tensó con cada palabra, sufría de solo pensarme pasando por aquello, pero

no podía callarme, menos con él. Al final cerró los ojos aspirando con fuerza.

—Eres... muy valiente, demasiado para tu propio bien —apuntó contenido y besó mi mano con ternura.

—Tú hubieras hecho lo mismo. Lo has hecho, ¿recuerdas?

Asintió evocando aquellas veces en las que, por defenderme, terminaba mal y yo llorando por no haberlo podido evitar.

—Gracias por sacarme de ahí... —alcancé a decir adormilada.

—Después hablamos, duerme, ¿sí?

Desperté atemorizada, me moví asustada y el dolor me hizo gritar.

—¡Ey! Colibrí. ¡Ey! —escuché. Giré desorientada, ya sentada sobre la cama gracias al espantoso sueño que me atacó. Sin pensarlo lo abracé logrando que callera sobre las almohadas de nuevo. Estaba aún vestido, con los ojos hinchados por dormir. Me recibió sin saber dónde posar las manos debido a mis heridas, así que apresó mi cabeza y comenzó a regar caricias ahí—. Estás conmigo, cierra los ojos, nada pasará —intentó tranquilizarme.

Asentí aferrada a su camisa, sintiendo cómo las lágrimas de nuevo salían.

—¿Qué haremos? —pregunté.

Besó mi coronilla.

—No te preocupes por eso ahora, vamos paso a paso.

—Los niños, Yek —le recordé atormentada.

—Lo sé, Zinn, lo sé, pero comprende que no podía dejarte ahí más tiempo. Clemente por ahora los protegerá, la situación respecto a ti después de lo de Rocío, ya era insostenible —su voz era tan relajante, encontrarme ahí, solo con él, me hacía sentir de alguna manera bien.

—Denunciaré —manifesté decidida.

—No hasta que cumplas la mayoría de edad, haremos todo lo necesario para que les cierren la casa, pero una vez que tú no corras riesgos.

—Pero en este tiempo podrá dañarlos. —Eso no lo toleraba.

—No lo harán, déjame eso a mí, ¿sí? Debes por ahora estar tranquila, Zinn, acabas de pasar por algo espantoso, tu cuerpo está mal —masculló.

Dejó salir un suspiro.

—¿Por qué dijo Irma que podías terminar en un tutelar?, ¿qué le diste para que no me tocara?, ¿por qué dijo Nora que no justificabas tus salidas? —Si creía que todas esas afirmaciones habían quedado perdidas en mi memoria debido a lo vivido, estaba completamente equivocado. Su cuerpo se tensó—. No me responderás, ¿cierto? —comprendí. No habló—. Has cambiado, ¿lo sabes? Ya no eres el que solías.

—Colibrí, deja eso ya, obviamente he cambiado, tú también, ya no somos unos niños y con todo esto que hemos vivido, tampoco somos adolescentes normales. Madurar y actuar es la única forma de subsistir, lo sabes —obvió.

Alcé el rostro. Tenía su atención en el techo. Atento, notó mis ojos y clavó los suyos en mí.

—No me refiero a eso, es otra cosa... —Arrugó la frente sin seguirme—. Te alejas, te acercas, hablas a medias, no sé, ya no puedo saber cómo reaccionarás, qué sucederá al minuto siguiente, de qué forma responderás a algo que te pregunte, que diga... No me gusta, no me hace sentir cómoda. Contigo todo siempre ha sido... fácil, y eso era porque nos conocíamos tan bien.

—Me conoces muy bien, más que nadie, te lo aseguro —sostuvo.

Torcí la boca, dudosa. Su pecho subía y bajaba en forma disorde, estaba nervioso.

—Ya no —aseveré.

Me observó con cautela.

—A lo mejor la que ha cambiado eres tú, la que tiene ahora otros intereses eres tú. —Parecía ahora un tanto irritado, sus cejas oscurecieron sus ojos y su quijada se tensó.

—Sabes que no es verdad, sigo siendo la de siempre, no salgo de casa, ni siquiera puedo hacerlo, y...

—Ya tienes al fin amigos en la escuela, o... un posible nuevo pretendiente —reviró.

Entorné los ojos al tiempo que arrugaba la frente. Reí.

—¿Pretendiente?, ¿es en serio?

Confirmó sin dudar. Intenté moverme, pero dolió, así que guardé silencio unos segundos en los que él parecía contenerse.

—Ese chico: te he visto a su lado... —habló al fin.

Tomé un mechón de su cabello y comencé a enroscarlo en mi dedo.

—Es mi amigo, y sí, le gusto, pero él a mí no, se lo he dicho... Así que decidió mantenerse en ese plano —expliqué.

Volteó su rostro para verme por completo, su aliento lo sentía acariciar mi mejilla, estaba a tan solo unos centímetros. Mis labios se secaron y de inmediato mi corazón dio tal brinco que no estaba segura de que él no lo hubiese sentido.

—No te gusta... —afirmó bajito.

Negué envuelta en una especie de trance. Alzó una de sus grandes manos y acarició mi barbilla, luego pasó un dedo por mi nariz.

—Yo solo... quiero que sea como antes, Yek —protesté atolondrada por sus caricias. Mis palabras hicieron que cerrara los párpados con fuerza.

Besó mi frente con suavidad.

—Será como tú quieras, Colibrí. Ahora descansa, estás pálida —volvió a colocar su cabeza sobre las almohadas, con su brazo en la nuca, mirando el techo.

—¿No saldrás hoy?

Negó cerrando los ojos, otra vez.

—Avisé en la tienda, ya mañana veré; no quiero dejarte sola.

—Te... quiero, Yek —solté con el pecho lleno de ese sentimiento.

Abrió sus párpados de inmediato, volteó hacia mí, sonriendo como hacía mucho no hacía; pasó un dedo pícaro por mi nariz.

—Te quiero, Colibrí —me guiñó un ojo y sentí cómo la calma y seguridad lo inundaban todo.

Ya habría tiempo para hablar de lo demás, por ahora me sentía bien ahí, a su lado, pegada su pecho, escuchando ese ritmo de su corazón que tanto adoraba y que en ese momento parecía estar a toda marcha.



## Capítulo 7

El hambre provocó que abriera los ojos. No recordaba la última vez que había dormido así de bien. Me froté el rostro y el olor a limpio llenó mis pulmones. Apoyé mis codos sobre el colchón, quejándome un poco por el dolor. De pronto Yerik salió del baño con el pantalón puesto, sin camiseta y frotándose el cabello con una toalla azul desgastada.

Pestañeeé sin saber qué hacer. En aquella casa tenían prohibido andar sin cubrirse y aunque ya lo había visto en un par de ocasiones porque a veces se le olvidaba meter esa prenda al baño, por lo que salía corriendo hasta la habitación que compartía con los demás, nunca lo había observado con detenimiento, por otro lado, ya no era un niño, en definitiva.

—Creí que dormías —soltó algo avergonzado, agachando la mirada.

Yo solo pude observar su abdomen plano, incluso marcado, sus brazos gruesos y su piel tensa. Un calor extraño se apoderó de mi cuerpo tanto que sentí que subía hasta mis mejillas.

—A... acabo de despertar —admití con la voz pastosa.

Asintió tomando de la orilla de la cama una camiseta que no había visto, gris. Se la colocó de inmediato, luego me echó un vistazo con disculpa.

—Si te incómoda no lo haré nuevamente, lo lamento —comentó.

Sonreí negando.

—No pasa nada, es solo... una camiseta —refuté descolocada, dejando caer mi cabeza sobre las almohadas y apretando los puños.

¿Por qué sentía mi piel más alerta, mi estómago revolcarse y mi cabeza desorbitada?

—Iré por algo para comer, debes tener hambre, y compraré cosas que hagan falta. De todas maneras, ya hay algunas... —Se alborotó el cabello con las manos, para un segundo después sentarse sobre la cama y ponerse los tenis ya gastados.

—¿Desde cuándo tenías este sitio? —quise saber contemplándolo.

Era realmente hermoso.

—Desde hace tres semanas. Fue difícil conseguirlo, solo contaba con la cama y el ropero, poco a poco logré traer cosas, obtuve lo que se necesitaba... Es diminuto, austero, pero...

—Ya te dije que es perfecto, y me gusta así, como está, no le cambiaría nada —admití sonriendo ampliamente.

Me observó alegre, guiñándome un ojo.

—¿Cómo te sientes? —quiso saber poniéndose de pie a mi lado.

—Duelen, aunque creo que mejor... Pero debo darme una ducha... Necesitaré... que me ayudes a limpiar las heridas —recordé al tiempo que mis mejillas las sentía hervir de tan solo pensarme medio desnuda ante él.

Sonrió asintiendo. Comprendía mi actitud.

—Cuando regrese nos ocupamos de eso, ¿te parece? —propuso.

Asentí cubriéndome el rostro con una mano.

—Me da pena —concedí riendo nerviosa.

Sujetó mi mano y la entrelazó con la suya, riendo de la misma forma que yo.

—No tienes nada de qué avergonzarte, solo curaremos esas heridas —declaró con ternura. Besó mis dedos con dulzura y se

alejó—. No te muevas de aquí, no tardo —me advirtió con su dedo, nervioso.

Reí asintiendo.

—Corre que necesito comer algo —ordené juguetona.

Hizo un ademán de haber recibido la orden de un general y salió.

Lo ocurrido la noche anterior merodeaba mi cabeza, era difícil sacar esas imágenes de lo vivido en aquel lugar, más las de hacía unas horas, pero definitivamente había hecho lo correcto. Cami no habría soportado algo como lo que me hicieron. La impotencia estaba aún circulando en mi torrente, así como la tristeza y las ganas de que ese par de mujeres desaparecieran de la faz de la Tierra. Sin embargo, Yek tenía razón: una vez teniendo dieciocho las cosas podrían esclarecerse. Clemente era sumamente protector, aguerrido como mi mejor amigo. Debían estar bien, intenté convencerme.

Me limpié de nuevo una lágrima que emergió. Tanto habíamos vivido uno al lado del otro y tenía la certeza de que aún el camino era muy largo como para sentir que estaba en un momento seguro de mi existencia. Lo cierto es que, a su lado, podía ver un poco más de color en el mundo, me sentía lista para enfrentar lo que fuera. Yek era mi familia, a donde yo pertenecía y temía demasiado a las respuestas de aquellas preguntas que no dejaban mi mente en paz.

Llegó con un par de bolsas con comida y una más grande negra; las depositó sobre la mesa de plástico que se hallaba al lado de la puerta.

—¿Cómo sigues? —quiso saber sentándose a mi lado. Mi cuerpo aún dolía, era como si un auto lo hubiese arrollado una y otra vez pues, además de las heridas, los músculos de la espalda y hombros los percibía agarrotados. Tocó mi frente. Se notaba agitado, lleno de vitalidad—. Creo que tienes de nuevo algo de

fiebre, hagamos algo: come, date el baño, te tomas el medicamento y mientras hace su efecto te curo, ¿te parece? —planteó.

Asentí acurrucada, no deseaba moverme, pero su sugerencia era la ideal y lo sabía. Me ayudó a incorporarme al tiempo que me acercaba mi mochila. De pronto giré recordando algo. Él ya sacaba los víveres a un lado del ropero.

—¿Fuiste por los papeles? —quise saber irguiéndome, agotada. Asintió ocupado en su labor—. ¿Viste a los niños?

—Están bien, les dije que tú estás bien... En la bolsa negra Clemente metió todo lo que encontró nuestro —anunció sin verme, parecía rehuir a mis ojos.

Arrugué la frente.

—Yek, voltea —le pedí. Lo hizo, con las mejillas acaloradas—. ¿Pasó algo allá? —deseé saber preocupada por su actitud.

Negó sonriendo de una forma extraña, observándome fijamente, como congelado.

—Deberías darte primero la ducha y... ponerte algo más cómodo —sugirió.

De inmediato siguió su labor.

Observé lo que llevaba puesto; una camiseta de él que me llegaba un tanto arriba de las rodillas, de manga corta y cuello redondo. Enseguida me sentí expuesta. Rápidamente busqué algo que ponerme y caminé hasta el baño lo más veloz que mi cuerpo me lo permitía. Una vez dentro, saqué solo el rostro por la puerta.

—¿Hay una toalla para mí? —pregunté.

Asintió abriendo uno de los cajones del ropero. Me tendió una de color melocotón.

—Solo hay dos, esa es la tuya. El agua caliente es del lado izquierdo —me explicó. Abrí los ojos de par en par. Él sonrió con orgullo—. Es pequeño, pero aquí sí podremos darnos un baño tibio. Anda, disfruta —me alentó.

La excitación por ese sencillo hecho hizo que diera un pequeño aplauso cuando había cerrado la puerta.

Medir la temperatura me costó trabajo, pero lo logré después de un rato. Pese a que dolía bastante el agua en mi magullada piel, la gocé como pocas cosas en mi vida. Había un champú común en una pequeña repisa y un jabón con dos esponjas, la clara supe que era la mía. Sonreí de nuevo. Había pensado en todo. Me froté el cuerpo tardándome un poco más de lo habitual. En aquella casa el agua era helada, hasta en invierno y tan solo teníamos cinco minutos para ducharnos, así que en un acto de rebeldía permanecí bajo el chorro, con los ojos cerrados, importándome un comino lo que ardía, poco más de diez minutos.

Secarme sí que fue espantoso. Tomaba bocanadas de aire, apenas si me tocaba, pero mi piel escocía. Mis ojos se empañaron, aun así, logré colocarme la blusa y un pantalón muy desgastado pero cómodo de algodón que no hacía mucho tiempo la dueña de la costurera me regaló. Salí moviéndome con dificultad, de inmediato me dio mucho frío. Mis pies se encogieron y mis dientes castañetearon. La cama ya estaba tendida y la comida servida sobre aquella mesa.

—¿Qué tal el baño? —preguntó mi amigo mientras acababa de poner un vaso.

—Tengo frío, Yek —musité bajito, abrazándome con fuerza.

Se acercó preocupado, se quitó la sudadera que llevaba puesta y me la colocó de inmediato, casi con urgencia. Me tomó de las manos acercándome a la mesa, movió una silla y me invitó a sentarme. Buscó un par de calcetines y me los puso para que entrara en calor. Le agradecí en susurros. Unos emparedados, una manzana y agua natural estaban pulcramente servidos en aquel austero comedor.

Sonreí a pesar de no sentirme bien, nuevamente. Moría de hambre.

—¿Tú los hiciste? —quise saber señalando los sándwiches.

—Sí. —Se acomodó frente a mí—. Hubiese querido traer algo más sustancioso, pero debemos ser cautelosos con el dinero, organizarnos —declaró sereno.

Tomé la manzana y le di una gran mordida. Lo dulce de su interior me hizo cerrar los ojos mientras la masticaba.

—Es mucho mejor que frijoles y arroz o avena —admití sonriendo.

—Lo sé... —siseó devorando su comida.

Minutos después acabamos, él se había preparado otro más, pero yo ya me sentía satisfecha, tranquila dentro de lo que cabía.

—No creo que pueda seguir en ese trabajo, Yek —expuse torciendo la boca.

Me miró negando.

—Lo sé, y siendo menor de edad, será complicado eso.

—No permitiré que tú te hagas cargo de todo, olvídalo —sentenció.

Sonrió volcando los ojos.

—Eso ya lo sabía, así que pensaremos en algo, ¿bien? —Asentí pensativa, evaluándolo. Un tanto nervioso me tendió la pastilla—. Debes tomarla, debo curarte... no podemos correr riesgos y que una de esas heridas se infecte, Colibrí —expresó.

Tenía razón, no era el momento.

—Tengo preguntas, ¿lo recuerdas? —mascullé tomándome el medicamento, al tiempo que me levantaba de la silla.

—Sí, pero no es el momento —atajó decidido. Entre los dos llevamos los platos sucios a un lavadero que se encontraba afuera, a la vuelta del cuarto. Ya atardecía, todo lucía calmado, demasiado. El silencio era tan agradable, la paz que me brindaba el saber que nada pasaría al segundo siguiente, no se comparaba con nada—. Ahí podemos lavar los trastes, la ropa la tenderemos aquí. ¿Bien? —explicó mostrándome unas pequeñas cuerdas amarradas a la herrería.

Abajo era un patio lleno de plantas, al parecer los dueños de ese lugar adoraban lo verde. Me agradaba.

Lo observé lavar de pie a un lado. No se tardó más de dos minutos, luego me tomó de la mano guiándome de nuevo adentro.

—Recuéstate, revisaré las heridas como Lulú me dijo —indicó con voz suave. Le hice caso. Me subí con pudor la blusa, la parte trasera del viejo sostén quedó expuesta, así como mi cadera; enroscó mi pantalón por mis piernas hasta donde pudo y comenzó—. Quiero matarlas, jamás habían llegado a tanto —bramó mientras las limpiaba, gemí aferrada a la almohada—. Lo lamento.

Parecía tan abatido.

—No pasa nada, duelen menos que ayer —admití girando un poco el rostro para verlo.

Cuando acabó con las abiertas, siguió con los cardenales para ponerles unguento. Cerré mis ojos más relajada porque lo peor había pasado. Al terminar me ayudó a meterme bajo las cobijas.

—Quiero seguir en la escuela.

Acarició mi cabello mientras me adormilaba.

—Lamento no haber estado ahí cuando esto ocurrió, Colibrí, lamento tanto todo lo que ha pasado —murmuró afligido.

Sonreí con los ojos cerrados.

—Yo no, no soportaría que esto te hubiese pasado a ti por mí... —reviré. Sentí sus labios sobre mi mejilla, su olor que adoraba, su suave piel rozando la mía.

—Imagina lo que siento ahora —susurró—. Y claro que no dejarás los estudios.

—Ni tú —zanjé con decisión.

—Ni yo... Solo date un respiro, descansa, ¿sí? Aquí estaré, también estoy fatigado.

—Duerme bajo las mantas —solté recordando la noche anterior que lo había hecho encima.

—¿No te incomoda? Puedo...

—Shh, duerme en la cama y bajo las mantas, y ya no me hables porque tengo mucho sueño y... buenas noches, Yek.

Lo escuché reír en mi oreja cuando me daba otro beso en la mejilla.

—Buenas noches, Colibrí.

El miércoles nos despertó el sonido de un timbre. Ni siquiera sabía que el sitio contaba con uno. Atolondrada, abrí los ojos, mientras Yek se desperezaba. Era tan extraño amanecer a su lado sin miedo, así, en paz con su cuerpo cálido, fuerte, tan cerca del mío haciéndome sentir tan protegida.

—¿Quién podrá ser? —quise saber tallándome los ojos.

Sacudí mi cabellera guiñándome un ojo.

—Solo Clemente o Lilo tienen la dirección, iré a ver. —Se levantó frotándose el rostro y se peinó con las manos. Tomó sus *jeans* pues llevaba puesto un pantaloncillo de lana gastado y entró al baño, unos minutos después salió.

Me senté sobre el colchón sintiéndome definitivamente mejor. Observé el sitio suspirando, me puse algo para salir y bajé, deseaba ver quién era. Abrí la puerta del exterior con sigilo, estaba emparejada. Ambos conversaban ahí. Al verme, Clemente se acercó, me tomó de los hombros y besó mi mejilla agitando mi barbilla con su mano.

—Me alegra mucho verte mejor, Zinnia —dijo.

Sonreí sacándole la lengua, juguetona.

—¿Cómo están los chicos? ¿Pasó algo? —quise saber.

Yek se posicionó a mi lado y entrelazó mi mano, me pegué a su hombro serena al sentirlo así, tan él. Clemente sacudió la cabeza.

—Están bien, pero... Le contaba a Yerik que... —y lo miró buscando su aprobación, este asintió perdiendo la vista en la calle desierta—. Los Cuervos fingirán que huyeron, aunque en realidad no sea así. —Me erguí asustada. Mi mejor amigo apretó mi mano—. Será solo una semana, a lo mucho, es parte del papeleo, pero me dijo Irma que les avisara. Si los pescan, tendrán que volver ahí o a otro sitio, para el lunes o martes ya estará resuelto y listo.

—¿Por qué? —quise saber.

—Porque no pueden decir que ellas nos dejaron salir y menos el porqué, para sus intereses eso pegaría mal. Esta semana andaremos con cuidado, la escuela tendrá que esperar, unos días, para ambos —expresó Yek, serio, pero ecuánime.

—Es lo mejor, dicen que no revocarán sus permisos en el trabajo, intentarán que todo se mantenga igual siempre y cuando no hagan nada contra ellas. Tienen miedo —admitió Clemente.

—No ahora, pero lo haremos, no podemos permitir que más niños pasen por lo que nosotros —replicó mi mejor amigo.

Avalé sus palabras. La mirada de Clemente se oscureció.

—Lo haremos, pero en este momento no, así que ya les dije... Y, Zinnia, si continúas yendo al taller, jura que seguirás ganando lo que recibías por el trabajo, ellas se quedarán con su parte —apuntó.

Asentí nerviosa.

—Ya encontraré otra cosa.

Ambos asintieron. De pronto sacó un trozo de papel viejo de un bolsillo de sus *jeans*. Me lo tendió.

—Cami me pidió que te lo diera...

Lo agarré con las manos temblorosas. Un corazón que seguramente había hecho Sol, y una flor dentro que definitivamente era suya. Mis ojos se enrojecieron.

—Dice que está bien, te extrañan, pero esas mujeres por ahora entraron en una etapa de tregua. Sol me informará lo que sea, no están desprotegidos.

—Sí, lo sé —y guardé ese pequeño tesoro en mi pantalón.

—Me voy, nos vemos mañana, Yerik. —Este asintió chocando de forma estruendosa su mano con la de él—. Pórtense bien, Pajaritos —se burló.

Le saqué el dedo medio al ver que se alejaba. Rio negando y regresándome el gesto mientras mi amigo lo ignoraba, como solía. Era de pocas palabras, serio, sus expresiones solían ser ca-

rentes de ninguna emoción, frías y distantes, pero yo lo conocía más que eso y, sobre todo, sabía bien a qué se debían, aún podría recordar aquel día en el que su corazón se transformó en hielo y que su mente se convirtió en lo que ahora era.



## Capítulo 8



Llevaba días misterioso. Teníamos once años. Yo, para ese entonces, comencé una etapa difícil. Estaba harta de estar ahí, del maltrato, constantemente me sentía desanimada y las esperanzas en mi mundo no existían. Empecé a odiar a todas aquellas niñas que tenían lo que ansiaba, así que me encerré en mí y poco me comunicaba. Salvo él, nadie lograba entrar en mi burbuja, sin embargo, me daba cuenta de que algo se traía entre manos. Para tener esa edad, él siempre fue demasiado perspicaz, agudo y muy hábil.

Un día, al salir del colegio, me tomó de la mano y me dijo que lo acompañara a un sitio. El brillo en su mirada me contagió, cosa extraña en esa época. Mi cuerpo cambiaba y yo no lograba encontrar el sentido de seguir en este mundo.

—¿A dónde vamos, Yek? —le pregunté al percibirlo tan excitado, removiéndose con ansiedad en el autobús, mirando la calle con expectación. Esa sonrisa jamás la olvidaría, así como lo que ocurrió después.

Sacudió mi cabellera, no me lo diría aún.

Llegamos a una zona cara de la ciudad, nos bajamos y casi me hizo correr por aquellas calles. Había grandes casas, así como edificios altísimos que debían valer una fortuna. Jamás había estado ahí y desentonábamos debido a nuestra vestimenta descuidada,

nuestro desgarbo propio de alguien que vive una situación como la nuestra.

—Yek, para. ¿A dónde vamos?, ya me cansé —me quejé después de haber corrido por más de veinte minutos.

—Ya verás, no tienes idea de lo que hice —apuntó.

Y era cierto, por mucho que me esforzaba no lograba saber qué lo tenía en tal estado. Llegamos a una calle, en la esquina había un supermercado de los caros, junto con más locales. Anduvimos hasta la parte trasera, donde los camiones descargan los productos. Cada minuto sentía más intriga.

De pronto una mujer joven, rondando los treinta años, alta, atractiva, arreglada, con su cabello avellana alisado hasta la cintura, pulcramente vestida, nos escrutó mientras hablaba por el celular. Colgó, lo guardó en su bolso y no se movió. Yek se pasó las manos por el cabello, intentó limpiarse el sudor debido a la carrera que emprendimos y anduvo hasta ella, con una enorme sonrisa y temor también. Jamás lo había visto más nervioso, tan expuesto. Lo seguí sin decir nada, notando la frialdad de esa mujer al vernos.

—¿Quién es? —pregunté ubicándome a su lado.

—Mi mamá —confesó con orgullo.

Abrí los ojos de par en par. ¡Dios! Sonreí temblorosa. No lo podía creer.

—Llegas tarde —soltó aquella voz indiferente. Me detuve al lado de mi amigo, aguardando, teniendo ese presentimiento que pone en alerta cada vello. Esperé. Yek sonrió a manera de disculpa, la ternura que me generaba su gesto, su actitud, me atravesaba—. Te dije que vinieras solo —expresó molesta, quitándose las gafas.

Sus ojos... No pude evitar contemplarla, era asombroso su parecido.

—Yo... ella es mi mejor amiga, como mi hermana —se justificó. La mujer se encogió de hombros. Sacó algo de su bolso con

decisión y se lo dio, era un pequeño sobre. Mi amigo lo tomó—. Deseaba ya conocerte, no puedo creer que estés aquí, creí que no tenía mamá y que...

—No tienes mamá —corrigió aquella voz agria. Pestañeé asombrada, no había un gramo de dolor, de arrepentimiento. La sangre de mi cuerpo bajó hasta mis pies, cosquilleando—. Escucha, te tuve cuando estaba en la pubertad, yo misma te dejé ahí —soltó como si nada. El rostro de mi amigo pasó por cualquier cantidad de emociones, pero su palidez fue la última en llegar. Aferre su mano apretándola. No podía estar ocurriendo esto—. Sería absurdo negar que tú eres ese ser que parí hace once años, mírate.

—Yo... solo quiero conocerte, no tienes que hacer nada, solo quiero...

Cerré los ojos, abatida, sintiendo en mi propia piel la herida profunda que esa mujer le estaba provocando al ser que más he querido en mi existencia.

—No, no, no. Yo tengo mi vida y no la arruinarás de nuevo. Te dejé ahí para jamás volver a verte. Pagué para que esto no ocurriera, pero te advierto, niño, estoy casada, tengo una familia y no lo arruinarás, así que toma ese dinero y desaparece. No bromeo.

—Me llamo Yerik —incredó ya rabioso, aunque yo pude notar cómo lentamente con cada palabra su alma se fue suspendiendo y entumeciendo.

—Da igual, toma el dinero y desaparece, no quiero que vuelvas a buscarme, ¿soy clara? —preguntó tensa.

Mis labios temblaban.

—Podemos vernos a escondidas, yo no diré nada, lo juro —propuso, buscando algo de dónde agarrarse.

Ella rio negando.

—Basta, Yek, vámonos —le rogué jalando su mano.

—Tu amiguita es lista, ya váyanse, ese dinero te ayudará en algo... pero eso sí —y se acercó a él quedando a pocos centíme-

tros. Mi amigo le sostuvo la mirada; no retrocedió—. No habrá más, sé cómo son los de tu tipo y no me extorsionarás.

—Ya, vámonos, por favor —le pedí al verlo tan fuera de sí, con lágrimas resbalando por sus ojos, con la rabia y desilusión matizando cada una de sus bellas facciones.

—Soy tu hijo, después de todo... Si lo hago, no será raro —reviró.

La mujer le dio una bofetada que no me esperé. Por instinto la empujé con fuerza, saliendo al fin de mi letargo, necesitaba defenderlo.

—¡Es asqueroso lo que está haciendo! —le grité llena de ira.

Yerik elevó el rostro enrojecido.

—Olvidaré este día, señora, así como también la maldita suerte de tener una madre como usted.

—Haces bien —rugió la mujer, rabiosa—. Yo no pedí tenerte, quise abortarte, pero mis padres con sus estupideces no me lo permitieron, y tuve que cargarte nueve asquerosos meses. Ni siquiera sé el maldito nombre de tu padre, estaba muy ebria como para recordarlo, pero ya pagué mi parte, así que no me sentiré mal por tu futuro, ese no es mi problema.

—¿Cómo puede ser tan cruel si tiene familia? —le pregunté azorada.

—No soy cruel, soy realista... Espero que no hayas pensado que correría a abrazarte —se burló.

Yerik la observaba con los puños apretados y la quijada tensa. Era un niño de once años y de pronto ya no lo parecía, algo en él en ese instante murió, se rompió, lo supe al verlo.

—Vámonos —ordenó dejando caer el sobre al piso, tomó mi mano y dio la vuelta.

—Si no lo tomas no me sentiré culpable —advirtió esa aberrante mujer. Se detuvo, me dejó ahí y regresó hasta ponerse frente a su esbelto cuerpo, ella retrocedió un paso, pero su pose altanera carente de sentimientos ahí seguía.

—Solo espero jamás parecerme a usted. Que tenga una buena vida, señora —y regresó hasta mí.

—Anda, muchacho, tómallo: es dinero —masculló.

Sin más fue hasta ella, agarró el sobre y lo alzó sonriendo cínicamente.

—Tiene razón, solo es eso y me la debe. —Regresó a mí y no volteó ni una sola vez.

Un par de horas después seguíamos sentados en la banca de un parque que jamás había visto. No sabía qué decir. Yerik parecía tan ausente, con la vista perdida, aferrado a mi mano, respirando pesadamente.

—Siempre estaré a tu lado, te lo prometo, para mí eres lo más importante —al fin dije.

Giró saliendo al fin de su ensimismamiento. Me miró serio, ya no era el niño de unas horas atrás, algo había cambiado.

—Eres mi familia, Colibrí, siempre será así —murmuró.

Besé su mejilla dejando ahí mi frente y lo abracé llena de tristeza.

—Llora, Yerik, grita, algo —le pedí bajito.

Me rodeó con más fuerza y por un largo rato permitió que el líquido salado humedeciera mi blusa. Al separarse limpié su rostro con mis dedos.

—No quiero volver a hablar de esto jamás —sentenció dolido.

Asentí conmovida y muy triste.

—Solo dime cómo es que la encontraste —deseé saber, intrigada.

Si no lo preguntaba en ese momento, nunca me lo diría. Era reservado, aunque conmigo no, pero tampoco era un tema que en el futuro pretendía remover.

—En el periódico, hace unas semanas vi su rostro y... ya lo notaste, nos parecemos mucho, era algo de sociales, no sé qué. Al parecer es gente conocida. Apunté su nombre y le pedí a la chica

del cibercafé que buscara todo lo que pudiera sobre ella. Un día dio con una de sus redes sociales, me creé una cuenta con su ayuda y la busqué, no me respondió en días, luego pidió una foto, nada más. Me tomó una y la mandó, después me hizo varias preguntas y, al final, quedamos de vernos ahí. Me citó ella. Creí que... Fui un idiota —se regañó dándole un golpe a la banca—. Creí que ilusamente me habría estado buscando, que algo había ocurrido y que... no sé, me hice muchas historias en la cabeza.

—Lamento mucho esto, que pasara así —susurré acongojada. Asintió mirándome con tristeza.

—Siempre creí que no tenía padres.

—Y... ¿no crees que tu papá...? —De pronto pensé.

Negó con firmeza.

—Ya la escuchaste, no sabe ni quién es.

—Puede estar mintiendo —argumenté.

Negó nuevamente, serio.

—Esta es mi realidad, tú eres lo que más me importa, lo demás me da igual —atajó. Bajé el rostro—. Te quiero pedir algo. —Su voz ahora sonaba urgida.

Clavé mi atención en sus ojos, intrigada, ansiosa, deprimida.

—¿Qué?

—Quiero que luches, quiero que levantes tu cabeza y pienses que lo que vivimos puede ser peor... Tenemos comida, un techo, podemos estudiar, hagamos que valga, pero sobre todo nos tenemos a nosotros... Nunca olvides que, si te hundes, me hundiré contigo —declaró.

Mis ojos se llenaron de lágrimas.

—No digas eso... —le pedí sorbiendo el llanto.

—Sí, lo tengo que hacer. Te lo dije cuando llegaste a la casa, y te lo diré de nuevo: no estás sola, siempre estaré contigo, pero para eso necesito que dejes de estar así, no hablas, no ríes, no nada...

—Siento que no tengo nada adentro —admití.

Acercó su mano a mi cuello y alzó el ámbar, frotándolo con el pulgar.

—Me tienes a mí, así como yo te tengo aquí —y colocó su puño sobre su corazón, mirándome fijamente.

—Quisiera que las cosas fueran diferentes —admití con rabia.

—Pero no lo son, y estamos juntos, puedo salir adelante después de lo que acaba de pasar, pero no si tú te pierdes, si... dejas de ser mi colibrí —aseguró.

Lo rodeé con fuerza, él apretó mi cuerpo.

—Saldremos de todo esto —hablé junto a su mejilla. Asintió sin dudar—. Y cuando crezcamos tendremos otra vida —soñé.

Me separó y tomó mi rostro entre sus manos.

—Esa será mi meta.

—Te quiero, Yerik, y para mí tú lo eres todo —le dije llorosa.

Sonrió con nostalgia.

—No sé qué hubiera hecho si no me acompañas...

—Debí darle un golpe en su elegante cara a esa alzada —grufí riendo entre llanto.

—Eso habría sido gracioso —aceptó torciendo los labios.

—¿Qué harás con el dinero?

—Lo guardaré... Sé que servirá y no lo usaré mientras no sea necesario —decidió.

Tenía once años y ya pensaba de aquella forma.

—Podríamos ir a comprar un helado... o... una pizza —propuse mostrando los dientes.

Se levantó entornando los ojos, sopesando mis palabras. De pronto tocó mi hombro y corrió.

—Quien llegue primero a la parada de autobús, escoge.

Niños al fin, con las ganas de olvidar, de sonreír por lo menos un instante, de vivir una aventura en medio de ese camino lleno de amargura y soledad que nos tocó andar

Después de ese día, él no volvió a ser un... niño, nunca más, y yo, al verlo salir de aquella doliente y humillante situación,

decidí hacer lo mismo. Después de todo no estaba sola, nos teníamos, esa era nuestra diferencia, eso era la único bueno que me había dado esa vida, así que ambos nos levantamos y seguimos, uno al lado del otro.



## Capítulo 9



—¿Ya me dirás de dónde estás sacando el dinero? —le pregunté sin tapujos cuando terminamos de desayunar, después de la visita de Clemente.

Alzó sus oscuros ojos y los clavó en los míos.

—De mi trabajo —soltó serio.

No le creía.

—Nunca me mientes —le recordé con nostalgia.

Se levantó y comenzó a dar vueltas por la habitación, con las manos en la nuca.

—No te miento —al fin habló.

Coloqué la frente sobre la mesa, negando.

—Ya no es como antes —susurré dolida.

—¡Ey! —Y movió mi pierna, de cuclillas a mi lado.

Lo miré abatida.

—Sé que estás en algo que puede afectarte, lo siento aquí —y pegué mi mano a mi pecho.

—No le debo nada a nadie. Tengo lo que me dio esa mujer hace unos años —confesó turbado.

Abrí los ojos asombrada.

—¿Aún lo guardas? —comprendí atónita. Aceptó con firmeza—. ¿Lo usaste en esto?

—No, no lo he tocado, salvo ese día que comimos pizza y helado, nunca más.

—¿Es mucho? —quise saber intrigada.

—No, pero solo lo usaré en una emergencia, para algo importante.

—¿Entonces? —insistí preocupada.

—Colibrí, entiende que la vida afuera no es tan sencilla... —buscó explicar.

Torcí los labios pasándome la mano por la frente.

—No soy una niña, sé lo que es la vida en general, aunque has intentado esconderme de ella. Créeme, sé cómo son las cosas...

—dije recordando los golpes, la humillación a la que estuve expuesta en la escuela por esas arpías, las críticas constantes, todo.

—¿Por qué hablas así? —quiso saber.

Ladeé el rostro y acaricié su cabellera.

—Porque al igual que tú, me doy bien cuenta de que defenderse y luchar son las únicas opciones que tenemos, Yek —expresé.

Bajó la mirada, serio.

—Yo... entrego cosas —confesó al fin con gesto contrito, culpable.

Mi pecho se comprimió y pesó demasiado durante un segundo.

—Cosas... que no deberías repartir —intuí en balbuceos.

Sus ojos no me enfocaban, parecía desear posarlos en cualquier sitio menos en mí. Su quijada estaba tensa, su gesto un poco tieso, lo conocía tanto. Estaba avergonzado. Resoplé sopeando mis palabras.

—Prefiero que no sepas más, así es mejor —su voz sonaba tan dura, tan seca.

Tomé su barbilla e hice que me mirara directamente.

—¿No tenías otra opción? —quise saber, intentando mantenerme serena.

—No si deseaba sacarte de ahí, protegerlos —dijo sin titubear.

Cerré los ojos, poniéndome de pie.

—¿Es droga? —pregunté asustada.

—Zinn, solo debes saber que todo irá bien. —Ya estaba a mi lado, acariciando mis brazos cruzados, preocupado por mi reacción.

Mis ojos se empañaron. No podía creer que estuviera haciendo eso.

—¿Te estás drogando? —lo cuestioné molesta.

Él negó de inmediato.

—Desde aquella vez, nunca lo volví a hacer, te lo juré, no he roto mi promesa —dijo afligido.

Bajé el rostro evocando ese horrible día, tres años atrás...

Yek tenía catorce, un sábado salió toda la tarde sin permiso. Me pareció extraño, pero llevaba unos días juntándose con un par de chicos de la secundaria que en lo particular no me caían nada bien. Sin embargo, no era de las que se inmiscuía en eso.

Ese día llegó a casa después de cenar. Yo ya estaba preocupada por su tardanza, así que sentada en la acera, fuera de la casa, lo esperé. Sabía que Los Cuervos lo regañarían, eso si todo estaba bien. Apareció de pronto, me tomó de las manos como si nada pasase, me levantó y me hizo girar. Algo en sus ojos me alertó, así que me zafé molesta, alerta.

En cuanto estuve en el piso le di un fuerte empujón.

—¡¿Dónde estabas?! —le grité.

Él rio de manera extraña, no pude reconocerlo. Se acercó a mí con la mirada desorbitada y esa sonrisa estúpida.

—¿Me extrañaste? Anda, solo dilo. —Me tomó por la cintura acercándose a su delgado cuerpo.

Lo intenté quitar.

—¿Qué te pasa? ¡Suéltame! —gruñí.

Negó tropezando con sus pies, por no soltarme ambos caímos en el suelo. Me lo quitó rabiosa, no lo reconocía.

—Dios, esta mierda sí que pega —masculló desde el piso, buscando levantarse, riendo, hablando tonterías.

Tomé su rostro entre mis manos, hice que fijara la vista en mí, pero no lo lograba.

—¿Por qué lo hiciste? Te drogaste... No... tú no... —chillé asustada. En ese instante mi mundo se tambaleó peligrosamente.

Intentó levantar una mano para acariciar mi rostro.

—Relájate... esto se siente... —y tropezó pegándose en la pared.

Su frente sangró: aún tiene la cicatriz escondida casi donde comienza el cuero cabelludo. Con mi mano intenté revisarlo, pero se movía y reía. La desesperación me invadió.

—Escuincla, entra de una vez. Cuando llegue tu amiguito así le va ir —advirtió una de esas mujeres desde adentro.

Mi respiración se agitó. La voz de Irma me paralizó.

—¡Aquí estoy, Cuervo! —gritó Yerik.

Cerré los ojos con lágrimas, negando espantada. No tardó ni un segundo en salir. Las mujeres se pusieron furiosas al verlo así.

—¿Tomaste o te drogaste? —lo cuestionó una.

Yo me alejé, pero Nora me aferró del brazo. Yerik se irguió, mostrando una risa irónica.

—Me drogué, demonios, ¿pasa algo con eso?

La maliciosa mirada de esa mujer erizó mi piel. Ladeó la cabeza estudiándolo. Luego me observó a mí.

—No le haga nada, no lo hará de nuevo, lo juro —intenté defenderlo. Si lo echaban de ahí todo estaría mal para siempre.

—No son mis madres, haré lo que me dé la gana —continuó Yerik agravándolo todo.

—¡Cállate! ¡Cállate! —le ordené.

Me miró con ternura haciendo un puchero.

—No me hables feo, Colibrí.

Nora nos metió a la casa. Una vez dentro, me tomó por el cabello con fuerza. Grité del dolor.

—¡Ey! ¿Qué haces, maldito monstruo? Suéltala —rugió él al ver que me arrastraban hasta su estudio. Me intenté zafar. De pronto una bofetada hizo que callera de lleno al suelo—. ¡No, déjenla! —intentó acercarse, pero Irma me tomó de nuevo del cabello mientras Nora levantaba el cinturón, lista para pegarme.

Mi labio sangraba y Yerik mostraba horror, un miedo infinito.

—Repite lo que dijiste afuera, anda, dilo y por cada cosa que digas, ella lo pagará —lo desafió.

Cerré mis ojos, no sabía qué pasaría. Yerik seguía drogado.

—No son mis madres —soltó rabioso—, no son nada, ¡suéltenla o les pesará! —rugió y sentí mi piel arder justo en mi brazo.

Lloré aferrándomelo por el dolor.

—¡No!, ¡no! —Iba a acercarse, pero no me soltaban, él dudó pues evidentemente me darían otro golpe si seguía así.

—Si quieres demostrar la porquería que eres, hazlo, drógate, pero fuera de esta casa... ¿Entendido?! —Y me volvieron a pegar con la hebilla.

Gemí vencida, arrodillada, con mi cabello en su mano, mirándolo con dolor, decepcionada. En cuanto me soltaron él se acercó, lo alejé dándole un empujón.

—No quiero verte, no quiero verte —bramé dolida y me fui corriendo hasta mi cuarto.

A la mañana siguiente desperté adolorida, la sangre de ambas heridas se adhería a mi piel, así como la tela. Me di un baño sintiendo que llorar más era imposible, no después de cómo lo hice por la noche. Preparé el desayuno junto con Rocío y otra chica mayor que a los pocos días se escapó. Al salir todos estaban sentados sobre la mesa. Yerik lucía pálido, desaliñado, me miró con ruego, lleno de preocupación.

Al ir rumbo a la escuela, llegó a mi lado e intentó rodear mi mano. La rabia que sentía por lo que hizo emergió como un huracán, sin más le di una fuerte bofetada. Se detuvo abruptamente, pasando saliva.

—¡Vete a la mierda, o mejor aún piérdete en las drogas! A mí me importa un carajo —bramé y salí corriendo, llorando de nuevo.

Tenía pavor de que volviera a hacerlo, no por recibir un golpe más, sino porque sabía que es un mundo del que difícilmente se regresa y lo último que quería era perderlo, no a él.

Por la tarde, al salir, Clemente apareció y, sin decir nada, rodeó mi cuerpo abrazándome. Yerik no estaba ahí.

—Lamento mucho lo que pasó, Rocío ya nos dijo.

Asentí aferrándolo con fuerza sin hablar.

—¿Tú también lo has hecho? —comprendí.

Aceptó con culpabilidad. Lloré con más fuerza. Me tomó de los hombros, sacudiéndome levemente.

—Yerik está muy mal, no recordaba todo y ahora que lo supo... Hablen, te aseguro que nunca más lo hará —parecía ansioso.

—¿Y tú? —pregunté, pero bajó la vista, negando.

—Preocúpate por él, yo no soy como ustedes, lo sabes —refuté.

Arrugué la frente, rabiosa. Tomé su barbilla con dureza e hice que me mirara.

—Si sé que te vuelves a meter una cosa de esas en el cuerpo, Clemente, lo haré yo también. Dile eso a Yerik. Están advertidos, una sola vez más y les juro que lo haré —me di la vuelta, temblorosa y me alejé.

Al salir de la costurera, esperaba el autobús. Era asombroso poder sentir más tristeza de la que ya sentía. Pero algo sí sabía: sin Yerik mi vida se iba a hundir.

—Si no quieres volver a dirigirme la palabra lo entenderé —lo escuché detrás de mí. Cerré los ojos apretando los puños, cruzándome de brazos para no derrumbarme ahí—. Solo quiero decirte que fui un idiota, el más grande... No debí aceptar aquello, no... debí...

—Quiero estar sola —hablé viendo que el transporte ya llegaba, una mujer lo esperaba también, así como un par de chicos que no se paraban de besar.

—Solo... dame una oportunidad, nunca sucederá de nuevo  
—rogó con voz cortada.

Lo miré de reojo, jamás lo vi más dolido, ni siquiera cuando su madre lo rechazó; estaba despeinado, sus ojos ensombrecidos por el dolor.

—Ese es tu problema, yo no estaré ahí para verlo —siseé.

Se colocó frente a mí. Lucía pálido, demasiado triste.

—¿Qué debo hacer para que me perdones? —suplicó saber.

Levanté mi manga y le mostré las dos heridas.

—Estas te pertenecen, tú debiste salir castigado anoche, no yo —lloriqueé.

La gente alrededor nos miraba con atención. El autobús llegó e hice amago de subirme. Él me detuvo tomándome por la cintura, abrazándome con firmeza.

—Sabían que ese sería mi peor castigo... Perdóname, por favor, perdóname —suplicó.

Seguí llorando, dolida.

—Tu mirada era otra, no te reconocí, yo... no puedo verte de nuevo de esa forma... Si te hundes, yo también —le recordé con la voz rota.

Adhirió su frente a la mía, aún no era tan alto como ahora.

—Te juro, por nosotros —comenzó aferrando mi mano con fuerza—, que nunca más me meteré esas porquerías y mucho menos que tú sufrirás por mis actos.

Lo rodeé ya sin poder contenerme.

—Tuve miedo... no puedo perderte, no quiero —sollocé.

Negó una y otra vez, humedeciendo mi blusa con las lágrimas que también salían de sus ojos.

—No sucederá, te lo juro, nunca más pasará algo siquiera parecido —prometió. Asentí perdida en su seguridad—. Perdóname, Colibrí, perdóname.

—Si lo vuelves a hacer, desapareceré —le advertí.

Se separó ansioso.

—No volverá a pasar. Nunca.



Busqué con mis dedos las cicatrices de aquella vez, por encima de las mangas de la sudadera que llevaba encima. Aún seguían ahí, ya muy delgadas, pero ahí. Yerik notó mi gesto, las conocía demasiado bien, fue después de eso que se tatuó el colibrí en el mismo brazo donde yo tenía esas marcas, como un recordatorio de esa ocasión.

—Pero igual te estás poniendo en peligro, sabes que esas cosas terminan mal... —le hice ver.

Acercó su frente a la mía.

—Me sé cuidar, tengo más motivos que muchos como para cometer una estupidez, te tengo a ti —murmuró.

Lo abracé.

—No sigas en eso, por favor —le rogué.

Acarició mi cabeza, agachándose para hundir su aliento en la cuna de mi cuello, sentía sus labios cálidos ahí. De inmediato mi piel se erizó.

—Solo confía. Es por un tiempo, unos meses.

—¿Qué cambiará después? —quise saber cerrando los ojos, absorta y perdida en esa deliciosa sensación que generaba su cercanía, su boca en mi piel.

—Espero que muchas cosas, solo... ten paciencia... —pidió.

Me separé a regañadientes, mis mejillas las sentía arder, pero debía acabar con eso.

—¿Ellas lo saben? ¿Por eso te dijeron aquello? —cuestioné.

Asintió mirándome de forma febril, algo en el ambiente se sentía cargado, diferente. Humedecí mis labios, absorta en sus ojos dilatados.

—Necesito dinero, lo que gano no es mucho, pero por ahora nos permite vivir aquí, pagar lo que se necesite y... si no deseas

buscar trabajo por un tiempo, está bien... No hay lujos, lo sabes, pero lo suficiente —sugirió.

Negué alejándome.

—No, yo pondré mi parte, no me gusta saber de dónde sacas el dinero —le hice ver.

Sonrió con dulzura.

—Ve a la escuela, descansa unas semanas... —me propuso.

Retrocedí dos pasos.

—No, no quiero eso, menos conociendo esto. Lo que deseo es que no trabajes en algo así, sabes mejor que nadie que no acaban bien —le intenté hacer ver.

—Tú eres mi única prioridad, y a ti no te pasará nada —soltó con firmeza, mirándome fijamente.

—¿Por qué hablas así?! No lo soporto —rabié y me tapé las orejas, girándome.

Un segundo después ya estaba frente a mí quitando mis manos de ahí.

—Dame unos meses, solo eso, que cumplas la mayoría, yo también y la escuela, ¿sí? Solo eso, después lo dejaré de hacer —rogó conciliador.

Me perdí en su color avellana, no mentía.

—¿Lo juras?

Busqué más allá de lo que deseaba mostrarme, pero algo me impedía avanzar, entrar como solía en sus pensamientos.

—Sí —declaró con resolución.

—¿Qué es exactamente lo que haces? —indagué.

Recargó la nuca en la pared más cercana.

—Me dan mercancía y la llevo a donde me dicen. Regularmente un par de antros conocidos, ahí me buscan, se las doy y listo: regreso el dinero y me dan mi parte.

—¿Y si llega un policía...? —lo cuestioné entornando los ojos.

—No llegan, Zinn, eso ya está arreglado... En serio, no corro peligro.

No estaba segura de ello, pero era tan obstinado.  
—¿Qué harías si te digo que me iré si no lo dejas de hacer?  
—deseé saber.

Bajó su cabeza hasta encararme con una mirada trastornada.

—¿Lo harás? —reviró.

Su voz sonaba cada vez más gruesa.

—Tengo miedo, Yek, entiéndeme. Eres todo para mí, lo sabes.

Besó mi frente de nuevo.

—Confía en mí, Colibrí, por favor. Sé que estamos juntos en esto, por eso lo hago, todo irá bien —aseguró afligido.

Rodeé su ancha estructura recargando mi oído en su pecho y perdiéndome en sus latidos que tan bien conocía. Soltó un suspiro hondo, no sabía dónde poner las manos para no lastimarme, así que las colocó sobre el hueso de mi cadera, aferrándolo con fuerza.

—Mañana buscaré un trabajo, quizá con eso y lo de la tienda, podamos vivir y ya no necesites hacer eso.

—No regresarás ahí, Zinnia, eso te lo aseguro —declaró contenido.

Lo abracé con más ganas.

—Yo estaré donde estés tú —determiné.

Agachó su cabeza hasta mí. Alcé la mía, nuestras miradas se encontraron por un segundo. Mis labios se entreabrieron, los suyos parecían desear reclamar algo, mi respiración se agitó, mi pulso se disparó sin control ante ese simple gesto, cerró los ojos y besó mi mejilla con suavidad.

—Eres el motivo de mis horas. Nunca lo olvides. —Dicho esto me soltó y fue a recoger lo que habíamos usado para comer.

Tardé unos segundos más en reaccionar, en que mi cuerpo entrara en un estado de normalidad. ¿Qué me estaba ocurriendo? Sentía mis mejillas arder e incluso vergüenza de voltear.



## Capítulo 10

Por la tarde, el ambiente se diluyó. No hablamos más del tema, así como tampoco nos acercamos demasiado, solo lo suficiente. Definitivamente algo iba cambiando.

Fuimos a un mercado cercano: me compró un pantalón, un par de blusas más y un suéter grueso. Paseamos por ahí cuidándonos de no ser vistos demasiado y a las ocho ya estábamos de nuevo en lo que para mí, en tan solo esas horas, ya era mi casa.

Me pidió que al día siguiente no fuera al colegio. Sin embargo, ahí estábamos seguros de que no nos buscarían, era una pantomima más que una realidad. Aun así, alegó que mis heridas todavía estaban recientes y me veía cansada. No estuve de acuerdo... pero al final me convenció.

El jueves se fue a trabajar como solía. Parte de la mañana hice ovillos, la verdad es que no tenía más opción, ahí no tenía nada que hacer y era tan extraño. A mediodía decidí ponerme a repasar algunos de mis apuntes, limpiar aquel lugar, ingerir algo. Yek pasó justo antes de irse a la preparatoria, sería cuidadoso, prometió. Después de convencerlo de que todo estaba bien, quejándome de mi aburrimiento, se marchó.

Las horas sin él eran difíciles, largas. Así que en la tarde decidí salir a conocer un poco más, me coloqué el gorro del suéter que adquirí el día anterior y anduve por las calles. En más de un comercio pregunté si buscaban ayuda, pero nada. Cuando llegué

a la casa, alrededor de las seis, una mujer mayor, con el cabello completamente encanecido, barría la acera.

—Buena tardes —saludé.

Me observó con curiosidad, dejando de hacer lo que hacía.

—Eres la hermana de Yerik, ¿verdad? —expresó.

Asentí mintiendo, un poco nerviosa. Rio negando.

—Soy Lolita, la dueña de la casa —se presentó.

Me extendió la mano y se la di de inmediato.

—Soy Zinnia —respondí cortés.

Me estudió atenta.

—Esa flor es linda, bonito nombre —apuntó.

Sonreí con sinceridad.

—¿Vas a la escuela? —quiso saber.

Asentí con las manos en los bolsillos de mi suéter.

—Sí, solo que enfermé y...

Con un ademán le restó importancia.

—No soy tu madre, tranquila, muchacha...

Sonreí con timidez al ver que ya se ponía de nuevo a barrer.

Cuando iba a abrir la puerta me detuve.

—Disculpe, señora... —hablé.

Sacudió la cabeza.

—Lolita —masculló.

—Lolita... Estoy buscando algún trabajo, sé coser a máquina y a mano, algo de confección, remendar. Si sabe de algo...

Abrió los ojos de par en par, sorprendida. Recargó la barbilla en el palo de la escoba, interesada.

—Sabes todo eso... —parecía reflexiva—. ¿Y qué horario podrías?

Me acerqué intrigada.

—Por las tardes, voy a estudiar en las mañanas —expuse.

Torció sus arrugados labios.

—Yo puedo darte trabajo... —propuso. Abrí los ojos emocionada—. Pero no te puedo pagar mucho, aunque te puedo

enseñar bastante. Yo últimamente no puedo estar tanto tiempo sentada, mi vista no me da lo suficiente, sobre todo en las tardes que la luz ya no es la misma. Jamás he tenido ayuda, pero podríamos intentar, el trabajo sigue llegando, bendito sea Dios y si tu hermano es amigo de mi nieto y, además, ya están viviendo aquí, no perdemos nada... —movió su mano para restarle importancia, parecía ser un gesto común en ella—. ¿Qué te parece? De cuatro a ocho, dime, ¿qué sabes hacer? —preguntó.

Comenzamos una charla ahí en la acera. Cuando acabó de barrer me pidió que la ayudase a regar sus plantas y me mostró un cuartito al lado de la casa; tenía un par de máquinas y todo lo que se necesitaba. Además de un montón de ropa sobre una silla. Ciertamente no me pagaría mucho, pero percibiría el doble gracias a que no se lo quedaría nadie, lo tendría íntegro. Acepté alegre, optimista. Al día siguiente empezaría. Su esposo trabajaba como chofer particular, por lo que salía temprano y llegaba por la noche.

Cuando Yek llegó, le conté todo dando brinquitos, entusiasmada. Sonrió con franqueza, sintiéndose feliz por mí. Cenamos unos tacos que llevó, afuera del cuarto, teníamos que ser cuidadosos con los olores.

—Espero que esto sean señales de que todo irá bien —fantaseé dándole una mordida a mi comida.

—Sé que será así —avaló con ternura.

Bromeamos, reímos y por un momento olvidamos todo lo que nos rodeaba, volviendo a ser los chiquillos de antes. Cuando dieron las diez yo ya me había dado un baño y estaba en pijama. Él se acercó a mí y tomó una de mis manos.

—Saldré, regreso más tarde, ¿sí? —Mi felicidad disminuyó hasta casi desaparecer. Agitó mi barbilla—. Duerme, Colibrí, estaré aquí antes de lo que piensas —prometió. Bajé la vista asintiendo desganada. Lo escuché soltar un suspiro cargado de frustración—. Estoy orgulloso de ti, de tu fuerza... Eres asombrosa

—expresó serio. Lo miré sin entender. Acarició mi rostro con cuidado—. Desde que te traje no has hecho más que intentar ver el lado positivo de lo que pasa, pese a tener el cuerpo... lastimado —murmuró.

Me encogí de hombros, perdida en sus pozos almendra.

—Si estamos juntos, no me hundiré, ¿lo recuerdas?

Confirmó con ternura. Tomó una de mis manos y la besó.

—Descansa, no tardaré —y lo vi salir de ahí.

No me gustaba nada, me hacía sentir nerviosa, ansiosa, preocupada, debía lograr que lo dejara, que no continuara, pero para eso necesitaba yo ganar más dinero. Suspirando me recosté. Algo se me ocurriría.

Por la mañana me acompañó hasta la puerta de la escuela.

—Ten cuidado con tu espalda... —me recordó bajito, cerca de mí. Asentí de nuevo con la respiración entorpecida. Pasó el dorso de su mano por mi mejilla, sin soltar mis ojos—. Hoy te ves particularmente linda —dijo suavemente.

Pestañeeé como una boba, ruborizándome. No supe qué decir. Llevaba puesto aquel pantalón que acababa de adquirir, que era de mi talla, y ese suéter encima, solo que el cabello por algún motivo decidí que no lo sujetaría, no desde que nos fuimos de ese lugar. Sonrió torciendo la boca, negando.

Besó mi frente y se alejó alzando una mano. Hice lo mismo.

—Te veo al rato —y se fue.

Al cruzar la entrada me topé con Carlo, que me estudiaba de forma extraña.

—Hola... —lo saludé aún con ese raro calor corriendo por mi cuerpo.

—Pensé que te habías puesto mal, después del lunes —parecía molesto.

—No, bueno, tuve unos problemas, pero...

—Dijiste que no tenías novio —soltó antes de llegar al salón.

Giré enarcando una ceja.

—Y no tengo —le recordé con simpleza.

—Ese chico, el de la otra vez, ahorita lo parecía.

Resoplé observándolo. Él lucía tan niño a su lado, infantil.

—Él es Yerik, no es mi novio —zanjé.

Entré a clases. Carlo me siguió por las bancas y Olga ya estaba ahí.

—¿Qué te pasó? Creímos que...

Le sonreí negando.

—Estoy bien, lo prometo. —Me senté con cuidado de no recargar la espalda demasiado, mis heridas no se notaban gracias a la ropa y, si ponía atención, nadie se percataría de mi estado.

—Pues lo parecen —masculló Carlo a mi lado, sentado.

—Eres solo mi amigo, ¿te acuerdas? —contrataqué.

Su semblante cambió. Se rascó la nuca asintiendo con pesar.

—Lo siento —se disculpó. Saqué mi cuaderno, ya sin verlo—. Me gusta tu cabello... se ve bien suelto —habló unos segundos después. Seguía coqueteando.

—Gracias... ¿Me podrías pasar los apuntes de ayer? —cambié el tema.

Sonrió al notar que no estaba enojada.

En el receso ambos me acorralaron con miles de preguntas. Las esquivé. No les tenía la confianza como para contarles todo lo que ocurría y menos para que me mirasen con lástima por lo sucedido aquella noche, ya tenía bastante con que, al parecer, la mitad de la escuela supiera lo que pasó con Sandra hacía una semana.

—Es guapo —señaló Olga tomando un gran trago de su bote con agua.

Enarqué una ceja mientras le daba una mordida a mi emparedado. Carlo estaba ahí, comiendo como si nunca lo hubiera hecho.

—¿Quién? —la cuestioné al ver su gesto soñador.

—Ese chico que dices que no es tu novio, ya lo he visto varias veces, pero...

—¿Yerik? —pregunté sintiendo ácido entrar por mis venas, una posesividad fiera me atacó y de pronto quise darle un empujón.

Me contuve.

Odiaba, desde siempre, que cualquier mujer hablara de él, pero en ese momento hubo algo más, aunque no logré identificarlo.

—¿Así se llama? Es un nombre diferente, me gusta... ¿Cuántos años tiene? —curioseó.

Apreté la quijada, no quería seguir escuchándola. Desvié la vista.

—Diecisiete —mascullé irritada.

—Se ve mayor. ¿Podrías presentármelo? —preguntó con interés. La encaré arrugando la frente.

Carlo se irguió, atento.

—Si no son novios, podrías hacerlo —intervino con tono retador.

—Ella tiene boca, que ella lo haga —zanjé sintiéndome llena de rabia. No quería seguir ahí—. Iré a ponerme al corriente con lo de ayer, nos vemos al rato.

Olga entornó los ojos, sonriendo al tiempo que asentía, mientras Carlo se rascaba la nuca, negando.

El resto del día no les hice mucho caso: mi cabeza era una olla de presión. No tenía idea de por qué me molestaba tanto, pero la realidad es que el enojo no se pasó y no soportaba la sola idea de verlo conversar con ella, sonriendo, mostrándose.

Al terminar las clases, casi corrí hasta la salida. Lo busqué con la mirada, pero no estaba. Una mano en mi cintura hizo que me girara, dolió un poco y, además, sabía que no era él. Carlo sonrió avergonzado.

—No quiero que lo avanzado retroceda —murmuró. Lo estudié durante unos segundos sin saber qué decir—. Le conté a

mi madre de ti, dice que te invite a comer al restaurante, ya sabe que entre semana no puedes, pero quizá el sábado...

—¿Tú mamá? —Eso me desconcertó.

Tenía las manos dentro de los bolsillos de los *jeans*, mostrándome los dientes. No, no era mi tipo por muy guapo que estuviera.

—Te caerá bien, le conté lo que pasó en los baños. Quiere conocerte.

No supe qué decir.

—¿Qué pasó en los baños, Colibrí?

Su voz gruesa y sus dedos enredándose en los míos con esa familiaridad que adoraba me hicieron girar. Él estaba ahí, a mi lado, serio, escrutando de arriba abajo a Carlo. Pasé saliva. Ambos se observaban de forma desafiante, como midiendo su poder, aunque definitivamente Yek le llevaba toda la ventaja en eso.

—Yo... luego te cuento. Yerik, él es Carlo.

Lo saludó con un gesto de cabeza. Carlo hizo lo mismo observando nuestras manos. La situación era por demás tensa.

—Hola, Pajarita.

Al escuchar a Clemente, volteé sonriendo.

De inmediato me alejé y le di un abrazo que él respondió tomándome por ambos lados de la cabeza y dándome un beso en la frente.

—¿Cómo estás?, ¿cómo están todos? —quise saber.

Despeinó mi cabello y le mostré el dedo medio. No creí jamás decir esto, porque era un chico que, si no estaba molestando, tenía una palabra aguda que aventar, pero lo había extrañado mucho esos días.

—Nos vemos luego, Zinnia —escuché a Carlo por detrás.

No podía dejar que se fuera así, a pesar de saber que no podía darle nada salvo mi amistad. Me acerqué a él, ignorando las miradas de los otros dos.

—Carlo, me encantaría un día conocer a tu familia, pero... debes entender que no pasará nada entre nosotros, yo...

—No te preocupes, lo entiendo mejor que tú, al parecer... ¿Amigos? —propuso.

Asentí sonriendo con cierta culpa. Me dio la mano, yo tomé la suya.

—Gracias.

Era un buen chico y odiaba saber que lo lastimaba.

—Los sentimientos son responsabilidad de cada uno, así que tranquila —y se alejó.

—¿Ya me dirás qué pasó en los baños? —me cuestionó Yek.

Ambos ya estaban a mi lado fingiendo que no había hablado con nadie. Les conté, sin ahondar mucho, lo ocurrido.

—¿Cuándo fue eso? —indagó serio, apretando los labios.

Estaba furioso, lo conocía bien. Además de dolido, se veía impotente.

—El viernes —musité.

Clemente cerró los ojos.

—¡Mierda, Zinnia, esos días estuvieron del carajo, peor de lo que pensamos! —apuntó mi amigo, afligido.

Me encogí de hombros restándole importancia.

—Pero ya fue. Mejor dime cómo están —quise saber.

Yek se ubicó a mi lado, ya no habló más, solo nos escuchaba interactuar, tenso. Cuando llegó la hora de marcharme me acompañaron a la parada del autobús.

Mi trabajo con Lolita fue entretenido, estuvo lleno de charlas, risas y un poco de música de su época. Era agradable estar ahí. La mujer se mostró asombrada cuando me vio en acción, parecía entusiasmada.

Por la noche, Yek llegó, lucía cansado, dormía poco, y no paraba en todo el día. Yo iba saliendo cuando abrió la reja. Su rostro se iluminó. Le sonreí complacida.

—¿Qué tal tu primer día? —quiso saber alegre besando mi cabeza, yo lo abracé en respuesta, pegando mi oreja a esos latidos que tan bien conocía. Durante la cena le relaté todos los detalles, él los escuchó atento. Adoraba esa nueva atmósfera de paz que nos rodeaba, sin presiones, sin miedo, sin sentirnos alerta todo el tiempo; solo él y yo, nuestro espacio, nuestras palabras, nuestra conexión—. Lamento mucho lo que ocurrió esos días, todo —apuntó arrepentido.

Bajé la vista al escucharlo, jugando con mi cuchara, a mediodía había preparado una sopa, así que eso cenamos.

—Tú crees que no conozco lo que es el mundo, Yek. —Lo encaré—. Sí que lo sé.

Pasó una mano sobre la superficie de plástico y buscó mis dedos. Se los di.

—¿Carlo qué tiene que ver en todo eso? —preguntó con suspicacia. Le narré lo ocurrido esos días. Su gesto no parecía poder moverse, lucía irritado—. Quieres decir que te ha tratado con respeto, que... te ha defendido, cuidado —dedujo con los ojos entornados. Asentí sin soltar su mirada—. ¿Y estás segura de que no sientes nada por él? —Su voz sonaba ácida.

—Estoy muy segura, no me gusta —declaré con firmeza.

—¿Cómo lo sabes? —me cuestionó.

Enarqué una ceja, divertida.

—Porque no... porque esas cosas se sienten o no —declaré. Abrió los ojos, intrigado.

—¿Y eso cómo lo sabes, Colibrí? —insistió.

Rodé los ojos, intentado zafarme de su agarre. Lo impidió aferrándome un poco más fuerte.

—Te estás burlando de mí —lo acusé.

—No, sabes que no, pero me intriga saber a qué te refieres con que «se siente» si nunca lo has experimentado —me recordó con suspicacia.

Mis mejillas se tornaron escarlata. Logré zafarme de su agarre y me incorporé.

—¿Y tú qué sabes? —agarré unos platos para lavarlos.

Se levantó de pronto y me tomó por la muñeca para que girara.

—¿Sientes algo por alguien? —quiso saber con sus ojos avellana clavados en los míos.

—¿Y tú? ¿Sientes algo por alguien? —quise saber recordando la mirada tonta de Olga al solo evocarlo.

—Sí... —admitió decidido.



## Capítulo II

¿Sí?

Quedé helada, mi respiración perdió el ritmo y de pronto mi corazón bajó rápidamente sus pulsaciones. Unas náuseas horribles se instalaron en mi garganta. Desvié mi atención, pestañeando con incredulidad, desconcertada por mis reacciones. Tomé otro plato y salí de ahí antes de que me ahogara. Minutos después apareció a mi lado, con otros trastes.

—No te pongas así —me pidió bajito—. Yo...

—Cambemos de tema, ¿bien? —ordené sin permitir réplica. Resopló asintiendo con desgano, notoriamente cansado. No quería que me hablara de ella, de esa chica que lo hacía sentir «algo», no en ese momento, no... nunca. E inmersa en esas horribles sensaciones no me detuve a pensar las razones, solo lo que sentía, estaba frente a mí y no logré ir más allá—. ¿Me podrías ayudar en álgebra? —le pedí con fingida frescura, nerviosa.

Asintió dejando salir un suspiro.

Mi mente era una maraña enrevesada, complicada, tantas cosas, tantos momentos, pero, sobre todo, miedo; miedo a lo evidente, a eso que estaba burlándose de mí y que en aquel instante no conseguía interpretar.



La semana pasó así: envuelta en una extraña tranquilidad, con una rutina que parecía no ser nueva, al contrario, todo se daba tan natural. Carlo entendió la línea entre ambos, así que no la pasaba. Y Olga, bueno, ella comenzaba a espiar a Yerik cuando era la hora de irnos, cosa que no me hacía ni tantita gracia, pero que fingí no ver.

Mi trabajo era ameno, las horas pasaban rápidas. En medio de conversaciones geniales con aquella agradable mujer que no paraba de hablar. Siempre a las seis llegaba con dos tazas de café y unas galletas; lo tomábamos para descansar y luego ella hacía otras cosas de su casa al tiempo que yo seguía trabajando.

El viernes me dio mi primer pago. Su sonrisa era ancha.

—Lo que haces en un día, yo lo hago ya en tres. Además las clientas quedaron felices... —explicó.

Me sentí orgullosa al ver el dinero en mi mano.

Cuando Yek llegó, se cambió de inmediato. Tenía que irse. Lo observé desde la cama, con el ceño recto.

—¿A dónde vas? —quise saber.

Ya entraba al baño. No se detuvo.

—A trabajar, me pidieron que hoy fuera más temprano —informó y salió con el cabello húmedo, secándose el rostro.

Asentí colocando mi atención en otra cosa.

—Antes no sucedía —le recordé con frialdad.

—Antes vivíamos allá, ahora puedo ser el dueño de mi tiempo... —declaró a la pasada, en tono distraído.

Lo cierto es que no me gustaron sus palabras.

—Bien —dije abriendo mi mochila para sacar mis apuntes.

Me tomó por la cadera para que girara. Su rostro lucía agobiado, pero a la vez divertido.

—No te enojés, ya no iré los domingos ni los lunes como me pediste, quizá los martes tampoco, pero hay cosas que pagar —intentó convencerme.

Saqué del pantalón el dinero que recién había recibido y se lo di haciéndolo a un lado. Lo observó como si no entendiera qué era.

—Es el pago de mi semana.

—¿Y por qué me lo das? —quiso saber desconcertado.

—Porque no viviré aquí gratis —zanjé.

Lo dejó sobre la mesa, negando.

—No lo necesitamos ahorita, cómprate lo que te haga falta, quizá más ropa, tienes muy poca —propuso conciliador.

Estudié mi atuendo; ambos teníamos escasa variedad. Me crucé de brazos, más enojada aún.

—No me mantendrás, yo me ocuparé de la comida —aseguré.

Se pasó las manos por la cabellera.

—Colibrí, debo irme, mañana lo hablamos, ¿sí?

Me encogí de hombros pasando a su lado. Me tomó por el brazo, parecía no entenderme.

—¿Cómo en menos de cinco minutos logré ponerte furiosa? —quiso saber dolido. Me zafé ignorándolo—. ¡Agh, Zinnia! Sabes que si no lo arreglamos ahorita harás de mi noche un infierno.

Lo decía en serio.

—No quiero que te sigas arriesgando, no me gusta lo que haces —repetí.

Tomó mi rostro entre sus manos, agachándose para quedar a mi altura.

—Creí que ya lo habíamos hablado... Es por un tiempo más, entiende que si sucede una emergencia, que si enfermas, que si algo pasa, no tendremos para enfrentarlo. Debemos estar preparados para lo que sea... El dinero que gano de eso lo uso para nosotros, pero... también para los chicos de la casa, no puedo desprotegerlos —murmuró ansioso.

Abrí los ojos azorada.

—¿Das dinero? ¿Aún?

Asintió preocupado.

—Ahora que nos fuimos, Los Cuervos le exigen a Clemente una cuota aún más alta para no lastimarlos. No me perdonaría saber que pude evitarlo... Comprende, Zinn, todo es tiempo, aguarda, te lo suplico —rogó.

Mis ojos se empañaron al enterarme de aquello, dolió conocer la realidad. Lo abracé conmovida y consternada.

—Eres demasiado, Yek —sollocé.

Negó rodeándome con fuerza.

—No lo soy, créeme y no me enorgullece esto, pero por ahora es así —me dio un beso en la mejilla y se alejó. Ya se iba, pero regresó—. Solo regálame una sonrisa, anda —me pidió en tono juguetero, pero no bromeaba, realmente la necesitaba.

Hice mi mejor intento. Me guiñó un ojo y se fue.

La mañana del sábado él aún dormía cuando salí de ahí. Había llegado casi al amanecer. Gimió al sentir que me levantaba, pero no abrió los ojos. Le dejé una nota sobre la mesa para que no se preocupara.

Compré en el mercado lo que necesitaríamos para la semana. Además, encontré al pasar un sitio donde vendían tela, ideé que a lo mejor podía hacer unos suéteres más abrigadores con algo no tan costoso a los chicos. Aparté dinero para el transporte, y para algún pequeño imprevisto. Me quedaba poco, busqué lo más económico, hilo y agujas. Llegué a casa emocionada. Yek se encontraba en el baño, el lugar estaba aseado y todo en su sitio. Sonreí acomodando las compras. Dejé el lienzo sobre la cama observándolo entusiasmada. Bajé con Lolita, que me recibió con aquella sonrisa dulce. Le conté mis planes, me dijo que en un par de horas fuera y me ayudaría.

Al abrir la puerta lo primero que vi fue a Yek: estudiaba la tela, con el ceño fruncido.

—¡Hola! —dije.

Me sonrió intrigado.

—¿Y esto? —señaló lo que había dejado ahí. De inmediato le conté mi plan. Me escuchó atento, sentado a un lado de la tela—. Muéstrame lo que te quedó —ordenó.

Lo ignoré tomando las cosas, emocionada.

—Espero que sea suficiente... —musité contemplando mi adquisición.

—Muéstrame cuánto te quedó —insistió.

Rodé los ojos y le di lo que tenía en el bolsillo.

—Con eso me las arreglaré en la semana —dije tomando una manzana, me miró pensativo.

—Ya vi que compraste comida —comentó.

Asentí dándole una gran mordida para luego dársela a él para ver si quería: la tomó sin soltar mis ojos y la mordió también.

—Te dije que me haría cargo de eso —le recordé.

Me regresó la fruta al tiempo que se levantaba. Abrió el ropero, sacó uno de los cajones y luego me indicó que me acercara.

—¿Ves esa madera? —preguntó. Negué fijándome bien. Introdujo su mano y movió una lámina del mismo material, detrás había dos sobres. Los sacó. Uno lo reconocí, el otro era más nuevo—. Ese es el dinero que tenemos, si lo necesitas, úsalo —expresó. Abrí los ojos de par en par cuando me los tendió. Con las manos negué, retrocediendo. Sonrió torciendo los labios. Guardó el que aquella mujer le había dado años atrás y el otro lo abrió frente a mí. No era mucho, pero nos sacaría de apuros.

—Es tuyo —afirmé.

Arrugó la frente.

—Creí que estábamos juntos en esto.

—Y lo estamos, pero...

—Yo como lo que trajiste, tú debes saber que lo que necesites puedes agarrarlo. No debes consultarme, ¿bien?

—No podría, Yek.

Se acercó a mí y tomó mi barbilla.

—Hazlo, todo lo que hago es por ti... —declaró. Sin que pudiera decir nada, agarró un par de billetes y los metió en el bolsillo de mi cadera—. Dejaré más en ese cajón —y me mostró su buró—, el resto lo guardaré ahí. ¿OK? —Asentí con la boca seca—. Debo irme a la abarrotera, pero ya vi que no tendrás problemas para distraerte —apuntó satisfecho, sonriendo, negando. Su olor, sus palabras me tenían atontada. Besó mi frente—. Y la próxima semana me gustaría que fuéramos juntos a comprar lo que se necesite, así no cargas todo... Prometo levantarme temprano.

—Sí, me gustaría... —logré decir con las palmas sudorosas.

Por la noche cenamos juntos, riendo. Quedó asombrado por mi trabajo; había logrado hacer dos suéteres sencillos, uno para Cami, otro para Mateo. Aún me faltaban los de Sol, Manuel, Lucio y Lina, aunque ya sabía que habían ingresado otros más pequeños. Eso lo lamentaba, pero Yek me había dicho que la situación estaba tranquila, al igual que Clemente. Rogaba por que no me estuviesen mintiendo.

La mañana siguiente nos despertamos al mismo tiempo. Se duchó deprisa y me presionó para que yo lo hiciera también. Cuando me vio lista, me tomó de la mano y salimos de ahí. Por mucho que le pregunté a dónde me llevaba, no soltó palabra. Al llegar a ese parque me detuve. Cami fue la primera que apareció, y corrió hasta mí gritando mi nombre. Clemente estaba ahí, con ellos. Lloré al verlos, poder abrazarlos y corroborar que estaban bien.

Pasamos ese día en los juegos de aquel lugar. Todos divirtiéndonos, incluso los responsables del encuentro. Cuando fue hora de que se marcharan, intenté mostrarme fuerte. Sol fue la que con más fuerza me abrazó, muy raro en ella. Le prometí que la siguiente vez que nos encontráramos les llevaría algo, ilusionados se alejaron.

Cuando ya no los vi me giré y comencé a llorar con el dolor contenido. Yo lo tenía a él, pero ¿y ellos?, ¿podríamos sacarlos de ahí? Yerik me abrazó durante un buen rato, frotando mi espalda, ya casi restablecida, una y otra vez.

—Te dije que estaban bien. Dentro de poco cumplo la mayoría, tú un poco después, ya queda menos. Denunciaremos, algo haremos, ¿sí? —Buscaba que me tranquilizara.

Asentí sobre su pecho, importándome poco humedecer su sudadera, aferrada a su cintura. Ya sin lágrimas en mis ojos, me di cuenta de que no quería alejarme, que me sentía demasiado bien ahí... tan cerca de su pecho, sintiendo su pulso, inundando mis sentidos de su olor. Algo estaba cambiando, y no estaba segura de que fuese él, ya no.



El viernes, al salir de clases, sonreí al verle, como siempre. Casi dos semanas de aquel evento y no podía creer que las cosas fueran tan bien, incluso me asustaba, si era sincera. Cuando iba a llegar hasta él, unos brazos delgados se enroscaron en su cuello y de pronto un rostro femenino apareció sobre su hombro. Me detuve de forma abrupta, como si hubiese chocado con un muro. Pestañeeé desconcertada. Ese ácido que todo lo quema apareció llegando hasta mi garganta. Yek se giró hacia ella, tomando sus brazos para que lo soltara. La saludó con un beso en la mejilla. Enseguida volteó en mi dirección.

Apreté los puños sintiendo que mi respiración se aceleraba como si hubiese corrido varios kilómetros. La chica, insistente, tomó su barbilla e hizo que la mirara. Clemente observó lo ocurrido, pero no pudo prestarme mucha atención porque otra mujer, igual de provocativa que la primera, le coqueteaba abiertamente. No eran solo ellas, eran varias más, ahí, rodeándolos y no solo a ellos dos, sino a los demás también.

—¡Ey! Esas chicas están como quieren, ¿de dónde salieron? Era Carlo, a mi lado. Lo miré furiosa.

—¿Por qué no vas y lo averiguas? —rugí reactivando la marcha. ¡Estúpido! Mi desgarmo, la ropa desgastada, mi falta de maquillaje, mi cabello sin ningún arreglo; de pronto me hizo sentir peor. Ellas lucían tan atractivas, femeninas y yo...

—Colibrí —me llamó Yerik cuando pasé a su lado.

Me detuve aferrando mi mochila.

—Yerik, vamos, no seas aguafiestas —le rogó la trigueña, con ojos dormilones.

No tenía ni idea de en dónde, pero quería rasguñarla hasta que esa ira que corroía mi ser desapareciera.

—Ve, nos vemos después —lo alenté fingiendo indiferencia cuando por dentro lo que en realidad quería era gritar.

Me tomó de la mano buscando mi atención. La chica lo siguió, evaluándome con interés, pero a la vez burlándose por mi aspecto. Apreté la quijada.

—No, espera. ¿Qué tienes?... Aún no debes irte —habló Yek, nervioso.

La intrusa se puso de puntillas colgándose de su hombro, parecía una maldita garrapata. Yerik se hizo a un lado. Ella se encogió de hombros, divertida.

—Te espero acá... —murmuró seductora.

Bufé rodando los ojos.

—Colibrí... Yo... Ella es amiga de Clemente y... —intentaba explicarme. Me encogí de hombros recordando sus palabras hacía unos días, quizá era la chica de la que hablaba. La estudié por un momento; era desenvuelta, de lindo cuerpo, aunque demasiado escandalosa. ¿En qué mundo yo podría ser así? Quizá si mis circunstancias hubieran sido diferentes, si nada me preocupara tanto como divertirme, o pasarla bien pues mi vida de alguna manera estaba resuelta y tenía el tiempo para revelarme, quejarme—. En serio —declaró.

Lo observé seria, con atención. Parecía ansioso, preocupado.

—Diviértete, después de todo ahora no le tenemos que dar cuentas a nadie y... eres libre de hacer lo que te plazca —argumenté hirviendo de rabia.

Deseaba herirlo de alguna manera, por eso dije aquella estupidez. Arrugó la frente, confundido.

—¿No estás enojada? —me cuestionó con un dejo de desesperación, de... ¿desilusión? Alcé la barbilla negando, yo solo podía ver en mi mente a esa tipa abrazada a él, pegada a él, tocándolo a él.

—No tengo motivos, vivimos juntos, pero... ya sabes... cada quien su vida —y me giré. Mi pecho pesaba como nunca, ardía en realidad.

¿Qué carajos estaba pasando? Lo escuché resoplar.

—Cada quien su vida —repetió con desgano.

Alcé la mano alejándome.

—Nos vemos luego —y para mi suerte el autobús había llegado.

Me subí sin dudarlo, él no se movió de ahí hasta que arrancó. Cuando dejé de verlo permití que las lágrimas salieran. ¿Qué pasaba conmigo?

Llegué a ese sitio que compartíamos con la nariz roja, y los ojos arenosos de tanto llorar. Comí sin muchas ganas, a las cuatro bajé. Lolita me preguntó de inmediato qué me ocurría. No me atreví a contarle. Se sentó a mi lado, tomó mi mano con cariño y la acarició como una madre lo haría. La miré fijamente.

—Cuéntame de tu vida, llevas aquí casi dos semanas y no logro, por mucho que hable, que salga algo de tus labios... Sé que escondes cosas, que... no la has pasado bien —susurró. Agaché el rostro, dudando. No quería que se molestara si conocía la realidad. Acarició mi barbilla para que la viera—. Cuando estés lista, puedes confiar en mí, prometo que no le diré a nadie, solo quiero ayudarte. En estos días me has devuelto mucho de lo que

creí haber perdido... —Salió un momento y regresó con varias telas de algodón, sencillas, de colores vivos—. Hoy haremos unas blusas, anda, ponte de pie, debo medirte —ordenó. Pestañeé confusa—. Haz lo que te digo, anda.

Obedecí. Después de anotarlo en su libreta comenzamos a trabajar. Yo ya había terminado los suéteres de los chicos pese a la carga de trabajo que asombrosamente subió esa semana.

Por la noche, al acabar, tres de ellas me las dio.

—Ve al baño y pruébatelas, anda.

—¿Por qué? No está bien —señalé.

No me pertenecían, no podía hacerlo. Torció la boca, seria.

—Zinnia, ahora —ordenó.

Hice lo que me pedía; me quedaban perfectas, los colores realzaban mi cabello negro y mi piel blanca, además se adherían de manera coqueta a mi delgada figura. Salí y se las di.

—Quedaron muy bien.

—¿Son de tu talla? ¿Las telas te gustaron? —quiso saber. Asentí recogiendo el material—. Perfecto, son tuyas —soltó así, como si nada.

Me erguí con los ojos bien abiertos.

—¿Mías? —repetí incrédula.

Confirmó sacando un dinero del bolso de su mandil, me lo dio.

—Es el pago de la semana, te di unos centavos más porque fue mucho trabajo y lo mereces.

—No puedo aceptar las blusas, se las pago —ofrecí apenada.

Cerró mis dedos al ver que le acercaba los billetes.

—Esos suéteres no eran para ti, niña. Desconozco tu situación y la del otro chico, pero... quiero ayudarlos. No es mucho, pero te enseñaré un oficio y te ayudaré a confeccionarte tu ropa. Llevas esas blusas tan grandes; eres hermosa, estás en la edad de florecer, sé que te verás linda con ellas... Así que... anda, ve a descansar y la próxima vez haremos alguna falda, o un vestido, ¿quieres? —propuso.

Acepté sin palabras.

—Gracias.

—En la vida siempre hay dos caras de la moneda, creo que tú solo has conocido una, pero estamos los del otro lado... —y me guiñó un ojo.

Ya en la habitación, me senté sobre el colchón observando la puerta. Eran más de las ocho y no llegaba. Una ira ardiente comenzó a recorrer mis brazos, luego mis hombros hasta llegar a mi cabeza e instalarse en mi corazón.

Cerré los puños de solo imaginarlo con esa chica, abrazados, riendo, besándola... Yo no era como ellas, pero estaba harta de ser siempre la *linda Zinnia*, la que se porta bien, la que no se atreve. Me puse una de esas blusas que Lolita me había dado, de color rosa, entallada. Me miré en el espejo por un momento, no tenía mucho que hacer con mi aspecto, pero me importaba un cuerno, no me quedaría ahí a esperar.

Cuando me bajé del autobús ya eran más de las nueve de la noche. Con las manos dentro de los bolsos de mi suéter, caminé hasta la casa de ese chico que conocía desde hacía mucho tiempo. No tenía idea de si estaría a esa hora, pero debía intentarlo, daría con él.

Toqué un par de veces. Abrió agitado, colocándose una cazadora; su cabello oscuro sujeto en una coleta, más su altura, lo hacían ver intimidante, pero lo conocía bien y en mí no provocaba temor. Abrió los ojos de par en par, parecía que esperaba a alguien más.

—¿Qué haces aquí, Zinnia? —preguntó desconcertado.

Me crucé de brazos.

—Llévame al lugar donde trabaja Yerik —ordené.

Arrugó la frente negando sin dejar de sujetar la puerta.

—Claro que no, me mata —aseguró.

Di un paso más, rabiosa. Debía dejar de protegerme, no era una niña, algo en mí estaba más activo que nunca, cargado de una osadía desconocida.

—O me llevas tú, o iré con todos los chicos y te aseguro que uno lo hará, y cuando lo haga, le diré a Yerik que tú no me quisiste ayudar... ¿Eso suena arriesgado? —lo desafié.

Contrajo la quijada, molesto, confuso también pues no entendía mi actitud.

—Jamás te dejarían entrar, olvídalo, además, si te llevo ahí, igual me descuartiza. Mejor regresa a tu casa, ahí estás segura —determinó haciéndome girar. Tomó mis hombros y avanzó.

Me zafé rabiosa.

—¡Llévame! Lo que suceda ahí no es tu problema, solo llévame, no diré que lo hiciste —grité.

Se frotó el rostro una y otra vez, mirando a cada lado de la calle.

—¡Ay! ¿Por qué son tan estúpidos? —Escuché una voz femenina, era la hermana de Lilo, dos años mayor, y con la cual nunca había hablado, aunque la conocía. Se encontraba de pie con los brazos cruzados en el umbral—. Anda, Zinnia, ven, te arreglaré y te dejarán entrar sin problemas, irás conmigo —afirmó.

Lilo negó furioso.

—¡Es una niña!, además, Yerik... ya lo conoces, me matará —graznó.

La pelinegra rio con burla.

—Ni es una niña ni te matará. Zinnia tiene todo el derecho de divertirse, de conocer gente nueva, por Dios, la protege demasiado, ¿no te parece? —reviró.

Su hermano se llevó las manos a la cabeza.

—¡No la protege, la cuida! No tienes una jodida idea de lo que han vivido. Lucero, escucha, ese antro no es un sitio para ella, mírala, parecerán buitres —expresó desesperado.

La joven me tendió la mano, sonriendo con picardía.

—La veo, siempre la he visto. Ya es hora de que se divierta un poco, no le hace mal a nadie... Yo me haré cargo. Si Yerik enfurece, dile que soy la responsable —le guiñó un ojo, tomó mi muñeca y me adentró en su casa.

Los padres de ambos trabajaban todo el día. El lugar era pequeño, viejo y algo deteriorado, pero definitivamente un sitio donde vivía una familia. Ninguno de los dos tenía la mejor fama en el barrio, pero ahí eso era difícil, sobrevivir era lo vital. Me llevó hasta el fondo, a su pequeña habitación. A pesar de la precaria situación, todo era femenino, como ella, y estaba lleno de detalles que dejaban ver su personalidad extrovertida.

Me sentó sobre su cama, me examinó un segundo y luego giró hacia su clóset.

—Sé que sabes cuidarte, así que recuerda que quien se quiera proparar, no lo dudes, defiéndete. ¿Bien? —me instruyó.

Asentí con los ojos bien abiertos. Mi resolución no había bajado ni un ápice, aunque me sentía nerviosa.

Casi una hora después salimos de su recámara. Lilo daba vueltas en la pequeña sala, otro chico más estaba ahí. Alcé la mano al reconocerlo. Ambos pestañearon atónitos.

Lucero soltó la carcajada.

—Sí, creo que me matará —vaticinó sin vergüenza Lilo.

Mi cabello lo alisó, me maquilló tan solo un poco, pero lo suficiente para que me sintiera extraña, logrando algo increíble con mis ojos que se veían más grises de lo normal. Me prestó unos pantalones negros brillosos que me quedaban bien entallados, al parecer aún no los estrenaba porque dijo algo sobre bajar de peso, junto con una blusa clara que dejaba mis hombros descubiertos; los zapatos fueron un ligero detalle, ella era un tanto más bajita que yo, por lo tanto nuestra medida de pie difería. Sin embargo, salió unos minutos de ahí sin decirme nada y al regresar ya tenía unos zapatos de mi talla y continuó arreglándome.

—¡Mierda, Zinnia! Yo no te llevaré, no lo haré —zanjó su hermano, haciendo un gran aspaviento con las manos.

El otro chico se colocó a su lado, observándome admirado, con las cejas arriba.

—Se ve asombrosa, la verdad —señaló.

Me sentía extraña, pero a la vez bien, me gustaba, me hacía sentir... mujer, diferente, atractiva.

—Ya te dije que yo me hacía cargo. Conozco al de la entrada, no habrá problemas —garantizó la chica.

Lilo rugió molesto.

—¡Lucero! ¡Carajo! —buscó hacerla cambiar de opinión.

Ella lo ignoró. Reí mirándolo con burla. Me había salido con la mía.

—Te dije que iría —lo desafié.

Entornó los ojos, agarró sus cosas, apresuró a su amigo y salió tras nosotras.

—Vamos, solo te advierto que te haré cien por ciento responsable —me amenazó con su dedo cerca de mi pecho.

Lo hice a un lado de un manotazo.

—Él hace lo que quiere, ¿por qué yo no? —contraataqué y me metí en la parte trasera del auto.

Lucero soltó la carcajada.

—Ya decía yo que no eras tan dulce —dijo mi cómplice, riendo. Le sonreí agradecida.



## Capítulo 12

Quince minutos después, se estacionaba el auto sobre una callejuela oscura, descuidada, donde los olores del asfalto y el drenaje se unían creando una atmósfera poco agraciada. No le di importancia, después de todo esa era mi realidad, lo común. Nos bajamos y los seguí mientras Lucero le daba empujones a Lilo. De inmediato me recordó a la manera en la que Yek y yo solíamos llevarnos, pero desde hacía un tiempo todo marchaba de otra forma, una que no lograba descifrar.

—Seguro ahí estarán Carmina y Luisa —declaró mi cómplice con tono ligero a su hermano menor—. Tú ve a hacer tus tonterías que yo la cuido.

Lilo me miró de reojo, negando.

—Se ve demasiado... bien —susurró como para que no lo escuchara, pero lo hice.

Sonreí satisfecha, aunque fungiendo demencia.

—No te recomiendo ir por esa dirección, ahí sí te llevan en trozos dentro de un costal a la casa. Lo conoces muy bien.

Un par de cuadras más adelante apareció un letrero luminoso y, por debajo, muchos chicos aglomerados deseando entrar a esa moderna estructura. La música retumbaba hasta donde nos hallábamos, era palpable la efervescencia de los adolescentes y jóvenes. Sonreí alegre. La adrenalina circulaba por mis venas de forma inquieta, repleta de antelación mezclada con intriga y temor.

—Tú haz lo que te digo: solo sígueme, no tendrás problemas, al contrario —me ordenó Lucero, afable, y nos sumergimos entre la gente.

Mis palmas sudaban, no podía creer que estuviera ahí. Nunca me había llamado la atención ir a *esos* lugares, tampoco es como que tuviese el permiso o tiempo de pensar en ello. Sin embargo, el ambiente me hacía sentir una extraña agitación que no permitía detenerme. Por otro lado, deseaba saber cuál sería la actitud de Yerik al verme así, ahí.

Cerré mis manos en puños al evocar la razón de mi presencia.

No podía alejar la imagen de mi mente de aquellos brazos enredados en su cuello, o el hecho de que no había llegado a casa hacía unas horas. En cuanto mis pensamientos viajaban en esa dirección, una marea embravecida me sometía, arrinconándome para no soltarme.

No entendía qué ocurría dentro de mí, pero quería que me viera, no solo como solía hacerlo, sino como los chicos las veían a ellas, de una forma diferente. Había una urgencia cruel de que sus ojos solo tuvieran pensamientos en mi dirección, que... no estuviera con nadie más salvo conmigo.

Sacudí la cabeza al darme cuenta de por dónde iban mis inexcusables divagues. ¿Acaso... yo...?

Lucero rodeó mi muñeca y me jaló hacia adentro de aquella enorme galera logrando, con ello, que mis pensamientos no llegaran a ningún sitio. Revisaron su bolso; yo solo llevaba dinero y mis llaves, así que pasé sin problemas pues sin saber por qué, no me habían solicitado sacar mi identificación: era menor, estar ahí era ilegal. La verdad me dio lo mismo e ingresé excitada, sonriendo.

El lugar era oscuro, con luces tenues. Mi vista se adaptó de inmediato; mesas por todos lados llenas de personas conversando, bailado, riendo. Observé todo sin perder detalle mientras ella me guiaba a no sé dónde.

Llegamos a una mesa donde se encontraban reunidas tres amigas suyas y un par de chicos. Lucero los saludó efusiva y me presentó con ellos. Sonreí correspondiendo. Sin pretenderlo mi cuerpo comenzó a moverse; la música entraba por mis poros de una manera enigmática, y se adueñaba de mis latidos, que se acompañaban a su sonido provocando una oleada de nuevas sensaciones, haciéndome sentir extrañamente vital. Era tan excitante. Sin embargo, no logré apartar mi objetivo de la mente. Busqué por unos minutos a Yerik y fue inútil; era como desear encontrar una aguja en un pajar. La frustración apareció en forma de mohín y nerviosismo.

Una de las amigas de Lucero me ofreció un vaso, eso me sacó de mi estado. Lo tomé asintiendo, intrigada. No tenía idea de qué contenía, pero ya estaba ahí, lo probaría. Lucero me guiñó un ojo mientras escudriñaba a su alrededor con atención, gritando y contoneándose con ritmo. Le di un trago sin fijarme demasiado; las luces, las personas, el ruido, todo me mantenía alerta, distraída, lo cierto es que el sabor no era agradable en lo absoluto, aun así, le di otro trago. Esa noche no me importaba nada, esa noche quería sentir que las cosas podían ser distintas, que yo podía dejarme fluir.

Mi cuerpo comenzó a moverse acoplándose a los sonidos de aquellas potentes bocinas que envolvían el lugar. Di más tragos mientras me dejaba llevar, riendo por algo que decían, observando todo con interés. Una mano en mi cintura me hizo girar. Asustada encaré al responsable de ese tacto que, pese a estar terminándose el segundo vaso y que mi cabeza comenzaba a dar vueltas, no reconocí ni me agradó. Sin alcanzar a poner las manos entre ambos, ese chico mayor que yo, me pegó a su cuerpo. Arrugué la frente irritada. Le di un empujón sin importarme nada. Lucero se acercó amenazante.

—Baila conmigo, preciosa, anda —insistió riendo tontamente.

Ya lucía un poco descompuesto. Negué retrocediendo. Su puro tacto me produjo repulsión. Sin más unos dedos que reconocería aún en medio de millones, se entrelazaron con los míos. Casi escupí el corazón por la garganta. Volteé de inmediato, sabía que era él.

Yerik observaba al responsable de mi malestar, sonriendo conciliador, pero con clara advertencia en su mirada oscura; su pupila se dilataba, su entrecejo se juntaba, su mandíbula se tensaba y algo en su iris decía mucho más de lo que unas simples palabras podrían llegar a expresar.

Pasé saliva con dificultad.

—Viene conmigo, así que busca otra por allá —soltó alerta, listo para recibir una respuesta negativa.

El interpelado pestañeó con decepción, estudiándolo. Alzó las manos y se alejó sin decir nada. Lucero rio sacudiendo la cabeza.

—Hola, Yerik, veo que tardaron en darte el reporte —se burló con coquetería.

De pronto estar ahí no lo sentía tan buena idea. De pronto, por alguna extraña razón, me sentía culpable. Bajé el rostro, hirviendo de vergüenza. Era extraño.

—¿Qué está tomando? —preguntó a mi cómplice, no logré encontrar nada raro en su voz.

—Tequila. Tranquilo, he estado vigilando.

Su dedo se posó bajo mi barbilla e hizo que lo mirara. Su ceño se suavizó, sus ojos parecían brillar pese a la oscuridad y lentamente las comisuras de sus labios se fueron levantando. Mi pecho se infló de una manera imposible, generando descargas que se sentían como pura electricidad.

—Te ves impresionante, Colibrí —afirmó contemplándome sin parpadear.

Mis piernas se sintieron como gelatina, mi piel húmeda. Esperaba que estuviera furioso, pero no, al contrario, lucía intrigado.

—Yo... quería... —No sabía qué decir.

Él sonrió al fin, apretando mi mano.

—¿Te está gustando eso que estás tomando? —investigó en tono ligero.

Presté atención a mi vaso, desorientada. Me encogí de hombros.

—No sabe bien, tampoco mal... Pero quiero... —y lo miré fijamente— saber lo que se siente. Necesitaba salir de ahí y... ser una chica de diecisiete años, no una anciana que parece una ermitaña —declaré justificando mi presencia ahí, porque por alguna razón necesitaba hacerlo ante él.

Alzó las cejas asintiendo.

—Bien, entonces adelante, solo que no me despegaré de ti. Haz lo que viniste a hacer, creo que es justo —avaló con franqueza.

Sonreí sin comprender su actitud.

—Creí que te enojarías —confesé.

Se separó un poco de mí, contemplándome desde arriba hasta abajo con deliberada parsimonia y paseando su mirada oscura por mis pies, luego mis piernas, mi cadera, la cintura.

Mis brazos hasta llegar a mi cuello, mi boca, mis ojos.

Jamás había hecho algo así. Me sentí más expuesta que nunca, pero, a la vez, eufórica, orgullosa, la única razón por la que estaba ahí era él; del único que deseaba sentir aquello, era de su ser, aunque no era consciente de ello, no del todo. Pese a eso, mis mejillas se sonrojaron, estaba segura pues las sentía arder como dos llamas sin control.

—Imposible, no viéndote así... En serio luces impresionante, Colibrí —aceptó. Sonreí con timidez y... alegría, satisfacción también. Me gustaba que me mirase de esa manera—. Ven, vamos a divertirnos, Zinn —y me arrastró entre la gente.

Llegamos a otra mesa donde se encontraban las mujercitas con las que los había visto por la tarde, Clemente, y otros más.

Una botella y varios refrescos descansaban ahí. Mi rostro hirvió de coraje al saberlas en ese lugar. Mi teoría no había fallado, había pasado las horas con ellas.

La chica que se le pegó como garrapata horas atrás, me fulminó con la mirada. No me intimidaba y le regresé el gesto con pedantería. Yerik tomó un vaso, lo sirvió con atención y me lo tendió, sereno.

Le di un trago y luego otro. Clemente me observaba intrigado, entre beso y beso de aquella otra que parecía sanguiuuela. ¿Eso hacían todas las noches? Lo extraño era que nunca él había olido a alcohol ni a un perfume femenino. Yerik no quitaba su atención de mí, de cada movimiento, de cada palabra que decía, deleitado. A los minutos acarició mi brazo, sonriendo, y me llevó a la pista.

—Anda, bailemos, Colibrí, quiero verte —me alentó con actitud jovial. Era extraño verlo de esa manera, aunque lucía alerta a la vez.

Me importó poco. Le saqué la lengua ya sintiéndome un poco aletargada, por lo mismo más osada. Perdida en sus ojos, comencé a moverme primero con un poco de timidez, luego, lentamente, me fui dejando llevar. Era agradable, me hacía sentir ajena a todo, lejos de las preocupaciones, o de las cosas que habían pasado en mi vida, de la soledad y el abandono.

La música se arremolinaba en mi mente, en mi torrente y mi cuerpo no oponía resistencia, no con casi tres tragos encima, no con el ambiente del lugar, no con él mirándome y moviéndose de esa forma tan masculina como lo hacía.



Abrí los ojos con dificultad. Mis párpados pesaban como dos losas, horrible. Me llevé una mano a la cabeza, gimiendo. La luz del exterior me hizo esconder el rostro en las almohadas. Nunca

me había sentido así, era espantoso. Mi aliento lo sentía espeso y la tráquea ardía. Era como estar bajo el agua, deseando salir.

—¿Qué tal te sientes?

Era la voz de Yek, se escuchaba fresco, incluso burlesco. Alcé mi rostro, me froté los párpados e intenté orientarme. Dios, la luz del exterior torturaba mi globo ocular. Él estaba ya duchado, comiendo algo en un tazón, riendo. Bufé al percibir el dolor en mi sien.

—Me duele la cabeza —me quejé con voz rasposa, enfocándolo.

Se encogió de hombros divertido. No entendía qué le hacía tanta gracia, así como tampoco lograba evocar todo lo de la noche anterior, no lo del final: porque no recuerdo cómo llegué a casa, o bueno, no del todo.

—Es una consecuencia —musitó con simpleza.

Me intenté erguir, aturdida.

—Es horrendo, Yerik, duele como el carajo —admití cerrando los ojos con fuerza.

—Sí, se llama resaca, así que... es parte de la diversión —murmuró. Su tono era extraño, lo miré arrugando la frente, pero leía, para variar, algo que estaba sobre la mesa.

—Esto no es divertido —dije, dejándome caer sobre las cobilas. De pronto me di cuenta de que llevaba puesta mi pijama. Me levanté como resorte y la observé con los ojos bien abiertos—. ¿Tú me cambiaste?

No despegó la vista de lo que hacía.

—Imposible que durmieras con eso que vomitaste, tuve que hacerlo —cuchicheó como si fuese cualquier cosa.

La sangre galopó tan fuerte por todo mi cuerpo que de inmediato la sentí atascada en mis mejillas. Dios.

—¿Vomitó? —Eso sí que no lo recordaba.

Asintió.

—Bastante, dejé tu ropa y la mía afuera —me informó. Su voz no daba señales de lo que en realidad pensaba.

—Lo... lamento —me disculpé afligida y agobiada porque me hubiese visto desnuda.

La verdad ya no sabía qué me ponía peor, pero supongo que la situación en general. Al fin me miró, sus ojos me estudiaban de una forma que no comprendí, que... me erizaba la piel.

—Colibrí, debo irme a trabajar. —Su tono era suave y... cauteloso.

Asentí enrollando mis brazos alrededor de mis rodillas. Salió un segundo y luego regresó. Tomó sus cosas, me dio un beso en la frente y se fue, así, nada más. Era extraño verlo actuar de esa forma, siempre tan protector, cuidando de mí, pero en esa ocasión parecía haber querido salir huyendo, tal cual.

Pasé la mañana dormida, me duché como a las doce, comí algo y salí a ver la ropa que había dejado ahí, en el lavadero. La tomé con cuidado, con las yemas del dedo índice y pulgar. ¡Puff!, el olor era asqueroso. Cerré mis ojos, ni modo, debía entregarla limpia y además no iba a permitir que Yerik lavara lo que yo había ensuciado.

Intenté, mientras hacía mi labor, poner en orden la secuencia de imágenes en mi cabeza, aunque había huecos. Recordaba que bailábamos, sonreí al pensar en esa parte de la noche. No me tocaba prácticamente, pero reía como pocas veces, así, abierto, genuinamente feliz. Nos movíamos alegres, bromeando, carcajeándonos sin parar. Después regresamos un poco más a la mesa y tomé sin detenerme dos vasos más. Clemente, molesto, me detuvo, pero Yerik negó con decisión.

—Yo me haré cargo, déjala.

Yo le mostré el dedo medio, empujando de nuevo toda la bebida a mi estómago. Ya no sabía rara, tampoco buena, pero tenía tanta sed que me importó poco.

—Se pondrá borracha —rugió rabioso.

Yerik se encogió de hombros.

—Debe probar, estamos aquí —le hizo ver con simpleza.

Eso lo tranquilizó y se alejó.

—Creí que montarías una escena porque no estoy en casa...  
—admití.

Le dio un trago a su botella con agua, negando.

—¿Te gustaría que montara una? —cuestionó.

Mis manos ya las sentía entumecidas y un cosquilleo extraño viajaba de ida y vuelta por todo mi organismo sin detenerse. Mi mente pensaba algo, pero mi cuerpo hacía otras cosas.

—Siempre me cuidas demasiado —murmuré haciendo un mohín.

Alzó sus cejas, intrigado.

—Sí te has visto esta noche, ¿verdad, Zinnia?

El uso de mi nombre completo logró que lo observara, desconcertada.

Había algo que no supe identificar. De pronto su mano viajó por mi cintura acercándose un poco, su toque no tenía nada que ver con lo que solía haber entre ambos, sus dedos se sentían distintos sobre mi cuerpo, la forma en la que me sujetaba. Mi saliva se tornó espesa, y respirar fue casi un triunfo.

—Quiero que vivas, no que te pongas en riesgo —habló en mi oreja.

Me alejé pestañeando como una boba y, de repente, unas pequeñas manos envolvieron su cuello. Giré rabiosa, mientras él se la quitaba de encima. Era la garrapata que parecía no tener intenciones de rendirse. Entorné los ojos, iracunda. Entrelacé nuestros dedos, tomé otro de los vasos y lo llevé de nuevo a la pista.

Después de eso... No recordaba mucho. Me esforcé, pero solo lograba evocar que bailábamos, que yo ya tropezaba y que él me sostenía, sereno, paciente. Hubo un momento en que incluso terminé muy cerca de su cuerpo, acurrucada en su pecho, envuelta en su abrazo, deliciosamente perdida en sus latidos, en su cálido ser. La sensación aún hormigueaba en mi piel, sentir su tórax tenso bajo mi anatomía, era delirante, ansiado.

Tendí la ropa un tanto abochornada por lo que mis recuerdos arrojaban. Mi cabeza dolía decididamente menos. Tomé uno de los libros que saqué de la biblioteca; lo debía leer para literatura, sin embargo, no logré concentrarme. Me había acercado más a él que nunca, me había sentido inigualablemente bien cuando me rodeó con sus brazos, cuando me miró de aquella manera.

La imagen de él manchado de lo que mi estómago había arrojado no me gustó, al contrario, me hizo sentir mal, muy mal, eso aunado al hecho de que tuvo que desnudarme. Me llevé las manos al rostro. Me había visto en ropa interior, él, Yerik, todo por mi terquedad de ir y hacer algo que jamás había llamado mi atención.

Lo pasé bien, no lo puedo negar, pero... odiaba no saber qué más había ocurrido.

Escuché los ruidos provenientes de unos pasos, era él, lo supe enseguida. La puerta se abrió. Eran poco más de las cinco. Mi corazón casi se salió por mi garganta, otra vez. Apareció en mi campo de visión de inmediato. Con timidez lo saludé.

—¿Qué tal la resaca? —quiso saber abandonando su mochila en el piso, acercándose para sentarse casi frente a mí.

Observé su rostro, su quijada cuadrada, con ángulos que no había notado antes, sus labios delineados, carnosos, su nariz recta, y sus ojos adornados por esas cejas que simplemente lo hacían lucir peligroso y... atractivo, demasiado. Bajé el rostro al percartarme por dónde iban mis pensamientos. Dios, esa no era yo, no respecto a él. Me sentí avergonzada.

—¿Estás bien? —preguntó con cautela.

Asentí poniéndome de pie, algo estaba ocurriendo en mí, algo dulce y violento a la vez, algo que no me dejaba estar a su alrededor como solía, algo que... me estaba quemando.

—Sí, supongo, el dolor de cabeza aún sigue... —admití bajito, ubicándome junto al ropero.

Arrugó la frente, torciendo los labios esos que de pronto eclipsaban toda mi atención, que se apoderaban de mis pensamientos. Cerré los puños con fuerza. ¿Qué me ocurría?

—Toma mucha agua... —aconsejó intrigado por mi actitud.

—No recuerdo algunas cosas de ayer por la noche —concedí turbada, con la voz temblorosa.

Posó su atención en sus pies, asintiendo. Me perdí en su perfil, en sus rasgos duros. Ya no era un niño, definitivamente no. Me era tan complicado en ese momento pensarlo corriendo a mi lado despreocupado, molestándome sin cesar, gritando sin parar.

—¿Por qué fuiste a ese lugar anoche, Colibrí? —preguntó al fin, girando hacia mí.

Me mordí la parte interior de mis labios. No lucía molesto, pero su tono era serio. Era cuestión de tiempo para que esa pregunta llegara, lo sabía, lo conocía muy bien. Sin embargo, me tomó por sorpresa.

—Yo... quería conocer —reconocí.

Resopló al tiempo que se sujetaba el cabello con un dedo de ansiedad. Ese gesto solía emplearlo cuando algo se salía de sus manos, cuando algo lo agobiaba.

—Sé que quizá te he protegido demasiado, que... es normal la curiosidad, pero —y me miró juntado tanto sus cejas, que parecían ser una sola línea, no me intimidaba, pero sí podía interpretar su gesto— ¿tienes idea de lo mucho que te arriesgaste?

—O sea que ¿tú puedes ir y venir sin más y yo debo estar aquí estacionada mirando cómo lo haces...? ¿Me puedes decir por qué? ¿De qué se trata esto? —argumenté sin rodeos.

De pronto me sentí molesta, irritada con él, pero no por lo que decía, sino por lo que estaba sucediendo en mi interior, por las reacciones de mi cuerpo al saberlo tan cerca, al observarlo de esa forma, al ansiar sus brazos en torno a mi cintura.

—Trata de tu seguridad, de aprender a decidir, a cuidarte —habló levantándose. Un segundo después se recargó en la ventana, estudiándome.

—Sé cuidarme... tanto como tú —zanjé.

Rio negando.

—Claro... —soltó con sarcasmo.

Arrugué la frente, respirando con irregularidad.

—¿Qué diablos significa eso?

Lo enfrenté con rabia en mi voz, esa que deseaba que notara.

Obviamente no se inmutó, pocas veces lo hacía.

—Significa que te fuiste con unas chicas que no conocías, a un sitio del que no tenías la menor idea y, por si fuera poco, tomaste de un vaso que ignorabas lo que contenía.

—Es Lucero, la hermana de Lilo, y solo tenía o tequila o una de esas tonteras.

Rodó los ojos con hastío, me estaba tratando como a una niña.

—¿Sí eres consciente de que, si no hubiera estado yo, quién sabe dónde hubieses amanecido?, ¿cómo, y... con quién?

—Ahora sí parecía molesto, la cólera que había escondido afloró.

Sus palabras me dieron escalofríos. Parpadeé algo asustada.

—Sabía que estabas ahí —me defendí sin mucha convicción.

—Ah, ¿sí? Y si hubiese salido, si hubiese cambiado de lugar a última hora, dime, ¿qué habrías hecho? Porque cuando te encontré ya llevabas algunos tragos encima, Zinnia. —Mi nombre en su boca, enojado, me puso peor, sin embargo, no supe qué decir—. Te arriesgaste, de una manera muy estúpida, y tienes razón: no puedo starte protegiendo de todo, pero ¡maldición! No tienes por qué correr. Nuestra vida no ha sido fácil, has tenido que aprender a defenderte, has visto cosas que otros no, pero en este ámbito aún no eres tan fuerte. Es peligroso.

—Solo quería divertirme, ¿es eso tan malo? ¿Dime? —lo desafié exaltada.

Sabía que tenía razón, pero no deseaba dársela.

Se acercó a mí hasta quedar a un par de pasos.

—Bebiste sin control, tanto que como me acabas de decir no recuerdas gran parte... ¿Qué te hace sentir eso? ¿Te gusta no tener ni la más jodida idea de tus actos, de tus palabras? —me interrogó serio.

Ya no se portaba dulce, ya solo quería hacerme ver que no había medido lo que hacía.

—¡No, no me gusta! Se siente jodidamente mal, pero... necesitaba saber lo que se sentía... Quería... —Bajé la voz.

—Escucha, Colibrí —comenzó alzando mi barbilla con ternura—, si deseas ir a un lugar como esos de nuevo, solo dime, no tiene nada de malo, al contrario, pero no de la manera en la que lo hiciste. Ayer te veías ridículamente hermosa, era difícil que te quitaran los ojos de encima. Comprende que, si algo no hubiera salido como pensante, no la hubieses pasado bien. Sabes qué es estar expuesta, qué es sentirte vulnerable, con alcohol encima no te hubieses podido defender. Acabaste muy mal, inconsciente prácticamente.

—¿Por qué no me detuviste? —lo cuestioné con un nudo en la garganta.

Me miró con fuerza, apretando la quijada.

—Porque debías saber lo que se sentía llevar a tu cuerpo hasta ese punto, porque no quiero esconderte, quiero que sepas cuidarte. Ahora ya aprendiste la lección —aceptó.

Era evidente que no le gustaba en lo absoluto que las cosas se hubieran dado así.

—¿Qué más hice? —deseé saber con culpabilidad.

Arrugó la comisura de uno de sus ojos, mostrando un poco de sus dientes.

—¿Quieres saberlo?

Asentí con resolución.

—Golpeaste a una chica, creo que hoy ya ha de tener un gran cardenal en la nariz, si no se la rompiste —dijo.

Abrí los ojos, azorada.

—¿Qué?! ¿En serio?, ¿por qué? —Cubrí mis labios, impresionada.

Él bajó el rostro al tiempo que introducía las manos en los bolsillos del vaquero. No era de las que iba por el mundo regalando golpes.

—Quería... quería que bailáramos —musitó tenso.

Pestañeé atónita.

—Era... era esa chica de la tarde —conjeturé.

Sonrió asintiendo. Me sentí desconcertada.

Dejé volar mi vista por la habitación; intentaba recordar y algunas imágenes aparecieron, una sobre todo me irritaba solo de evocarla; ella lo tomó de la barbilla cuando habíamos ido a tomar otro trago e intentó besarlo. Yerik se quitó truncando su plan. De repente lo recordé. Abrí aún más los ojos.

*Dios*, cerré mi puño y le di un golpe de lleno en el rostro logrando que callera sobre su trasero. Enseguida lo encaré, asombrada.

—Dios... —chillé.

Torció la boca, negando.

—¿Ya lo recuerdas? —preguntó cauto.

No quise decirle que sí, no podía.

—¿Qué más hice? —pregunté a cambio.

—Bailaste hasta que tus pies ya no dieron más.

—¿Eso es todo? ¿Qué pasó con Lucero? Lilo no quería llevarme, dijo que te enojarías —recordé.

Mi corazón sin saber por qué, iba a toda máquina, mis palmas sudaban y solo deseaba acercarme a él y rodearlo, pero... no podía hacerlo, no entendía qué ocurría.

—Lucero mandó hoy la ropa que dejaste ayer en su casa, la traigo en la mochila. Lilo me la debe, créeme, y tú no debiste ir al sitio donde trabajo, Zinnia —concluyó y se alejó, acomodándose de nuevo sobre la cama.

—No regresaste, no tengo idea de dónde o cómo encontrarte y... —hablé de forma atropellada.

Alzó sus ojos avellana para clavarlos en los míos.

—¿Y? —instó.

Enrosqué mis dedos, nerviosa.

—Y... ya te dije, quería saber lo que era ir a un lugar así —respondí. Asintió derrotado, tenso—. Además, ¿es así tu trabajo? Tomar y estar con chicas en un antro, ¿es eso? —expresé apretando las manos a mis costados.

Una brasa viajaba por mi cuerpo quemándolo todo de una manera que no podía eludir, ardía, dolía incluso.

—Sabes muy bien lo que hago, te lo he dicho —espetó.

Dejé salir un suspiro molesto.

—¿Entonces?

—No sé qué diablos te ocurre, pareces estar a la defensiva —y se puso de pie—. Yo trabajo en cualquier lugar donde me digan que debo estar, no tomo ahí y no me divierto y, en cuanto termino, me voy. Ayer ese fue el que me asignaron, casi cada viernes lo es, los demás aparecieron con ellas, no llegamos juntos —me informó.

Reí sin creerle.

— Entonces, ¿por qué no llegaste aquí como sueles? —le reclamé.

Su mirada se endureció y su respiración se aceleró, podía percibirlo.

—Porque no pude. Listo —zanjó sin más, dándose la vuelta para irse—. No seguiré discutiendo contigo si estás así.

—Si te vas, no te extrañe que yo haga lo que se me pegue la gana. Si yo hubiera sido la que no llegó, tú también me lo hubieras cuestionado, también estarías molesto... Pero no, soy yo, la tonta de Zinnia que hay que cuidarla de todo... ¿Para qué, para qué me cuidas si de todas maneras esta vida es una mierda? ¿Si no seré nadie, si terminaré como todos! —reclamé para un segundo después correr hasta el baño dando un portazo.

Me acerqué rabiosa hasta el espejo. Mis mejillas estaban sonrojadas, temblaba de pies a cabeza y mis ojos tenían una expresión a la que no estaba acostumbrada.

Respiré agitada varias veces, esperando que la puerta de afuera se escuchara. Nada. Algo me estaba ocurriendo, algo respecto a él. Las manos de esa chica enroscadas en su cuello, él riendo, él tomándome por la cintura; él bailando de una manera que enloquecía todas mis neuronas, él observándome, él cuidándome, él abrazándome cuando no pude más y afuera de aquel lugar le vomité encima. Ese recuerdo llegó de repente, obviamente no se enojó, arrugó su ceño, como solía; me limpió el rostro con su sudadera y me cargó sin quejarse, sin hacerme sentir ridícula, culpable.

Mis ojos se llenaron de lágrimas, todo estaba inundado de él, solo de Yerik, de ese chico adusto que desde el primer día que me vio se convirtió en mi motivo.

Mi cuerpo rugió con posesividad primitiva ante aquel reconocimiento. Me miré con atención, asombrada y sumamente asustada con aquello que comprendí en ese instante. Como un torrente que cae sobre el alma sin aviso, como si millones de dardos dieran certeramente; yo, de alguna manera, no tenía idea desde cuándo... Me había enamorado de él.



## Capítulo 13

Ponerle nombre a lo que en mi interior se encerraba, fue liberador al mismo tiempo que aterrador. Gemí cubriendo mi boca, negando mientras el líquido salado fluía por mi rostro. No, no podía ser, no debía. Era como mi hermano, era mi única familia, era... él, solo él desde siempre y esa conexión que con cada hora a su lado se solidificaba de una manera abrumadora.

No se suponía que debía sentir eso, no por alguien con quien crecí, que me había cuidado toda mi vida.

Pronto las lágrimas se tornaron llanto. Me mordí la parte interior del labio para no hacer ruido; sabía que continuaba ahí, afuera, esperándome.

*Hubiese dejado que se marchara*, me regañé dolida, atemorizada, confundida.

Varios minutos pasaron después de haber descubierto eso que mi corazón reclamaba como el sentimiento más fuerte en mi sistema. No, no podía decirle nada, no podía echar por la borda lo que teníamos, nuestra relación. Quizá se asustaría, quizá iba a rechazarme, quizá... yo no era su tipo y solo pensaba en mí como su hermana.

Me sentía tan insegura, tan absurda y a la vez tan desleal, culpable con aquel ser que sabía que daría su vida por la mía sin dudar.

Me lavé el rostro buscando deshacerme de la huella que el llanto solía dejar. Cuando me sentí lista, respiré varias veces para

tomar valor y giré la perilla. No tenía idea de cómo lo enfrentaría o vería a los ojos después de ese descubrimiento que me envolvía de una manera ensordecedora, que lo cambiaba todo para mí.

Él estaba de pie, al lado de la ventana, perdido en el exterior; atento, meditabundo. Había corrido levemente la cortina con una de sus grandes manos. Las luces del atardecer hacían que su piel luciera más apiñonada y sus facciones más masculinas.

Lo observé durante unos segundos; era endemoniadamente guapo. Aunque no era lo que más me atraía, sino lo que, sabía, existía en su interior; su aplomo, su decisión, su fuerza, esa manera implacable de enfrentar la vida, la forma en la que encaraba cada una de las situaciones que se nos habían presentado; la capacidad para no derrumbarse ni perderse pese a que el mundo a nuestro alrededor era una porquería llena de podredumbre.

—Gracias por traerme la ropa que dejé en casa de Lucero —agradecí bajito al ver mis cosas dobladas sobre la cama.

Giró sonriendo con cautela. Sus ojos férreos y dulces a la vez, sobre los míos, casi lograron hacerme trastabillar.

—Tienes razón, Colibrí, solo nos tenemos a nosotros... Debí decirte dónde estaba. Lamento que eso te haya agobiado —se disculpó, conciliador.

Tragué duro, cerrando las palmas con fuerza. Era tan extraño escucharlo ahora que comprendía lo que dentro de mí ocurría. ¿Cómo no me di cuenta antes?, ¿cómo no quise verlo? De solo pensarlo deseaba llorar de nuevo.

—Está bien —siseé con un hilo de voz, mirándolo con timidez.

Recargó su espalda en el muro contiguo y perdió la mirada en el techo, resoplando.

—No te cuido porque crea que eres tonta, ¿cómo puedes siquiera pensarlo? Al contrario... —comenzó a hablar con un dejo de nostalgia, de ansiedad—. Eres mucho más inteligente que las chicas que he conocido, y fuerte. —Agachó su rostro, nuestros

ojos se atraparon sin remedio y una corriente helada, al mismo tiempo que cálida, recorrió mi piel tornándola sensible. ¡Dios! ¿Qué era todo eso?—. Tú saldrás de esto, tendrás una vida y entonces sabré que todo el esfuerzo valió la pena...

—No debí decir eso, tampoco tomar como lo hice ayer, ni aparecerme sin más en ese sitio... Fui inconsciente —admití con disculpa.

—Eres libre de tu actuar, Zinn, no quiero que me veas como a alguien que desea controlarte —argumentó acercándose.

No pude evitarlo, por reflejo retrocedí asustada por la fuerza de lo que sentía, y es que me dominaba por completo, era absolutamente fuerte, potente. En todo ese tiempo no lo había comprendido, pero ahora me abrumaba, no me permitía pensar con claridad. Su gesto se tornó triste, algo descompuesto, jamás había hecho eso.

—No te veo de esa manera, Yek —admití desviando la vista, culpable.

—Estás extraña... —declaró sin moverse de su lugar.

—Solo... me duele aún la cabeza y... debo acabar eso —señalé el libro sobre la cama.

Asintió desganado.

—Podemos leer juntos —propuso.

En muchas ocasiones lo habíamos hecho; él era un amante de la literatura, de los cuentos, de todo aquello que pudiera narrarse. Negué retrocediendo otro poco.

—Prefiero leerlo yo —susurré sintiéndome ansiosa.

Yek arrugó levemente la frente, sacudiendo la cabeza apenas perceptiblemente.

—Solo dime qué ocurre. Sé que a lo mejor te asfixio un poco y que desearías que las cosas fuesen diferentes. Si es eso dímelo, algo haremos. Ayer me la pasé muy bien a tu lado, incluso después de que me devolvieras todo, reías sin parar y parecías una niña caprichosa. Podríamos repetirlo cuando quieras, solo hay

que organizarnos, te mostraré cómo debes hacer para tomar sin embriagarte —propuso conciliador. Arrugué la nariz negando. Sonrió con preocupación y una chispa de diversión—. Bueno, no te enseñe eso, pero solo te pido que dejes esta actitud, siento que me estás alejando... No lo soporto —y extendió su mano lentamente para que yo la tomara como solía.

La observé por unos segundos. No quería que se sintiera así, pero mi pecho era un torbellino, un huracán, una hecatombe en realidad.

—No me asfixias, no quiero que las cosas sean distintas. Por primera vez en muchos años me siento en paz. —Eso era relativamente cierto, salvo la parte en la que su sola presencia me ponía *patas para arriba*.

Seguía esperando con su mano alzada. Con temor, la tomé apenas de las puntas. Sin poder mirarlo, enredó sus dedos entre los míos y me jaló hasta él. Mi corazón casi dio un salto triple en caída libre. Al sentir su pecho pegado a mi oreja, sus manos arropándome, la última barrera cayó. Lo rodeé con ansiedad, perdiéndome en su olor, buscando sus latidos, reconociendo su respiración mientras lo escuchaba soltar un suspiro y dejar su aliento sobre mi cabello.

—No quiero que te sientas en desventaja respecto a mí, ya hemos pasado por bastante... Solo quiero que estés bien, eso es todo... —murmuró. Asentí perdida en su aroma, ese que reconocería hasta con los ojos cerrados, extraviado entre muchos más—. Las cosas se dieron así; yo salía, tú en ese jodido lugar. Aprendimos cosas distintas, cada uno es fuerte en su campo.

—Lo sé...

—Estuve en la biblioteca pública... En la tarde... Leyendo —confesó.

Me quedé estática. No quería separarme, temía que si lo hacía se diera cuenta de lo que en mi interior pasaba, me conocía demasiado.

—¿Leyendo? —repetí casi sin voz.

Sabía que a veces lo hacía, aunque no era lo común. En realidad solía sacar los libros de aquel lugar, devorarlos y luego regresarlos, pero cuando se sentía sobrepasado, podía desaparecer horas ahí.

Se encogió de hombros.

—Necesitaba hacerlo... ya me conoces —expresó.

Acepté con la cabeza cerrando de nuevo mis ojos. No sé cuánto tiempo duramos así, pero mi vida entera hubiese estado bien.

El resto de la tarde me dispuse a leer, o en realidad a intentar hacerlo mientras él cocinaba con los escasos utensilios que teníamos.

—¿Mañana vamos a comprar lo que necesitaremos en la semana? —preguntó mientras movía algo en esa pequeña cacerola que se estaba calentado con la estufa eléctrica.

—Sí... —cuchicheé con el libro en mis manos, viendo las letras ir y venir sin mucho sentido.

—Creo que los niños estarán de nuevo en el parque, Clemente tratará de llevarlos —dijo como de paso.

Alcé mi rostro, emocionada.

—Ya terminé los suéteres, se los podré dar... —exclamé emocionada. Asintió sin verme, concentrado en su labor—. ¿Yek? Ayer, yo... ¿No ocurrió nada más? —Esa duda me estaba aniquilando. Puedo jurar que su cuerpo se tensó al escucharme—. Quiero decir, no vomité a otras personas, no peleé con otra chica. Dios, no vuelvo a tomar, lo juro —asegué.

Soltó la carcajada, volteando.

—Eso dicen todos y nunca es real —se burló.

Arrugué la frente.

—A ti nunca te he visto así, tampoco quejarte la mañana siguiente —reflexioné en voz alta.

Se acercó a mí, rascándose la nuca, sentándose cerca.

—Lo hice, algunas veces ya hace tiempo, pero... No, no es lo mío. Estar alerta es una ventaja que no puedo perder. El alcohol embrutece, *estupidiza*. La verdad no le veo mucho sentido... —admitió torciendo la boca.

Lo miré asomando una leve sonrisa en mi boca. Él jalaba un hilo, distraído, del cobertor.

—Creo que tienes razón: lo único que siento ahora mismo es que sí, hice puras estupideces —admití.

Alzó sus ojos avellana. La comisura de sus labios estaba levemente elevada, como una sonrisa sensual que a él le quedaba perfecta.

—No tantas. Bailas bien, la verdad... —concedió con voz ronca.

Bajé la mirada, sonriendo, sonrojada. Podía sentir la sangre instalada en mis mejillas.

—¿Qué estabas cocinando? —cambié el tema poniéndome de pie.

Su cercanía activaba una ansiedad ridícula de pegarme a él, de abrazarlo como hacía un rato y perderme en su aroma.

Por la noche, ya sola, di vueltas en la cama por varias horas. La oscuridad de la habitación, los pensamientos discordes. De repente recordé algo. Me incorporé agobiada abriendo de par en par los ojos.

Yo... yo intenté besarlo en el antro.

Me froté el rostro una y otra vez, temblando.

Bailábamos, me tomó por la cintura y, sin más, yo busqué sus labios... Una ráfaga helada se colocó en mi corazón. Él... él me había rechazado, se había girado deliberadamente para que no lograra lo que me proponía.

—No... no —gemí pegando mi frente a las colchas negando una y otra vez envuelta en vergüenza, en su rechazo.

Me acurruqué haciéndome ovillo. Por eso se había tensado horas atrás. El descubrimiento me abrumó, pero no tanto como el hecho de que no hubiera querido corresponderme.

¿Y qué esperaba? Era su mejor amiga, alguien a quién cuidar, a quién proteger. Por Dios, dormíamos en la misma cama y jamás había intentado absolutamente nada. Mis ojos se llenaron de lágrimas que me negué a derramar.

Lo escuché llegar en la madrugada.

Mi sueño no era parejo, por lo que en cuanto entró todo mi cuerpo se activó. Deseaba hacerme tan pequeñita que no pudiese ni notarme. Como siempre, con paso cauteloso, se metió en el baño para ducharse; esa era su costumbre y la verdad yo solía ni percatarme, salvo algunas veces, pero enseguida caía de nuevo rendida. Esa vez no pude. Mis terminaciones nerviosas estaban en medio de un serio ataque de ansiedad y el recuerdo de mi tontería no ayudaba en nada.

Salió unos minutos después. Su olor viajó hasta mi nariz, sentí cómo se hundía el colchón de su lado, y lo escuché soltar un suspiro. No quería ni moverme, ni siquiera respirar. Aferré con más fuerza la frazada, apretando los dientes, cerrando con fuerza los ojos. Yek se movió después de un rato y, un momento más tarde, su respiración se tornó lenta, pausada. Se había quedado dormido.

Al día siguiente, fuimos a hacer las compras. Por mucho que me buscaba conversación, yo no podía seguirle, simplemente no lograba hacerlo. Escogí lo que necesitaríamos, pagué yo porque cuando él pretendió hacerlo le aventé la mano a un lado, molesta. Al notar mi semblante, decidió dejarme a mí eso. Se lo agradecí. No podía tener un enfrentamiento más.

Lo acomodamos todo más tarde y, cuando íbamos a ir para ver a los chicos, me detuvo enroscando sus dedos en los míos. Giré contrariada, enseguida el rubor me invadió y quité mi mano. La tormenta que leí en sus ojos me hizo sentir miserable, pero no

lograba acomodar lo que en mi pecho rugía y la ansiedad que me generaba tenerlo cerca, pero sobre todo el vacío de no poder hacer nada al respecto. Agachó la cabeza ante mi rechazo.

—No sigas con esto... Sabes que no puedo con ello. —Sus ojos oscuros parecían muy perdidos, afligidos.

Tragué saliva deseando que esa expresión de su rostro desapareciera, pero no me sentía lista para actuar como solía, no cuando miraba sus labios de una manera tan distinta. Me crucé de brazos, sonriendo apenas.

—No sé de qué hablas, Yek —mentí.

Se pasó las manos por el cabello, manteniéndolas ahí sin quitarme la atención.

—Desde ayer estás diferente.

—Tú también has cambiado, no ahora, sino desde hace meses... Supongo que es normal a nuestra edad, ¿no? —me defendí sin convicción.

Sonrió negando, vencido.

—Antes hubiera podido interpretar lo que tus ojos me decían —declaró. De inmediato desvió la mirada—. Colibrí, ¿pasó algo que deba saber? —indagó.

«Te intenté besar, me rechazaste, estoy idiotamente perdida por ti. No, nada pasa», me hubiese gustado decirle, en cambio negué sin verlo.

Lo escuché resoplar, molesto.

—Ya deben estar por llegar —le recordé cambiando de tema.

Fue hasta su mesilla de noche y sacó algo de ahí, luego se acercó para dármelo. Al ver lo que me tendía, pestañeé sin comprender.

—Es tuyo, así podremos comunicarnos... No es novedoso ni nada de ese estilo, pero servirá para emergencias o... lo que quieras —señaló contenido y pasó a mi lado una vez que lo agarré. Permanecí de pie ahí, en el umbral, perdida en el celular que tenía en mi mano. Unos segundos después reaccioné, lo dejé en

la mesa y lo seguí. Me esperaba, serio, en la puerta que daba a la calle.

—No era necesario —le dije mientras caminábamos.

—Yo creo que sí, te enseñaré a usarlo después, o cuando tú quieras —propuso circunspecto.

Asentí cabizbaja.

—Gracias, te lo pagaré —musité a su lado.

Se detuvo tomándome por el brazo, ahora lucía descompuesto.

—No sé qué carajos te pase, odio no tener idea de lo que en tu cabeza hay, pero eso no cambia en nada las cosas... Eso te lo estoy regalando yo, y aunque por alguna extraña razón ahora no soportas que te toque ni que me acerque, el aceptarlo no te hará daño —gruñó, y avanzó sin esperarme.

Un gran nudo se instaló justo en la garganta, el llanto quería regresar y yo solo podía pensar que nada era como solía, como debía, que estaba perdiendo algo que quizá nunca tuve y que me estaba doliendo como el infierno sentir que traicionaba nuestra hermandad con este sentimiento que, cada vez que lo tenía cerca, crecía aún más como si eso fuera posible.

Caminamos sin decir nada más. Cada uno perdido en sus pensamientos, yo en mis sentimientos. Cuando llegamos pude olvidar por un rato la lápida que machacaba mi pecho. Clemente fue el último en acercarse, mientras Yerik salía volando para jugar con ellos; parecía tener urgencia por alejarse de mí, y no lo culpaba, estaba siendo difícil lidiar conmigo ese día, y el anterior también.

—¿A mí no me hiciste un suéter como a ellos? —se quejó estudiándome.

Su desgarbo me relajó, sentirme segura en algo ayudaba.

—Te haré uno esta semana, solo debo conseguir la tela... —declaré bajito.

—Mejor prométeme que nunca más te pondrás como el viernes, Zinnia, solo eso —pidió.

Arrugué la frente, bajando la vista hasta mis pies.

—Algún día debía hacerlo... —me defendí.

—Sí, supongo que sí... Pero acabaste noqueada —me recordó como si fuera mi padre. Lo miré frunciendo el ceño—. Además, te luciste, en serio —se burló con las cejas alzadas, metiendo las manos en los bolsos de su viejo vaquero.

—Sí, ya sé que golpeé a esa chica —reviré.

Rio negando.

—No, le rompiste la nariz y empujaste a otra que en un descuido invitó a bailar a Yerik, parecías una fiera —apuntó.

Abrí los ojos, recordando eso también. Me froté la frente perdiendo la vista en los niños, que jugaban con ayuda del que era mi mejor amigo, mientras este me miraba de vez en vez, intrigado por lo que hablaba con Clemente.

—¿Intenté... besarlo? —le pregunté directamente.

Necesitaba que me lo corroborara. Su gesto se descolocó y enarcó las cejas mostrando los dientes.

—¿No lo recuerdas? —inquirió intrigado.

Asentí seria.

—Entonces, ¿por qué la pregunta?

Quería que la tierra me tragara.

—Porque pensé que pude haberlo imaginado.

—Oh, no, créeme, no lo hiciste, por lo menos yo lo vi... Lucías tan graciosa, si me lo preguntas —rio.

Lo fulminé con la mirada.

—Púdrete, no es nada gracioso...

—No te preocupes, no pasó nada, ya sabes cómo es Yerik: un abuelo cuando se trata de ti... —y me guiñó un ojo restándole importancia.

—Lo sé, por lo menos me salvé de convertirme en la devoradora que tenías en las rodillas ese día. Casi te la tragas de un bocado —refunfuñé con repulsión.

Soltó una sonora carcajada.

—¡Qué amargada, Zinnia!  
—¿No te da asco besar labios por doquier?  
Torció la boca como pensando, luego me miró burlesco.  
—Nah, nada de nada, al contrario —aseguró, e hizo ademán de acercarse parando la trompa.  
Lo aventé con fuerza.  
—No seas cerdo, Clemente, yo no quiero tus babas, qué asco —y me fui a donde estaban los demás.  
—Mueres por probarlas —gritó.  
Le saqué el dedo medio, como era mi costumbre.  
—Ojalá te peguen algo algún día por andar de caliente —refuté irritada.  
Se encogió de hombros.  
—Ojalá que ya alguien te dé para que dejes ese carácter agrio —y pasó a mi lado jalándome el cabello.  
Rugí molesta, de inmediato lo correteé por el parque.

Un par de horas después llegó la hora de despedirnos. Entre risas y bromas ligeras, persecuciones y malabares, lo pasamos muy bien. La tensión se diluyó, logrando que me sintiera tranquila, alegre en realidad. La despedida siempre es lo más complicado. Sabía por Sol, cuando estuvimos colgadas del pasamanos, que las cosas iban relativamente tranquilas y que los nuevos integrantes se iban adaptando, aunque seguía sin ser un lugar adecuado para crecer.

Cuando Yek terminó de contarles un cuento, después de haberles comprado unas paletas de caramelo a todos, tuvieron que irse. Al quedarme de nuevo sola con él, no supe cómo actuar.

—Vamos a casa, Colibrí —propuso con suavidad.

Mis ojos estaban acuosos, pero no hizo amago de acercarse, de buscar consolarme. Supongo que los rechazos ya habían sido muchos para él.

Mi mente, durante todo el trayecto, no paraba de torturarme con lo ocurrido y la razón del porqué no me lo dijo. Al llegar, co-

mimos en silencio. Era aplastante toda esa atmósfera que estaba generando.

—¿Por qué no me dijiste que intenté besarte? —pregunté sin poder contenerme,

Detuvo la cuchara a medio camino, la colocó de nuevo en el plato, serio, y lentamente fue levantando la mirada, hasta chocar con la mía.

—Sí, lo recuerdo, pero... me gustaría saber por qué no me lo dijiste.

—Colibrí... no quería incomodarte —murmuró pálido.

Asentí reflexiva.

—Sobre todo porque... no lo esperabas de mí, porque... me rechazaste —repliqué. Arrugó la frente. Parecía no entender.

—Estabas borracha, muy borracha por si no lo recuerdas.

—Claro que lo recuerdo —y me levanté—. Y al paso que voy no lo olvidaré jamás. —Me recargué en un muro, cruzándome de brazos.

—¿Entonces?

No comprendía mi actitud y lo cierto es que ni yo lo hacía.

—Nada, entonces nada. Me porté como una tonta, asunto resuelto.

—Escúchame muy bien, Zinnia —espetó fiero al tiempo que se erguía molesto por todo lo que ocurría—. Cuando estés realmente preparada para las consecuencias de tus acciones, y lo que estas pueden provocar en los demás, entonces lo hablamos.

—No hay nada que hablar, quise besarte y lógicamente me rechazaste —refuté.

Río con sarcasmo.

—Lógicamente... —repitió con un dejo de rabia e impotencia.

—Ya no quiero hablar de eso —zanjé un tanto bipolar, bueno, bastante en si soy sincera.

Se frotó el rostro con desespero.

—En serio que me estás llevando al límite —bramó contenido.

Me senté como si nada y volví a comer. Mi pulso galopaba como un maldito demente y los rinocerontes en mi estómago parecían chapotear desesperados.

—Lo lamento, mejor hablemos de los niños.

Me observó por un largo rato fijamente, hasta que notó que no diría más.

Más tarde me dijo que saldría un rato, que deseaba caminar. Asentí fingiendo leer. En cuanto se fue, las lágrimas regresaron. No podía con eso, no con la situación, con mi corazón reclamándolo. Cuando regresó yo ya estaba adentro de las cobijas. Me observó afligido, dudoso. No soportaba verlo así por mi causa.

—Lamento estarme portando de esta manera —admití con la intención de acabar con lo que pasaba.

Dejó salir un suspiro, asintiendo.

—No te preocupes... —Tomó su ropa de dormir y se metió al baño.

Al salir, minutos después, se acercó a la cama y se recostó a mi lado, mirando el techo.

—¿Yek? —lo llamé temerosa. Giró lentamente; el lugar estaba envuelto en una semipenumbra que dibujaba sus rasgos de una manera sombría, atractiva, casi irreal—. Si yo... —y me acerqué un poco, perdida en sus labios, en su barbilla, en sus ojos viriles.

Estaba ridículamente exhausta de luchar con eso, de tratar de someterlo. No se movió ni un centímetro. No me detuve, no hasta que sentí su aliento muy cerca de mi rostro. Alcé la mirada, con timidez. Me observaba con atención, expectante, pero puedo jurar que con su respiración tan disparada como la mía.

—Si tú... ¿qué? —susurró dejando una estela cálida cerca de mí.

Lentamente, sin detenerme, perdida en la absurda necesidad de su boca contra la mía y muerta de miedo por el rechazo, avancé, despacio y midiendo cada movimiento.

El ambiente se tornó pesado, las emociones se hacían moño en medio de mi estómago y, aun así, no hubiese parado. Su quietud me ponía todavía más nerviosa, parecía temer moverse, incrédulo en demasía.

—Te... beso —y como un dulce aleteo, rocé sus labios cálidos, suaves, de una forma inocente, sutil.